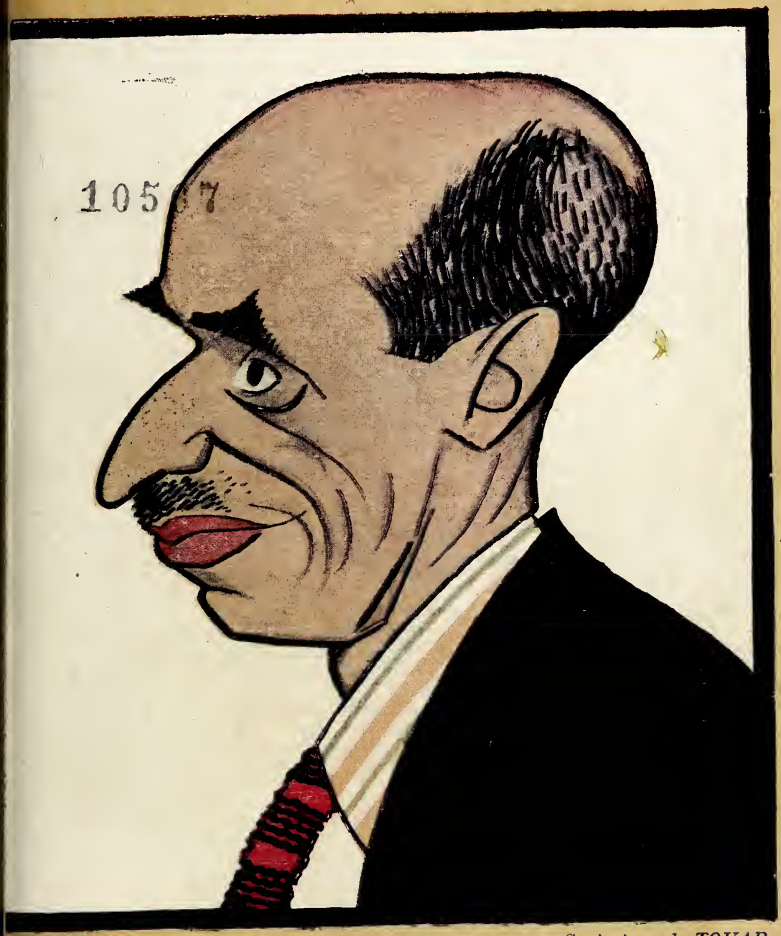
Comedias



RIO MARTINEZ SIERRA — *Caricatura de TOVAR.*

12

orio MARTINEZ SIERRA y Honorio MAURA SUSANA TIENE UN SECRETO

ENCANTO DE MUJER! Carlos ARNICHES y Antonio PASO

50 céntimos

NÚMERO II : : 27 DE FEBRERO DE 1926 :-: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 :-: MADRID :-: Apartado 8.036

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA Y AMÉRICA....	Trimestre....	6	ptas.
— — ...	Semestre. ..	12	—
— — ...	Año.....	24	—
EXTRANJERO.....	Semestre. ..	15	—
—	Año..	28	—

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

El próximo sábado publicaremos, en número extraordinario,

CURRITO DE LA CRUZ

COMEDIA EN TRES ACTOS

de Manuel LINARES RIVAS

y Alejandro PEREZ LUGIN

Y

EL PAVO REAL

COMEDIA EN TRES ACTOS

de Eduardo MARQUINA

Si quiere usted conocer lo mejor del teatro contemporáneo, lea COMEDIAS

Imprenta de F. Moliner.—Leganitos, 54, Madrid.

G. MARTÍNEZ SIERRA Y HONORIO MAURA

SUSANA TIENE UN SECRETO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Eslava, de Madrid, el día 8 de enero de 1926.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA	Catalina Bárcena.
MADAME TONTIN	Rafaela Satorres.
LUCIA	Milagros Leal.
MARIA ROSA	Rosa Díaz Gimeno.
BLANCA	María del Carmen Gil.
MARIA PAZ	Isabel Garcés.
ENFERMERA	Josefina Morer.
LEONOR	Adela Santaularia.
UNA OFICIALA	Aurora García Alonso.
ALVARO DE YEBENES	Manuel Collado.
MAURICIO GALAN,	Luis Manrique.
LUIS ALFONSO	José Crespo.
TRISTAN	Ricardo de la Vega.
UN CRIADO	Santiago Duque.

671044

ACTO PRIMERO

La escena representa un saloncito particular en el piso segun del Hotel Cristina, de San Sebastián. Al fondo hay un ventai grande, por donde se ve el mar y el monte Ulía. A la derecl puerta al cuarto de dormir de Susana. A la izquierda, puerta al (rredor del Hotel. A la derecha, en primer término, y sesgada, u especie de cama turca. Detrás de ella un velador muy ligero, los que se emplean en las sesiones de espiritismo. El resto del m biliario, el clásico de los grandes hoteles, pero con detalles dem trando que la habitación está vivida por persona de buen gust

(Al levantarse el telón, en el centro de la habi ción y en derredor de una mesa, cuatro much chas, jóvenes y bonitas; todas están acabando comer. Un camarero del hotel les sirve los postr Son las diez y media de la noche.)

LUCIA. *(Levántándose.)* Y ahora que nos hemos quedado s las, antes de que llegue el momento de desparram nuestros cuerpos gentiles por este saloncito del Hot Cristina, permíteme que...

BLANC. ¡Ah!... ¿pero vas a brindar como en los banquetes d veras?

LUCIA. Voy a decir cuatro palabras, si me dejáis... Pero n sufras, no os daré la lata... Va a ser un brindis d principiante...

M.ª RO. Brindis, no... Eso es muy cursi.

LUCIA. ¡Pero, niña!... Adolescente y ya opinando...

SUSAN. ¿Queréis dejarla hablar?

LUCIA. Permitidme, os decía, que levante esta copa de u dudoso Baccara (*la mira al trasluz*), en honor d nuestro anfitrión, que ha tenido el buen gusto d reunirnos hoy alrededor de esta bien servida mesa como dicen los cronistas de sociedad...

M.ª RO. Oye, no te metas con Gil de Escalante, que ha pro metido publicar mi retrato en la plana de «Blanco Negro» dedicada a bellezas aristocráticas...

LUCIA. Mira, rica, o te callas o donde sales es en el suceso de día... para celebrar la triste ceremonia de su despe dida de soltera... De esta tristísima, de esta fúnebr ceremonia de la despedida de soltera. ¿He dicho tris te? Pues me he quedado corta. Porque no me nega

réis que si hace apenas diez años, era el matrimonio el supremo ideal de las mujeres que oscilaban entre los dieciocho y los treinta y cinco, hoy las cosas, afortunadamente para nosotras, han cambiado mucho... En la vida de la mujer moderna... el matrimonio ya no es un fin... Es un vulgar episodio.

.ª Ro. Tanto como episodio... Tú exageras...

UCIA. Lo que hago, lucero, es tener veinticinco años bien aprovechaditos... y tú eres una niña inexperta, que conserva todavía en el paladar el sabor del Glaxo... ¿Te enteras?

LANC. Que la vas a hacer llorar...

UCIA. La mujer, con la libertad que va teniendo, y de la que son símbolos indiscutibles el cigarrillo, la melena y la voiturette...

.ª Ro. Ahí tienes... Eso es un acierto... Y me permito interrumpirte para colocar yo también un brindis con el que todas estaréis conformes...

ANC. ¿Por quién irá a brindar esta insensata?...

.ª Ro. Bebamos a la salud de Citroen, a quien debemos en gran parte nuestra emancipación... ¿No os parece correcto?

SAN. Correctísimo... Bebamos... (*Beben todas.*)

ANC. ¡Por don Andrés Citroen!...

ª Ro. Por el cinco caballos...

SAN. Y bebamos también porque desaparezca cuanto antes esa institución tan molesta y tan irracional, que vulgarmente conocemos por el nombre de *carabina*...

ANC. ¡Ah!... Eso desde luego... ¡¡Abajo la señora de compañía!!

UCIA. No más trotonas con las faldas hechas unos zorros y los tacones de costadillo.

ª Ro. ¡Muera la carabina!... ¡¡No más carabinas!!

SAN. Oye, tesoro, modifica el grito, que van a creer que estamos celebrando un mitin contra el somatén...

ª Ro. ¡Si me salía del alma!...

SAN. Pues procura que regrese...

ª Ro. ¡Viva el cabriolé!...

SAN. Eso, bueno. . Y ahora, sigue, Lucía.

CIA. No está la velada para discursos largos y voy a dar la puntilla al mío... Susana... te deseamos de corazón todas las felicidades que son compatibles con tu nuevo estado...

ANC. Pocas... pocas...

ª Ro. ¿Tú que sabes?... Si estás soltera...

ANC. Pero me documento en cabeza ajena...

LUCIA. Y no olvides que posees en nosotras tres amigas i condicionales, que te aprecian en casi todo lo qu e v les...

M.ª RO. (*Haciendo pucheros.*) ¡Y pensar que te vamos a p der!...

BLANC. ¡Ay, monina, ni que se fuera al Tercio!

LUCIA. ¡Ah, no!... Eso no; si llora, encerradla en el cua de baño... A ver si nos va a aguar la fiesta esta n nor... (*Siguiendo su brindis.*) Si eres feliz, no n olvides... y si fueras desgraciada, con más motiv cuenta con nosotras, lo mismo para organizar festival de esos que hacen fecha, que para prod u lesiones de importancia a tu marido, si se permite lujo de hacerte sufrir... (*A las otras.*) ¿He leído c claridad en vuestros respectivos cerebros?

BLANC. Ni que vieras a través de los cuerpos opacos...

LUCIA. Conque ya lo sabes... (*Levantando su copa.*) ¡Su na, por tu dicha!

SUSAN. ¡Por nuestra dicha!

LUCIA. No, no... por la tuya... que por la de él, ya se tarán encargando de brindar a estas horas sus an gotes...

M.ª RO. Y que no dejes de contarnos tus impresiones.

LUCIA. ¿Sus impresiones de qué?

M.ª RO. (*Un poco azorada.*) ¿De qué va a ser?...

LUCIA. ¡Tú atrasas, monada!... Eso de las confidencias la recién casada a sus amiguitas solteras es del tie po de la «Biblioteca Rosa». Ya no se lleva.

M.ª RO. ¿Pues qué se lleva ahora?

LUCIA. Ahora se lleva estar enterada de todo, a partir de segunda dentición, o por lo menos parecerlo...

M.ª RO. ¿Y donde se entera una?

LUCIA. Eso allá tú... Susanita, ven a mis brazos...

BLANC. Y a los míos...

M.ª RO. Y cuando acabes, haz una turné por estos... (*abrazan todas un poco emocionadas.*)

LUCIA. Y ahora, terminada la parte oficial, vamos a dedic nos con intensidad al *abdulla*, al licor diverso y dulce chismorreo... (*Se reparten por la habitaci fumando y con su copita por barba.*)

SUSAN. Que nos cuente María Rosa un cuento verde.

M.ª RO. Si no sé más que uno...

SUSAN. Pues ese... Venga.

M.ª RO. ¡A lo mejor me da vergüenza!

LUCIA. Vamos, no seas cursi y cuenta...

BLANC. Veréis cómo nos coloca la «Caperucita roja».

M.ª RO. No, señora... Que yo no acabo de comprende

bien, pero dice mi hermano que es bastante verde...

LUCIA. Anda... expele...

1.ª RO. Pues, señor... esto era una vez...

BLANC. ¿Qué os dije?... La «Caperucita»...

SUSAN. Ten paciencia... Vamos a darla tres minutos de crédito...

1.ª RO. Esto era una vez un cazador que se perdió en un monte... Y llegó la noche y no encontraba su camino... Por fin, ya muy tarde, vió allá lejos, muy lejos una lucecita...

BLANC. (*A Lucía.*) ¿Tú ves lo verde?...

LUCIA. No, pero como es de noche...

1.ª RO. Pues si no me dejáis contar, me callo...

LUCIA. Vamos, sigue... Felipa Trigo.

1.ª RO. Llegó a donde estaba la luz. Era una casita pequeña de leñadores. ¡Tan! ¡tan!... Llama a la puerta. Y sale a abrirle un viejo bajito, pequeño, arrugado, con patillas... «Buenas noches», dijo el cazador. ¿Tendriáis albergue para un viajero que ha perdido su camino? «Aquí hay siempre posada para el peregrino—respondió el viejo—; dos camas tengo. La de Bebé y la mía. Decid con quien queréis dormir»... El cazador pensó: Bebé será un niño y me va a dar la noche. «Dormiré con vos», le dijo al anciano.

LUCIA. ¿Era argentino el cazador?

M.ª RO. ¿Por qué?

LUCIA. Como dice: Dormiré con vos...

M.ª RO. Es que en los cuentos se habla así... Se acostaron y a la mañana siguiente el viejo se levantó muy temprano y se fué al bosque a cortar leña. A eso de las ocho de la mañana, entró en el cuarto del cazador una muchacha como de dieciseis años, alta, rubia, preciosa, con un pelo que la llegaba hasta los tobillos...

BLANC. Sí... vamos... A lo *garçonne*...

M.ª RO. Y le dice: «Buenos días, noble huésped. Mi abuelo me encarga que os pregunte qué queréis desayunar». El cazador se restriega los ojos, la mira asombrado, y pregunta: «Pero... ¿tú quién eres?»... «Yo soy Bebé», contestó ella... «¿Y tú?»... «Yo soy un imbécil»...

LUCIA. Muy nuevo.

SUSAN. Pues mira, no está del todo mal... No esperaba yo tanto...

LUCIA. Ni yo... Y aprende otros, que los cuentas muy bien...

BLANC. Y a ahora nos va a contar Susana...

SUSAN. No, yo cuentos, no...

BLANC. Lo que nos vas a contar es a qué se debe este escop tazo que celebramos esta noche.

SUSAN. ¿Te refieres a mi boda?

BLANC. A tu boda...

SUSAN. ¡Ay, hijas!... Eso es más complejo de lo que parec así a vista de pájaro... Si hace un mes me hubiera dicho que dentro de dos iba a ser la mujer de Lu Alfonso, no os digo que hubiera lanzado una carca jada histérica, porque no es urbano, pero que hubie ra dibujado una sonrisa no exenta de sarcasmo, es es histórico...

LUCIA. Y ahora, en cambio...

SUSAN. Qué quieres, Lucía, la vida es así...

BLANC. Bueno, pero detalla...

SUSAN. ¿Me juráis discreción?

LUCIA. Jurada. (*María Rosa se está mirando al espejo.*) ¿Ha oído, pichona?... No des más puñaladas al azogu y ven, que Susana va a contarnos el por qué de s enlace...

M.ª RO. ¡Ay, sí!... Que yo deliro por los relatos de amor..

SUSAN. Pues uno de los causantes de esta boda es mi tutor..

BLANC. ¿Tristán ha influído?...

SUSAN. No, no... Entendámonos... El padrino es incapa de meterse en eso... Pero... entre nosotras, ya ib estando de él hasta aquí... (*Por la coronilla.*)

M.ª RO. Tan buena persona como parece...

SUSAN. Y lo es... Pero este noble anciano tiene unas idea sobre la vida... de un rancio...

LUCIA. Me lo imagino...

SUSAN. ¿Tú sabes lo que me ha costado acostumbrarle a l idea de que es compatible el egipcio con la salvació eterna?

BLANC. ¡No digas!

SUSAN. Una tarde estaba yo en mi cuarto, en esa hora vag de la siesta, saboreando un turco; entra el padrino, y no queráis saber como me puso... «¡Es una vergüen za!... ¡Estas chicas de ahora!... ¡Claro!... Qué s puede esperar de una generación que no lleva ape nas ropa interior y la poca que lleva la llama: «Com binación»... ¡Combinación!... ¡Y tanto!... ¡Qué tiem pos!... ¡Qué tiempos!... ¡Ah!... ¿Pues y la me lena?»

LUCIA. ¿También la melena?

SUSAN. También, hija, también... Menos mal que el Pontífice —que por cierto me está resultando muy simpático porque es hombre de su tiempo—tuvo la buena idea de declarar que no tenía nada de pecaminoso esto de

llevar la nuca a la intemperie, y el padrino se ha convencido..., porque para él el Papa es infalible...

[.ª Ro. Para él y para todos los católicos...

UCIA. Sí, dueña mía... Pero eso es cuando habla «ex cátedra».

[.ª Ro. ¿Y esto no es «ex cátedra»?

USAN. No rica, esto es ex peluquería... Además, he resuelto casarme joven..., porque me tengo un poco de miedo...

UCIA. Expláyate, que nos intrigas...

USAN. Aquí donde me veis... tan modosita... en el fondo soy una pasional...

LANC. ¡No digas!...

USAN. Como lo oís...

UCIA. ¿A qué llamas tú ser una pasional?

USAN. Por ejemplo: A que una vez tuvo el padrino un mozo de comedor, de una facha estupenda, y me faltó el canto de una peseta para enamorarme de él...

UCIA. Eso nos ha pasado a todas entre los quince y los diez y siete... ¿Verdad, vosotras?

LANC. ¡Figúrate!

UCIA. ¿Y tú, María Rosa, qué dices?

[.ª Ro. Yo no digo nada; pero la que calla...

UCIA. ¿Y esos son todos tus antecedentes pasionales?

USAN. Ese es un botón de muestra.

UCIA. Pues amplía el muestrario...

USAN. Otra vez, a los dieciséis años, se me metió en la cabeza que tenía que ser horizontal... ¿Verdad que suena bien? Lo había leído en una novela. Voy al cuarto del tutor y le digo: «Padrino, tengo una vocación irresistible. Quiero ser horizontal.» ¿Imagináis la escena?

UCIA. Como si estuviéramos en un proscenio. Pero tú estás haciendo trampa. No nos cuentas la razón que te ha decidido a contraer con esta rapidez justas y primeras nupcias...

USAN. Ah, ¿no?

UCIA. No. Hay algo más y lo callas. Eso no vale. Así no jugamos...

USAN. ¿Y qué quieres que haya?

UCIA. (*Señalando el veladorcito.*) ¿No ha influído el velador para nada?

USAN. ¿Cómo lo sabes?

UCIA. Lo sospechaba. Sé que le consultas hasta las medias que vas a ponerte, y no ibas a pedirle opinión para elegir el ciudadano que ha de compartir contigo, desde la cartulina de la tarjeta de visita, hasta un rinconcito debajo del edredón.

BLANC. ¿Pero tú crees en los espíritus?

SUSAN. Como creerías tú si hubieras visto lo que yo he visto y escuchado lo que yo he escuchado...

M.ª RO. Cuenta...

SUSAN. Cuento, pero antes quiero que sepáis que no hace aú quince noches, ahí donde estás tú sentada (*A Marí Rosa*) ha estado sentada Isabel la Católica... (*Marí Rosa hace un gesto extraño*), y ahí... (*A Blanc* Agustina de Aragón... (*Blanca se ríe*) Si os reís n sigo... Esto de los espíritus es más serio de lo qu parece...

BLANC. Perdona..., pero es que así... de pronto...

SUSAN. Desde que salí de Madrid no había vuelto a consulta el mueblecillo..., que siempre viaja conmigo. Un noche, hace poco tiempo, volvía de Biarritz, del bail de los Buendía..., esos argentinos tan ricos que es tán de moda este mes...

M.ª RO. ¿Un matrimonio que él es muy guapo y ella muy fea

SUSAN. El mismo.

M.ª RO. ¿Sabes cómo les llaman? Buendía y mala noche.

LUCIA. Esta niña se ha aficionado a los cuentos verdes.

SUSAN. En ese baile se me había declarado formalmente Lui Alfonso y Carlitos Malbran. Tenía que contestar s o no, a la mañana siguiente. Para sacarme de dudas nadie mejor que los espíritus... Coloco tres sillas al rededor del velador, me acerco a él, extiendo las ma nos y pregunto: «Si me caso con Luis Alfonso levita...»

M.ª RO. Oye, ¿y por qué esa prenda? Yo prefiero el smoking

LUCIA. No seas analfabeta. Levita es la palabra cabalístic para que el velador se levante del suelo.

BLANC. ¿Y levitó?

SUSAN. ¡Vamos! Que pegó un bote de más de medio metro

BLANC. ¿No se te fué un poco la mano, con la natural inpa ciencia?

SUSAN. Ya te he dicho, Blanquita, que esto no es para toma do a broma. Y lo demás, ya lo sabéis. Dentro de u mes, marquesa del Alamo.

M.ª RO. Susana, ¿si yo te pidiera un favor?...

SUSAN. Tú dirás...

M.ª RO. ¿No podríamos ahora tener una sesión de espiritis mo?... Tengo una consulta que hacer.

SUSAN. ¡Ay, hija! Eso no es tan fácil como parece... En pri mer lugar, los espíritus no vienen donde hay incré dulos...

M.ª RO. Si aquí todas creemos...

BLANC. Anda, sí. Tiene razón María Rosa...

SUSAN. Pero tenéis que estar muy formales.

M.ª RO. Como en misa.

SUSAN. Tú, Lucía, ¿qué dices?

LUCIA. Por mí... Si Susi quiere...

SUSAN. Vamos a probar... Pero no respondo... Tú, Blanquita, trae el velador... (*Blanca lo trae con cierto respeto.*) Colocad las sillas alrededor Mirad. Hay que poner las ocho manos juntas, y tocar suavemente la mesa. Así... (*Ensayan.*) Tenéis que pensar con fuerza... (*María Rosa hace el gesto de apretar los dientes.*) No, rica, no es cuestión de mandíbulas... Es con el cerebro...

M.ª RO. ¡Ah! Comprendido.

SUSAN. Ahora, tú, que eres la más joven, apaga la luz.

M.ª RO. ¿Es imprescindible que sea la más joven la que extinga?

SUSAN. ¿Por qué?

M.ª RO. Porque me da miedo.

SUSAN. Entonces, lo dejamos...

M.ª RO. No, eso, no... (*Se levanta, apaga la luz y vuelve corriendo a sentarse al lado de las otras. Por el ventanal que da al monte Ulía entra una luz tenue.*)

BLANC. (*Que está fumando.*) Oye, ¿se puede fumar?

SUSAN. Mejor, no... Es más respetuoso... (*Blanca tira el cigarrillo. En tono más bajo y algo solemne.*) Ahora, unos segundos de recogimiento... Pensad fuerte..., fuerte...

M.ª RO. ¿Más?

SUSAN. Más.

M.ª RO. Me va a doler la cabeza.

SUSAN. Formalidad, o enciendo... Esas manos más juntas... Espíritus de Isabel de Castilla y Agustina de Zaragoza...

M.ª RO. (*Separando las manos.*) ¡Ay, qué miedo!... He sentido algo...

SUSAN. O te estás quieta o te largas... Así no hay espíritus posibles... (*Otra vez en tono ceremonioso.*) Espíritus de Isabel y Agustina, si os habéis dignado venir a visitarnos, hacédnoslo saber. ¡Levita!... (*En este momento suenan tres golpes secos en la puerta del saloncito que da al corredor.*)

M.ª RO. (*Con la voz realmente asustada.*) ¿Habéis oído? (*Se abre la puerta poco a poco y aparece por ella de smoking, sombrero de paja y abrigo al brazo Mauricio Tordesillas, de treinta a treinta y cinco años. Buena facha. Cara de juerga. No ve nada porque el cuarto está a oscuras. Las cuatro chicas quedan calladas entre sorprendidas y temerosas.*)

MAURI. (*A gritos.*) Oye tú, pelmazo... ¿Pero ya estás dormido? Vengo del Bar del Victoria, donde he estado con Chuchi y Conchita, esperándote... hasta que ya cansadas se han ido cada una a su carcoma... Mañana por la mañana nos esperan para ir en balandro... ¡¡Eh!! ¡Despierta! (*Va a la luz y enciende.*) ¡Atiza!

BLANC. ¡Ah!... ¿Pero eres tú?... ¿Qué buscas aquí?

MAURI. Chica, perdona... Vengo buscando a Alvaro de Yébenes, que llegó ayer conmigo de Bilbao; creí que tenía el doscientos treinta y seis y, por lo visto, no lo tiene... Ustedes perdonen.

SUSAN. ¡Perdonado!

BLANC. Estás en el cuarto de Susana Montehermoso. Os voy a presentar... Mauricio Galán... Mis amigas Susana, María Rosa Oria y Lucía Roldán.

MAURI. No se pueden ustedes imaginar lo que celebro que esta coladura me haya dado ocasión de conocerlas... Lo que siento es haberlas interrumpido... Se espiritismeaba, ¿no?

M.ª RO. Ibamos a intentar... Cuando usted ha entrado teníamos al habla a Isabel la Católica.

MAURI. Caray, eso es cosa seria... ¿Y quién es la medium?

SUSAN. Servidora...

MAURI. Entonces, no me extraña. Si yo fuera espíritu no salía de aquí... Porque hay que ver qué medium... y qué extremos...

M.ª RO. ¡Qué galante!

MAURI. Lo usual...

M.ª RO. ¿A usted no le dá por los espíritus?

MAURI. ¡Y cómo no!... También torturo el velador de vez en cuando.

M.ª RO. ¡Ay! ¿Por qué no se queda usted?

BLANC. (*A Susana.*) ¡Estas debutantes son de un osado!

MAURI. Imposible, señorita... Tengo que acostarme temprano... Mañana regateo...

BLANC. Sí, ya hemos oído... Chuchi y Conchita... Eres el rey de los frescos...

MAURI. No tanto... no tanto... el delfín si acaso...

BLANC. Aquí tenéis al hombre que se da mejor vida por menos dinero...

SUSAN. ¿Cómo se las arregla usted?

MAURI. Muy sencillo; dejándome convidar. La gente es muy amable.

SUSAN. ¿Y usted no corresponde?

MAURI. Los que me convidan ya saben que lo hacen sin esperanzas de reembolso... Simpatía que uno tiene... Ejemplo: En este momento dispongo de setenta y

cinco pesetas con céntimos. Pues pasado mañana salgo para París, Londres y la India. Diez meses de viaje a todo trapo...

BLANC. Por supuesto, de gorra...

MAURI. No, Dios me libre... Convidado...

SUSAN. ¿Y tiene usted muchos convites de esos?

MAURI. No doy abasto...

SUSAN. ¿Estará usted muy satisfecho?

MAURI. Me tengo muy contento, sí, señorita, a qué negarlo. A los veinte años me enteré de que había nacido para potentado sin tener los medios. Discurrí unos días y dí con el sustitutivo...

LUCIA. ¿Y cuál es?

MAURI. Muy sencillo. Hago todos los favores que puedo siempre que no impliquen desembolso. No pido con cinco de *bacara*... Regateo, teniseo, golfeo y escopeteo discretamente, y, en cambio, desconozco el manejo del sable. Y, sobre todo, y este es el secreto de que se me busque con una insistencia que me abruma, para mí las mujeres de mis amigos son sagradas...

LUCIA. Comprendido. Es usted el señor de quien no se desconfía...

MAURI. Exacto.

M.ª RO. Pasará usted a veces muy malos ratos.

MAURI. Execrables. Porque entre que uno no está del todo mal configurado, y entre que las hay de un insinuante que aturde, la tentación menudea...

BLANC. Y tú, incólume.

MAURI. Yo, glacial... Porque pienso: Mauricio, que te juegas el boato... ¡Qué quieres! El lujo es mi vicio. Y no molesto más. Señoritas, otra vez mil perdones y ya saben que disponen de mi... para cualquier fiesta que deseen organizar... Hasta pasado mañana por la tarde, aquí. Mauricio Galán, a sus órdenes... Muy buenas noches. (*Saluda y sale.*)

SUSAN. (*A Blanca.*) Sabes que tu amigo es un cínico ..

BLANC. Un espontáneo... Y, además, en el fondo es buena persona...

SUSAN. A mí me ha sido muy antipático.

M.ª RO. ¿Y a mí que no?

LUCIA. Tú no cuentas, porque en viendo unos bigotes, te transfiguras...

M.ª RO. Anda, si precisamente soy una romántica .. y, además, no sé si sabréis que tengo mi tipo...

LUCIA. ¡Ah, sí! ¿Y quién es él?

M.ª RO. Digo mi tipo, por decir mi ideal. Tiene que ser alto, moreno, con los ojos negros y grandes, con unas

pestañas enormes, de esas que acarician al entor narse... con los dientes muy blancos y, sobre todo con el labio inferior muy grueso...

SUSAN. ¿Por qué el labio inferior grueso?...

M.ª RO. (*Con cierto misterio.*) Porque dicen que los que tie nen el labio así, besan mejor.

SUSAN. ¡Qué romántica!... ¿Pero es de veras?

BLANC. ¿No lo sabías?... Si es de preparatorio.

SUSAN. (*Preocupada.*) ¿Queréis creer que no me he fijado en cómo tiene los labios Luis Alfonso?...

M.ª RO. No es posible...

SUSAN. Como lo oyes.

LUCIA. Haz memoria. Recuerda algún beso...

SUSAN. ¿Tú estás loca?

LUCIA. ¿Ah, pero no?...

SUSAN. (*Un poco avergonzada.*) No.

BLANC. ¿Ni uno?

SUSAN. Ni medio.

LUCIA. Susana, por Dios, ese chico es tonto.

SUSAN. No lo creas. El otro día estábamos sentados los do solos en la playa de Guetary viéndo ponerse el sol muy cerca, muy cerca, en silencio, soñando...

BLANC. Qué agradable... ¿no?

SUSAN. De pronto, Luis Alfonso me dice: «Te voy a explica por qué no te he dado nunca un beso... Mira... Cada amor se compone matemáticamente de un nú mero exacto de besos. Hay amores de quiniento besos; los hay de setecientos, de mil... Cuanto má tarde empecemos a gastar los que nuestro amor tie ne asignados, más durará nuestro presupuesto d ternura... ¿Me comprendes?» Y me miraba con uno ojos tan expresivos, que me faltó muy poco para pe dirle un anticipo...

BLANC. ¿Y no te lanzaste?

SUSAN. No. Odio los sablazos... Pero eso que acaba de de cir María Rosa, me tiene preocupada. ¿Me permití un momento?

LUCIA. Tú mandas...

SUSAN. (*Al teléfono.*) Señorita... ¿Me hace el favor de po nerme con el Kursaal?... Sí, con el comedor... ¿E el Kursaal?... Haga el favor de decir al señor Mar qués del Alamo, que está comiendo ahí con unos ami gos, que se ponga al aparato...

BLANC. ¿Pero qué vas a hacer?

SUSAN. Salir de dudas... (*Al aparato.*) Hola... Eres tú.. ¿Qué tal va esa despedida?... Nosotras, bien... d sobremesa... Oye, a propósito, muérdete el labi

inferior... No, no estoy loca... Obedece... ¿Te lo has mordido ya?... ¿Hasta dónde llegas con los dientes?... No, tonto, sin apretar... ¿Qué?... ¿Que como lo tienes tan grueso, te cuesta mucho trabajo? (*Encantada.*) Bueno, entonces, déjalo... No, te aseguro que estoy perfectamente serena... Sólo hemos bebido botella y media de champagne... No seas tonto... Anda, vuélvete a tu comida; mañana te lo explicaré... (*Cuelga.*) ¿Habéis oído?

LUCIA. ¡Que sea enhorabuena!

SUSAN. Respiro. Mira que si llega a tener el labio delgado... (*Se abre la puerta del saloncito y entra don Tristán, de smoking. Muy correcto. Tiene unos setenta años.*)

TRIST. Buenas noches, pollitas... ¿Qué tal esa comida?

SUSAN. Estupenda, padrino, estupenda... Lo hemos pasado de primera...

M.ª RO. Más que de primera, de sleeping...

SUSAN. ¿Y tú que has hecho?

TRIST. Abajo me he quedado jugando al mah-jong, con la Valmojado, la Móstoles y la Santa Olalla... Qué tres cotorronas... ¡Digo, perdón... a lo mejor son parientas vuestras!

LUCIA. Sí, Tristán, la Valmojado tía mía, pero abundo con usted... ¡qué cotorrona!

TRIST. Menos mal que las he ganado los cuartos...

SUSAN. ¿Mucho?

TRIST. Trescientas pesetas... Casi todo a la Móstoles, y excuso decirte como estaba con lo agarrada que es... Verás como desde mañana no bebe Solares en la comida... Urumea y gracias... Bueno y me parece que ya es hora de dar por terminada esta fiestecita... ¿No?

M.ª RO. (*A Lucía.*) ¿Has traído tu coche?

LUCIA. No, pero Blanquita tiene el suyo abajo. ¿Cabemos las tres?

BLANC. ¿No hemos de caber?... Apretadas, pero es más divertido.

TRIST. Sí queréis que yo acompañe a alguna...

LUCIA. De ninguna manera.

BLANC. Además no vamos a casa.

TRIST. ¿Pues a donde váis a estas horas?

BLANC. Ahora abrimos el coche y nos vamos a dar una vuelta por la Concha a oxigenarnos...

LUCIA. Y a ver caer estrellas de rabo.

M.ª RO. Y de paso, a molestar a las parejas con los faros.

TRIST. ¡Qué chicas!... ¡Señor!... ¡Qué chicas!... Si vuestras abuelas os oyeran... En su tiempo no pasaban estas cosas.

BLANC. Porque no habia automóviles...

TRIST. Pero en cambio había más vergúenza.

M.ª RO. Por el estilo...

TRIST. ¿Habrase visto la niña?

M.ª RO. No se enfade usted, que en el fondo está conforme conmigo.

TRIST. Ni en el fondo ni en la forma... (*Se han ido poniendo los abrigos y los sombreros.*)

BLANC. (*A Susana.*) Bueno, sol, hasta mañana; que descanses...

M.ª RO. Avísanos cuando te vas a Madrid.

SUSAN. Descuida; se os notificará...

M.ª RO. Y si vuelves a tener ocasión de hablar con esas señoras...

SUSAN. ¿Con cuales?

M.ª RO. Con Isabel la Católica y su amiga .. no dejes de preguntarlas de mi parte si creen que me casaré para la primavera... No te olvides, ¿eh?

SUSAN. Cuenta conmigo.

LUCIA. (*Que ha oído.*) Pues será con lo único que cuente... Porque de novios, *rien*...

M.ª RO. ¿Tú que sabes?

LUCIA. Vaya... Adiós, Tristán... ¡Buenas noches!

TRIST. Adiós y... formalidad...

LUCIA. Ne tenga usted cuidado... Somos buenas chicas.

SUSAN. De qué buena gana os acompañaba...

TRIST. ¿A qué?... ¿A molestar parejas?

SUSAN. No, padrino... a ver caer estrellas... para pedir algo... (*Entra y cierra la puerta. Tristán se ha sentado en una butaca.*)

TRIST. ¿Para pedir algo?... Perderme pronto de vista, ¿no?

SUSAN. ¡Que tontería!

TRIST. Dentro de un mes... a volar...

SUSAN. Esa es la vida, padrino.

TRIST. ¿Y os casais definitivamente el veinticinco de octubre?

SUSAN. Definitivamente. De hoy en un mes.

TRIST. De hoy en un mes. . ¡Señor!... ¡Como pasa el tiempo! Aún me acuerdo del día en que te trajeron a vivir a casa... Eras un diablillo con la falda mny corta... Claro que no tan corta como la de ahora...

SUSAN. ¿También le parece a usted mal?

TRIST. Lo que me parece es que exageráis... Está bien que se ventile el tobillo...

SUSAN. Es higiénico...

TRIST. Lo es. Que se airée la pantorrilla, puede pasar. Lo que no comprendo es la exhibición de la rodilla. ¿Hay nada más antiestético?

SUSAN. Es la moda.

TRIST. Lo será. Pero si yo fuera tu novio...

SUSAN. ¿Qué iba usted a hacer? ¿Enfundarme en un saco?

TRIST. No tanto. Pero reservarme el monopolio de tus atractivos, sí.

SUSA. Es usted de otra generación.

TRIST. Bastante que lo siento yo. Vaya, y ahora a descansar, que es muy tarde... Yo estoy muerto de sueño...

SUSA. Espere usted un poco, padrino...

TRIST. ¿Qué te pasa?... ¿Estás preocupada?

SUSAN. Dígame usted, padrino... ¿Cree usted que a Luis Alfonso no le molestará que yo sea sonámbula?...

TRIST. ¿Pero no se lo has dicho todavía?...

SUSAN. No me atrevo... ya sabe usted que nunca se lo he dicho a nadie.

TRIST. Qué chiquilla eres... Si eso no tiene nada de particular... Vaya, que descanses... Hasta mañana, hija...

SUSAN. (*Besándole la mano.*) Hasta mañana, padrino... (*Sale Tristán. En cuanto se queda sola Susana, entra su doncella, que es una muchacha bastante apreciable.*) Oye, Leonor, ¿tú has conocido algún sonámbulo?

DONCE. No, señorita.

SUSAN. ¿En tu familia no hay ninguno?

DONCE. No, señorita... En casa el único que hay así algo raro, es un primo mío que se fué a América y creo que es prestidigitador... pero eso no tendrá nada que ver...

SUSAN. Nada. Bueno, ven a desnudarme, que con estas emociones estoy rendida... (*Desaparecen por la puerta del cuarto de dormir. Queda la escena sola unos segundos; poco después sale la doncella. Por la puerta entreabierta se ve a Susana ya en la cama con ganas de dormir. La doncella coloca la ropa encima de una silla y pone un poco de orden en el cuarto.*)

DONCE. Señorita.

SUSAN. ¿Qué quieres?

DONCE. ¿Qué traje preparo para mañana?

SUSAN. Sácame el tailleur marrón...

DONCE. ¿Cuál? ¿Uno que es verde?

SUSAN. ¿No te digo que el marrón?

DONCE. Bien, señorita. (*Suena el teléfono.*) ¿Quiere la señorita que vea quien es?

SUSAN. (*Bostezando.*) Sí.

DONCE. ¿Quién? (*Escucha.*) El señorito Luis Alfonso, que dice que ya ha vuelto de la comida...

SUSAN. Dile que estoy acostada.

DONCE. La señorita está ya acostada... (*A Susana.*) Que pase la señorita buena noche...

SUSAN. ¿Eso me lo dices tú o él?

DONCE. El, señorita.

SUSAN. ¡Ah, pues que gracias y que igualmente!

DONCE. Que gracias y que lo mismo dice. (*Cuelga.*) Señorita...

SUSAN. (*Con mal humor.*) ¿Qué?

DONCE. ¿Qué medias para mañana?

SUSAN. Dá lo mismo, con tal de que no tengan puntos. (*La doncella manipula en el armario.*)

DONCE. ¿Señorita?

SUSAN. ¿Quieres dejarme dormir? (*La doncella acaba de arreglar todo. Se lleva la ropa blanca, apaga la luz del saloncito y sale procurando no hacer ruido. En el cuarto de Susana hay una luz ténue como de una lamparita de una mesa de noche. Susana duerme. Pasan unos segundos. Susana se levanta dormida, y con la rigidez de los sonámbulos, sale de su cuarto, pasa por encima de dos sillas que hay en su camino, abre la puerta del salón que da al corredor y sale mientras cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El *boudoir* de Susana en su casa de Madrid el día de su boda. Hay mucho desorden en el cuarto. Cajas de sombreros. Trajes; ropa blanca. Maletas a medio hacer alternan con baúles entreabiertos. Sobre una butaca, extendido con mucho cuidado, está el traje de novia. Puerta a la derecha, a las habitaciones de Susana. Otra al fondo por donde salen y entran los que vienen de fuera. Otra a la izquierda, que va al interior de la casa. Son las cinco de la tarde.

(Al levantarse el telón, Leonor, la doncella de Susana, arregla el equipaje dirigida por Lucía.

LUCIA. ¿Esta maleta es la que van a llevar en el sleeping?

LEO. Esa, señorita.

LUCIA. ¿Y ese es el baúl que va directamente a París?

LEO. Sí, señorita.

LUCIA. Pues entonces pon estos trajes en aquel baúl y estas camisas en la maleta.

LEO. ¡Cómo se conoce que la señorita está acostumbrada a viajar!

LUCIA. A lo que estoy acostumbrada es a no tener doncella... ¿Tú vas con los señoritos?

LEO. Vamos el ayuda de cámara del señorito y yo, y mu buen mozo que es...

CIA. Vaya... que sea enhorabuena...

O. No, señorita... No puede ser...

CIA. Ay, es verdad, que tienes novio...

O. Eso sería lo de menos, lo malo es que él tiene novia...

CIA. ¡Ah! ¿Y es tu primer viaje al extranjero?

O. No, señorita... Ya he estado una vez en Hendaya.

CIA. ¿Y sabes algo de francés?

O. Sí, señorita... estos días hemos dado unas lecciones el criado del señorito y yo, en casa de ese señor Bérliz...

UCIA. ¿Y qué habéis aprendido?

O. Un porción de frases de las más usuales: «Comantale vu», «Bonsur», «Bonsuar», «De lo cho», «De la frua» y otras que no le digo porque a lo mejor la señorita no las comprende.

UCIA. Pronuncias muy bien.

O. Disposiciones que una tiene. Total, cuarenta y cinco lecciones.

UCIA. Nadie lo diría. (*María Rosa entra por la derecha.*)

.ª RO. Leonor, pregunta la señorita si ha venido ya madame Tontín.

EO. Que yo sepa, no... señorita.

.ª RO. Pues que indague usted su paradero... que ya es tarde.

EONO. Voy a ver si está abajo, señorita. (*Sale Leonor por la puerta de la izquierda.*)

UCIA. ¿Está muy nerviosa?

I.ª RO. Ella dice que no; pero...

UCIA. ¿Qué hace ahora?

I.ª RO. Acabando de ondularse, y como no se está quieta, el peluquero la ha quemado tres veces... (*Suena dentro un grito de Susana.*) Con esta, cuatro... Yo la encuentro muy rara.

UCIA. ¿A qué llamas tú rara?

I.ª RO. Que no es la de antes. Está como preocupada.

UCIA. ¿Te parece que no tiene motivos?

I.ª RO. ¿Porque se va a casar?

UCIA. Precisamente. Esto del Himeneo es más serio de lo que te figuras...

M.ª RO. ¿Qué me figuro yo?

UCIA. Tú no ves más que la parte agradable... Regalos, traje de novia, marcha nupcial, abrazos, envidia de las amigas, la estación, «al fin sólos», sleeping, París, Venecia... pero hay más. .

M.ª RO. Pues yo, aunque sólo fuera por esa primera parte, iría como unas castañuelas a la Vicaría...

UCIA. Eso va en caracteres... Tú eres una pequeña insen-

sata y lo serás siempre. (*Entra madame Tontín y oficiala, seguidas de Leonor. Las dos vienen en gr toilette. Madame Tontín tiene esa gordura que no l ga a la obesidad de las francesas que se transplant a la tierra de los garbanzos. La oficiala es el tipo cl sico del maniquí Alta y esbelta.*)

MADAM. Bonsoir, mes demoiselles...

LUCIA. Bonsoir, madame Tontín...

M.ª RO. La estaban a usted esperando.

LEONO. Voy a avisar a la señorita.

LUCIA. (*A María Rosa.*) Y tu vete a meterla prisa... (*Sa María Rosa y Leonor por la derecha.*)

MADAM. ¿Cómo encuentra usted la robe de la novia?

LUCIA. ¡Oh! ¡Deliciosa!

MADAM. ¿N'est-ce-pas? ¿No piensa usted que ella va a est exquise aquí dentro?

LUCIA. De lo más exquise.

MADAM. Dites, mademoiselle... ¿el fiancé es bello hombre!

LUCIA. Bellísimo...

MADAM. ¡Oh quel bonheur!... Parce que moi, yo detesto q mis clientas se casen con señores que no están m bellos...

LUCIA. ¿Es usted una apasionada de la estética?

MADAM. No. Es porque al costado de un novio, feo, grues mal construído, la toilette de la mariée pierde muc de su efecto, y no abundan los encargos, que es idea principal.

LUCIA. Pues esta vez puede usted estar tranquila. El no está bien construído, como usted dice.

MADAM. ¿Uniforme o jaquette?

LUCIA. No... No... Uniforme. Es maestrante.

MADAM. ¿De?...

LUCIA. De... Zamora.

MADAM. ¡Oh! Parfait... El azul de la cruz irá muy bien c este lamé de plata... y el rojo del pantalón di muy bien cerca del blanco de la cola... Parfait. Tendré encargos... (*Entra Susana seguida de Mar Rosa y Leonor. Susana trae puesto un kimono encin de su combinación, y se ve que está recién peinad Quiere aparentar tranquilidad, pero se ve que es muy nerviosa.*)

MADAM. ¡Ah! Voilá Mademoiselle Suzanne... ¡Oh! mon Die ¡que vous etes rouge!...

SUSAN. ¿Ah, con qué estoy rouge?... Pues eso se lo debo su paisano, Mr. Gontran, que tiene la tenacilla de inquieto que por poco me tuesta... (*A Lucía* ¿Oye, de veras estoy tan rouge?

LUCIA. Pálida no estás, pero ya sabes que aquí la parisién es ponderativa de suyo...

SUSAN. María Rosa, ¿quieres traerme una caja de polvos que está encima de mi tocador?

M.ª RO. ¿No he de querer? (*Sale María Rosa por la derecha. Susana se quita el kimono y queda en combinación. La puerta que da al fondo está abierta; se ve cruzar a un criado.*)

SUSAN. (*A Leonor.*) ¿Haces el favor de correr esas cortinas? A ver si es que me voy a vestir en la Cibeles. (*Leonor cierra la puerta.*)

M.ª RO. (*Desde dentro.*) ¿Qué polvos son? ¿Una caja que pone: «Ya llegó la aurora»?

SUSAN. No; esos son los de día... Otra que dice: «La tarde fallece»... que es más pequeña. (*Susana ha empezado a ponerse el traje de novia ayudada por madame y la oficiala. Lucía, sentada en una butaca, mira. Leonor de pie, espera. Entra María Rosa con los polvos.*)

M.ª RO. ¿Estos?

SUSAN. Los mismos. Déjalos ahí. ¿Quieres?

MADAM. Mademoiselle va a estar deliciosa con esta robe...

SUSAN. Madame, eso es vetusto...

MADAM. ¿Comment?

SUSAN. Que c'est historique... ¿Compris?...

MADAM. Ah, oui... mademoiselle... Yo creo que no he vestido jamás una mariée tan bonita...

SUSAN. Hoy viene usted propicia al aforismo...

MADAM. ¿Mademoiselle?

SUSAN. Que dice usted verdades como puños...

MADAM. Mademoiselle ma dit que el novio es bello también, n'est ce-pas.

SUSAN. Un soleil, madame, un soleil...

MADAM. ¿Rubio o moreno?

SUSAN. Verá usted, madame... Tiene un cabello que no admite comparación ni con el oro de las mieses ni con el ala del cuervo... pero que para mí posee unos encantos indudables... ¿Falta mucho, madame?

MADAM. Un moment, mademoiselle...

SUSAN. Pues, avive, que estoy que trepido... Leonor, ¿tienes el equipaje ya listo?...

LEO. Oui, Mamuasel... Ay, la señorita perdone... Ya está listo, sí, señorita... Sólo falta cerrar las maletas (*Madame, después de poner el traje a Susana, la da polvos con la borla. Luego la vuelve hacia Lucía y María Rosa.*)

MADAM. ¡Voila!

M.ª Ro. ¡Uy, qué sol!

LUCIA. ¡Monísima!

MADAM. (*A Susana.*) Regardez vous dans la glace... (*Susa va al espejo.*)

SUSAN. (*Delante del espejo.*) Sí... No está del todo mal... Cl ro que la percha ayuda... Esta corona me aprieta (*Se la pone de medio lado con un gesto de niña m educada.*)

MADAM. ¡Oh! ¡Mademoiselle! (*La vuelve a colocar bie*

SUSAN. (*Dando un puntapié a la cola.*) Y yo con este velo sé andar...

LUCIA. Fíjate que es un traje de boda... Si querías uno con para correr al «cross country», habérselo dicho madame... (*Llaman a la puerta del centro.*)

SUSAN. ¿Quién?

TRIST. (*Desde fuera.*) Soy yo... ¿Se puede?

SUSAN. Adelante, padrino... (*Entra Tristán de uniforme.*)

TRIST. ¡Señor! Cómo está esta chiquilla...

MADAM. N'est-ce-pas, monsieur le Marquis?

SUSAN. ¿Qué?... ¿Gusto?...

TRIST. ¡Encantadora!... ¡Si tu pobre madre te viera!

SUSAN. No, por Dios, padrino... asuntos tiernos, no... porq como se vierta la primera lágrima, con lo propic que yo soy al llanto, vamos a dar el mitin...

TRIST. ¿Estás ya lista?

SUSAN. Sí, padrino, pero es muy temprano...

TRIST. Son las cinco y cuarto...

SUSAN. Con que salgamos a las seis menos minutos, bast La iglesia está a un paso, y quiero que cuando llegue haya plétora de invitados. Para una ocasi que se tiene de lucir este traje hay que aprov charla... N'est-ce-pas, madame?

MADAM. Oh... Oui, mademoiselle!

TRISTA. Entonces, abajo me tienes a tus órdenes... Has ahora... (*Sale Tristán.*)

MADAM. Y nosotras vamos vite a l'eglise para bien ver la e trada de mademoiselle...

SUSAN. La verdad, madame. ¿A usted qué le interesa ve ¿Mi entrada o la del traje?

MADAM. ¡Oh! Mademoiselle...

SUSAN. Vaya, vaya... y así me contará luego los comentar de la plebe...

MADAM. Du courage, mademoiselle...

SUSAN. Du courage... ¡Qué graciosa!... Pero si estoy tra quilísima... Si precisamente yo no sé lo que es ter nervios...

OFICI. Buena suerte, señorita.

USAN. ¡Ah! ¿Pero tú hablas?... Muchas gracias.

ADAM. (*Contemplando desde la puerta su obra.*) ¡Ra-vi-san-te! (*Sale con la oficiala. Susana le saca la lengua con ademán infantil.*)

USAN. (*A Leonor.*) Leonor, vete a mi cuarto y mira a ver si estoy allí.

EO. (*Que tarda un poco en comprender.*) Bien, señorita. (*Sale por la derecha.*)

USAN. ¿Y a tí, tesoro, no te importa ir un rato a hacer compañía al padrino?

.ª RO. ¿Os estorbo?

USAN. Tengo que hablar con Lucía...

.ª RO. ¿Y conmigo, no?

USAN. Tú eres un poco joven para los asuntos que vamos a tratar.

.ª RO. No me intriguéis... ¿Qué es ello?

UCIA. No indagues, María Rosa, y vete...

.ª RO. Pero prometedme que me contaréis...

UCIA. ¿Quieres largarte?... (*Sale María Rosa un poco picada.*)

USAN. (*Adoptando de pronto un tono muy serio.*) ¿Lucía, puedo contar con tu opinión sincera y leal?

UCIA. ¿Sobre qué?

USAN. Ahora lo sabrás. Pero, responde.

UCIA. Sí, mujer. Cuenta con ella.

USAN. ¿Y con un consejo si lo necesitase?

UCIA. También, pero empieza...

USAN. Ante todo, ¿qué opinas tú de las sonámbulas?

UCIA. ¿Que qué opino yo de las sonámbulas?

USAN. ¿Tú crees que las sonámbulas son responsables de sus actos?

UCIA. No; qué tontería... ¡Qué han de ser! Todo lo hacen inconscientemente...

USAN. Repite...

UCIA. Inconscientemente.

USAN. Gracias. No sabes el bien que me hacen tus palabras.

UCIA. Oye, ¿me estás tomando el pelo?

USAN. Te estoy contando un capítulo de mi historia.

UCIA. ¿De tu historia?... ¿Tú, sonámbula?

USAN. Yo, sonámbula... Pero hay más...

UCIA. Sigue...

USAN. ¿Qué hubieras tú hecho, si una noche te acuestas en tu cuarto del Hotel Cristina, y a la mañana siguiente te despiertas en un cuarto distinto?

UCIA. Pellizcarme a ver si soñaba.

USAN. ¿Y después?

LUCIA. Después, averiguar dónde estaba.

SUSAN. ¿Y si al ir a realizarlo te encuentras con que a los pies de tu cama hay un pantalón de smoking, y en la cima de una butaca un sombrero de paja y un bastón, y sobre la mesa de noche un puro apagado?

LUCIA. ¿Todo eso te ha pasado a ti?

SUSAN. A mí.

LUCIA. ¿Cuándo?

SUSAN. Hoy hace un mes. La noche de mi despedida de soltera. ¿Te acuerdas?

LUCIA. ¡No es posible!

SUSAN. Como lo oyes. Me acosté, me dormí, y al despertar me estaba en el cuarto de un desconocido...

LUCIA. ¿Y el desconocido?

SUSAN. Ah, no sé... Allí no había nadie mas que yo.

LUCIA. ¿Y qué hiciste?

SUSAN. ¿Qué iba a hacer? Tirarme de la cama, salir corriendo y meterme otra vez en mi cuarto.

LUCIA. ¿No te vió nadie?

SUSAN. Creo que no.

LUCIA. ¿Qué hora era?

SUSAN. Las siete de la mañana.

LUCIA. ¿Y tú no recuerdas nada, nada?

SUSAN. Nada. Ya sabes que tengo un sueño muy pesado.

LUCIA. ¿Y no te fijaste siquiera en el número del cuarto?

SUSAN. Comprenderás que no estaba para reparar en guarismos. Sólo sé que era en el mismo piso y en el pasillo del mío.

LUCIA. ¿Y después no averiguaste algo?

SUSAN. Me pasé los ocho días que estuvimos en San Sebastián fijándome en los sombreros de paja y en los bastones de los que entraban y salían.

LUCIA. ¿Y nada?

SUSAN. Nada. Espiaba una sonrisa, una mirada. Inútil.

LUCIA. ¿Y esto lo sabe alguien?

SUSAN. Dios, tú y yo.

LUCIA. ¿Y el otro?

SUSAN. El otro, quiza no.

LUCIA. ¿Quizá no?...

SUSAN. ¿Y si pasó la noche fuera de su cuarto?

LUCIA. Sería muy raro...

SUSAN. Puede ser sonámbulo...

LUCIA. Demasiada casualidad.

SUSAN. O simplemente juerguista.

LUCIA. Eso ya es más fácil.

SUSAN. ¡Pero mira que si no fuera así, y me vió entrar, o al entrar él me encontró allí, ¡qué vergüenza!...

CIA. ¡Sí... realmente, qué vergüenza! ¿Luis Alfonso lo sabe?

SAN. ¡No lo sabe!

CIA. ¿No te has atrevido a contárselo?

SAN. ¿Te hubieras atrevido tú?

CIA. Creo que no.

SAN. Además, después de todo, yo no he hecho nada malo, ¿verdad?

CIA. Evidente. Tú no has hecho nada malo.

SAN. Pero como los hombres son tan especiales, a lo mejor hubiera interpretado de otra manera...

CIA. Seguramente.

SAN. ¡Pero mira que si algún día se llega a enterar!

CIA. ¡Ah!... Eso sí... si se llega a enterar...

SAN. Ahora, que no es fácil que se entere...

CIA. No, que ha de ser fácil.

SAN. Yo, en medio de todo, estoy tranquila, porque ¿qué culpa tengo yo de ser sonámbula?

CIA. ¡Claro! ¿Tú que culpa tienes?

SAN. Pero por otro lado, siendo inocente, no tengo motivos para ocultárselo a Luis Alfonso.

CIA. Eso es verdad.

SAN. Yo, toda esta temporada no he querido ni pensar en ello...

CIA. Has hecho bien.

SAN. Pero hoy ya, al pie del altar, ya me parece más grave...

CIA. Leve no es...

SAN. Ay, hija, sácame de dudas... Me dices amén a todo... Así cualquiera aconseja...

CIA. ¡Ah! ¿Pero tú lo que quieres es un consejo?

SAN. ¡Claro!...

CIA. Haberlo dicho antes. Y qué quieres que te aconseje. ¿Que se lo cuentes a Luis Alfonso o que no se lo cuentes?...

SAN. Es tan difícil contar a un novio una cosa así.

CIA. No se lo cuentes. Es mi consejo.

SAN. Pero mira que si por callarme me juego la felicidad...

CIA. Si eres enemiga del juego, te aconsejo que se lo cuentes...

SAN. ¡Eres odiosa! ¿En qué quedamos?

LEONO. (*Entrando por la puerta del fondo.*) Señorita, el señorito Luis Alfonso está abajo y pregunta si le puede recibir la señorita.

SAN. ¿Luis Alfonso aquí?... ¡Qué raro!

CIA. El cielo te le envía.

SUSAN. ¿Tú crees?

LUCIA. Parece... ¿No?

SUSAN. ¡Qué suba! (*Sale Leonor.*) Tú... ¿Qué hago?

LUCIA. Si tienes valor, díselo... Si no te atreves, cállate.

SUSAN. ¿Pero tú que opinas?

LUCIA. Yo opino que lo mejor es dejaros solos. En tu cuar espero...

SUSAN. Escucha, Lucía...

LUCIA. Que viene... (*Sale Lucía por la derecha y entra cc en seguida Luis Alfonso por la del fondo. Es jove guapo y viste uniforme de maestrante de Zamor Guerrera blanca con una cruz azul en el pecho. Pa talón encarnado y bicornio blanco con plumas azul Viene muy agitado.*)

LU. AL. ¡Susana!

SUSAN. ¿Cómo tú aquí a estas horas?

LU. AL. Perdóname... Ya sé que no es costumbre venir estos momentos... pero era más fuerte que yo. Quería verte... Necesitaba verte...

SUSAN. ¿Qué ocurre?

LU. AL. Nada... Es que quería convencerme de que vives de que estás vestida de blanco... de que nos vam a casar dentro de media hora...

SUSAN. Pero Luis Alfonso, ¿qué te pasa?

LU. AL. Nada... perdona... no me pasa nada .. mejor d cho, sí, me pasa que desde ayer tengo una idea q me obsesiona... que no me deja vivir; esta noche he dormido...

SUSAN. ¿Y qué idea es esa?

LU. AL. No sé... Un presentimiento de que algo iba a i pedir nuestra boda... Es demasiada felicidad. ¿Comprendes?... Mira, no lo querrás creer, pero si llegar ahora, me hubiera encontrado media puer cerrada y me hubiera dicho el portero: «¿No sa usted lo que pasa, señorito?... La señorita ha mu to...» no me hubiera extrañado nada...

SUSAN. ¡Tantísimas gracias!

LU. AL. Compréndeme... Quiero decir que venía prepara a lo peor... Pero, afortunadamente, veo que to ha sido una pesadilla horrible; que estás viva y v tida de novia... y guapísima... Y que podrem ser felices. Porque podremos ser felices... ¿Verda

SUSAN. Felicísimos... ¿Por qué no?

LU. AL. No sé... Pero yo tengo miedo a la vida... No i porta... lucharé con ella y te defenderé contra dolor... para que no sufras. ¿No has visto en Par en los escaparates de las grandes fruterías, unos n

locotones y unas manzanas hermosísimas que descansan sobre una capa de algodón en rama para que no se golpeen? Pues tú serás la manzana...

SUSAN. Y tú la capa de algodón... Qué idea más bonita. Luis Alfonso... ¡Lo que hace el haber viajado!

LU. AL. Y nunca habrá secretos entre tú y yo... prométemelo.

SUSAN. ¿Dices que entre nosotros no tiene que haber secretos?

LU. AL. No, no tiene que haberlos, Susana, porque el secreto es el cáncer del amor...

SUSAN. ¿Ese pensamiento es tuyo?

LU. AL. Y tuyo...

SUSAN. ¡Qué talento tienes!

LU. AL. Si acaso, dotes de observador... Dime, Susanita, ¿no será tarde?

SUSAN. Falta un cuarto de hora...

LU. AL. ¡Un cuarto de hora!... Como quien dice: ¡un siglo! Y hay que ver las cosas que pueden pasar en un siglo... Yo no quisiera separarme de ti...

SUSAN. No ves que es imposible... Los novios no van juntos a la iglesia...

LU. AL. Tienes razón... Pero recomiéndale a tu mecánico que vaya despacio y con mucho cuidado... No sé si leíste que, en Nueva York, una novia que iba a casarse en su auto, chocó contra un tranvía y murió.

SUSAN. Esas cosas no pasan más que en Nueva York, y además de aquí a la iglesia no hay tranvías.

LU. AL. Pero hay autobuses... que son peores... Yo los llamo los chulos del asfalto...

SUSAN. No tengas miedo...

LU. AL. Se puede romper la dirección... ¿Vuestro mecánico, es cardíaco?

SUSAN. No creo...

LU. AL. Sé prudente, Susana.

SUSAN. Ay, Luis Alfonso, no seas lúgubre.

LU. AL. No tardes... Te espero con el alma en un hilo... ¡Hasta ahora, si Dios quiere!

SUSAN. Sí que querrá...

LU. AL. (*Desde la puerta.*) ¡Mi vida!

SUSAN. ¡Mi dueño! (*Se envían un beso con la mano. Y sale Luis Alfonso por la puerta del fondo. Susana se asoma a su cuarto y llama*) ¡Lucía!...

LUCIA. (*Entrando.*) ¿Se lo has dicho?

SUSAN. ¿En qué lo conoces?

LUCIA. En la cara de alegría que tienes.

SUSAN. Es que es tan guapo... que el verle me reconforta... Pero no se lo he dicho...

LUCIA. ¿No?

SUSAN. Ahora, que como si se lo hubiera dicho.

LUCIA. No comprendo.

SUSAN. Estoy decidida a confesárselo mañana.

LUCIA. ¿Mañana?

SUSAN. Sí... En el sud-expréss. Entre Hendaya y Biarritz.

LUCIA. ¿En San Juan de Luz?

SUSAN. Por ahí... No creas tú, que es un género de paisaje que le va muy bien a esta confidencia.

LUCIA. Ni hecho a medida... pero no te descuides, porque ya... Bayona y las Landas se prestan menos..

SUSAN. ¿Sabes lo que me ha decidido?

LUCIA. ¿Qué?

SUSAN. Una frase de Luis Alfonso...

LUCIA. Dila.

SUSAN. «El secreto es el cáncer del amor».

LUCIA. Muy bonita... ¿De quién es? ¿De Goyanes?

SUSAN. No; te he dicho que de Luis Alfonso.

LUCIA. ¿Original?

SUSAN. Toda ella. Y mira lo que son las cosas. Sólo con haber tomado esa resolución ya soy otra. Más tranquila... Me parece como si ya no hubiera secretos entre nosotros... ¡Respiro!... Ven, arréglame un poco el traje... (*Van al espejo y Lucía la arregla los pliegues del vestido.*) ¿Estoy bien?

LUCIA. Estás estupenda...

SUSAN. Quiero gustar, y, sobre todo, gustarle a él... Si le vieras de uniforme... ¿Verdad que hacemos una pareja despampanante?

LUCIA. Hacéis...

SUSAN. ¡Si vieras qué feliz soy!

LEO. (*Entrando.*) ¡Señorita!

SUSAN. ¿Qué ocurre?... ¿Me esperan, no?

LEO. No, señorita. Es un señor que acaba de entrar por la puerta de servicio; ha preguntado por mí y me ha dado esta carta para la señorita y estas cien pesetas.

SUSAN. ¿Una carta y cien pesetas para mí?

LEO. No, señorita; la carta es para la señorita, pero las cien pesetas son para mí.

SUSAN. ¿A ver? (*Abre la carta y la lee.*) Espera ahí fuera, Leonor... (*Leonor sale. A Lucía.*) Entérate...

LUCIA. (*Leyendo.*) «Un caballero necesita hablar con usted a solas de un asunto importantísimo, antes de que salga usted para la iglesia. Luego sería tarde».

SUSAN. ¿Tú comprendes esto?

LUCIA. Yo, no, ¿y tú?

USAN. Yo quisiera no comprenderlo... pero, desgraciadamente...

UCIA. ¿Qué quieres decir?

USAN. ¿Mira que si fuera el otro?

UCIA. ¿Qué otro?

USAN. El del hotel.

UCIA. ¡Qué disparate! ¿Por qué has de ponerte en lo peor?

USAN. Además, no es verosímil que si fuera el otro hubiera esperado a hoy, a este momento, para darse a conocer...

UCIA. A lo mejor es un sablista.

USAN. ¿Un sablista que debuta dando cien pesetas a la doncella?

UCIA. Eso es verdad.

USAN. ¿Le recibo?

UCIA. Siquiera para salir de dudas.

USAN. Pero si fuera el otro... ¡Qué vergüenza!

UCIA. Sea o no sea, serenidad...

USAN. Tienes razón; después de todo, no me va a comer. ¡Leonor!

EO. ¿Señorita?

USAN. Que suba ese caballero, sin que nadie se entere. Y tú espera ahí fuera. ¿Comprendido?

EO. Sí, señorita... (*Sale Leonor.*)

USAN. Por lo que más quieras quédate ahí al lado, y si te llamo ven en seguida...

LUCIA. No tengas miedo.

SUSAN. No... si ya no tengo miedo... (*Le da la mano.*) ¿Ves qué serena estoy? (*Temblando.*)

LUCIA. Muy serena... Ahí me tienes. (*Sale por la puerta de la derecha. Susana se queda sola en medio de la habitación esperando. Se abre la puerta de la izquierda y aparece con mucho sigilo Leonor.*)

LEO. Señorita... Aquí está...

SUSAN. Que pase...

LEO. (*A un personaje invisible.*) Pase usted. (*Leonor deja paso y entra Alvaro de Yébenes. Un joven de unos treinta años, de aspecto simpático, bien vestido.*)

SUSAN. (*A Leonor.*) Déjanos. (*Leonor sale por la puerta del foro.*) ¿Caballero?

ALVAR. Señorita, ya comprenderá usted que si he tenido la audacia de venir a molestarla en estos momentos, para usted tan solemnes, habrá sido porque el asunto que me trae merece la pena...

SUSAN. En efecto. Sólo así acierto a explicarme su conducta extraña. (*Hace un ademán ofreciendo asiento a Alvaro, que acepta. Ella se sienta en otra butaca.*)

ALVAR. ¿No me recuerda usted?

SUSAN. No le he visto a usted en mi vida.

ALVAR. ¿Está usted bien segura de lo que afirma?

SUSAN. Segurísima.

ALVAR. Es posible. Entonces, contra mi voluntad, voy a verme obligado a referir episodios que hubiera preferido por usted no tener que recordar...

SUSAN. ¿Qué quiere usted decir?

ALVAR. Usted se llama Susana Montehermoso, ¿no es eso?

SUSAN. Eso es.

ALVAR. ¿Y ha pasado usted el verano en el Hotel Cristina, de San Sebastián?

SUSAN. Efectivamente.

ALVAR. (*Tras una pequeña pausa.*) Señorita... En la noche del veintitrés al veinticuatro de septiembre, hoy hace exactamente un mes, el caballero que ocupaba la habitación número doscientos treinta y uno del Hotel Cristina, estaba a eso de las doce acostado tranquilamente en su lecho, leyendo una novela y fumando un cigarro, cuando vió que, de pronto, se habría la puerta de su cuarto, muy poco a poco, y aparecía en el dintel una muchacha bellísima... ¿Qué tiene usted?... ¿Se encuentra usted mal?... ¿Quiere usted que llame?

SUSAN. No, no es nada... Siga usted... Haga el favor.

ALVAR. El caballero pensó: Una señorita que se ha equivocado de cuarto. Esto es muy frecuente en los hoteles... Pero, por un lado, la toilette de la bella desconocida, y por otro la decisión con que penetró, cerrando tras ella la puerta, le hicieron sospechar que no se trataba de un simple error.

SUSAN. ¿Y qué más?

ALVAR. La señorita que de modo tan inesperado entraba a las doce de la noche en el cuarto número doscientos treinta y uno del Hotel Cristina, se llamaba Susana Montehermoso.

SUSAN. ¡Ah!...

ALVAR. Y el caballero que yacía en el lecho, novela en mano y cigarro en boca, se llamaba Alvaro de Yébenes.

SUSAN. ¿Y era usted?

ALVAR. Servidor.

SUSAN. Está bien. Si no recuerdo mal, en todo este relato, cuando se refería usted a su persona, ha dicho usted: «El caballero»..., ¿no es eso?

ALVAR. Exacto. El caballero.

SUSAN. ¿Debo entender que esa palabra es una simple manera de expresarse, o una realidad?

ALVAR. Una realidad. Puede usted estar segura.

SUSAN. Así lo espero y esto me tranquiliza. Y antes de seguir esta conversación tan delicada, quiero que sepa usted algo que tal vez ignora. Yo, caballero, soy sonámbula...

ALVAR. (*Con una sonrisa impertinente apenas perceptible.*) ¿Ah?...

SUSAN. ¿Lo duda usted?

ALVAR. ¿Cómo voy a permitirme dudar de algo que usted afirma?

SUSAN. ¿No lo comprendió usted en seguida al verme entrar?

ALVAR. No, señorita; pero eso no tiene nada de extraño.

SUSAN. ¿Por qué?

ALVAR. Porque los sonámbulos dan muchas veces la ilusión de una persona en estado perfectamente normal.

SUSAN. Bien. Ha interrumpido usted su narración en el momento en que Susana Montehermoso entraba en la habitación número doscientos treinta y uno cerrando la puerta tras ella. ¿Quiere usted hacer el favor de continuar?

ALVAR. Señorita...

SUSAN. Yo le ruego a usted que siga...

ALVAR. Y yo le ruego a usted que no insista en ello.

SUSAN. Sin embargo...

ALVAR. Además, señorita, tenemos los minutos contados y aún queda lo más importante por decir.

SUSAN. ¿Lo más importante?

ALVAR. Sí, señorita. Dígame usted, ¿su novio conoce este episodio?

SUSAN. (*Un poco avergonzada.*) No.

ALVAR. Me lo figuraba.

SUSAN. ¿Y por qué se lo figuraba usted?

ALVAR. Porque si su novio supiera todo esto, no sería usted, sino él quien me hubiera recibido.

SUSAN. ¡Ah!

ALVAR. Y ahora, señorita, me voy a permitir darla a usted un consejo, autorizado por esta involuntaria y misteriosa complicidad que nos une. Cuénteselo usted todo a su novio...

SUSAN. ¿Qué interés tiene usted en ello?

ALVAR. Su felicidad de usted.

SUSAN. ¿Mi felicidad?

ALVAR. Sí. ¿No le parece que tengo ya un poco de derecho a interesarme por ella?

SUSAN. ¿Y se puede saber por qué ha elegido este momento para venir a darme semejante consejo?

ALVAR. Porque el paso, era... muy delicado, y hasta hoy no

me he decidido. Pero hoy he comprendido que n tenemos derecho a que Luis Alfonso ignore...

SUSAN. ¿Le conoce usted?

ALVAR. Le conozco.

SUSAN. ¿Es amigo suyo?

ALVAR. No es enemigo y basta.

SUSAN. Entonces, señor de Yébenes, puede usted estar tranquilo. Hace media hora he tomado la firme resolución de contárselo todo.

ALVAR. (*Visiblemente decepcionado.*) ¡Ah! Eso está bien.

SUSAN. Sí, señor, mañana por la mañana, entre Hendaya y Biarritz, sabrá Luis Alfonso...

ALVAR. Un momento, señorita... Yo la he aconsejado que s lo cuente usted a su novio, no a su marido.

SUSAN. ¿Qué diferencia hay?

ALVAR. ¡Cómo se ve que no conoce usted a los hombres! Un marido no perdona jamás una confesión de esa clase.

SUSAN. ¿Y un novio?

ALVAR. ¡Ah!... Eso depende...

SUSAN. Usted, ¿en el caso de él qué haría?

ALVAR. ¿Puedo contestar con franqueza?

SUSAN. Eso quiero.

ALVAR. Yo no me casaría con usted.

SUSAN. ¿Ve usted cómo me aconseja un imposible?

ALVAR. Entonces, ¿no se lo quiere usted contar?

SUSAN. No.

ALVAR. Hace usted mal. Pero si es una decisión irrevocable voy a darla a usted otro consejo: No se case usted.

SUSAN. ¿Que no me case?

ALVAR. No. Porque Luis Alfonso lo sabrá un día u otro... y entonces... pobre de usted...

SUSAN. Y como lo va a saber... ¿Sería usted capaz?...

ALVAR. Me hace usted daño con esa pregunta. No, no sería yo... Sería usted misma quien se lo dijese.

SUSAN. ¿Yo?

ALVAR. Usted. Queriéndole como le quiere, no podría usted guardar mucho tiempo el secreto, porque créame usted, señorita... el secreto es el cáncer del amor...

SUSAN. ¿Cómo ha dicho usted?

ALVAR. Que el secreto es el cáncer del amor.

SUSAN. ¿Esa idea es de usted?

ALVAR. Sí, señorita. Pero está a su disposición. Cuando la precise, puede usted apropiársela. Yo se la regalo. Tengo otras.

SUSAN. Gracias.

ALVAR. Por Dios, señorita... Sin cumplidos... ¿Y puedo saber

antes de retirarme cuál es su determinación en el asunto que me ha traído?

SUSAN. No, no puede usted saberlo.

ALVAR. Comprendo. Ni usted misma lo sabe.

SUSAN. Eso es cosa mía.

ALVAR. Sin duda, pero puedo anticiparla que a poco que reflexione, desistirá usted de su boda. Y hará usted muy bien.

SUSAN. ¿Por qué?

ALVAR. Por lo que he dicho antes. Que lo sepa el novio, es peligroso... que el marido lo averigüe, puede ser trágico...

SUSAN. ¿Usted cree?

ALVAR. Conozco a los hombres... Y ahora, señorita, permítame usted que me retire, que bastante la he molestado, y tiene usted ya muy poco tiempo para tomar una resolución de tanta importancia... Solo quiero añadir dos palabras: Alvaro de Yébenes es un caballero. Medite usted bien esta frase. Si algún día duda usted, ella le aconsejará lo que tiene que hacer. Señorita... (*Se levanta y hace ademán de marchárse.*)

SUSAN. Perdone usted, señor de Yébenes. ¿Cree usted sinceramente que no tenemos nada más que decirnos?

ALVAR. Que yo sepa, no.

SUSAN. Piense usted bien.

ALVAR. (*Con cierta guasa.*) Por más que pienso, la verdad, no encuentro...

SUSAN. ¡Ah! ¿No encuentra usted?

ALVAR. Lo juro, señorita.

SUSAN. ¿Y usted es el perfecto caballero?

ALVAR. Por tal me tengo.

SUSAN. Usted conocerá muy bien a los hombres, pero de las mujeres no sabe usted una palabra.

ALVAR. Sigo sin comprenderla.

SUSAN. Pues hablemos claro, a ver si me entiende. ¿No sospecha usted que precisamente lo que más me interesaba saber es lo que usted no ha querido contar?

ALVAR. ¡Ah!... Ya comprendo. Señorita, desde las primeras frases que hemos cruzado me ha parecido usted una mujer muy inteligente. Por eso no he hablado más que lo indispensable, huyendo de parecer fatuo o indiscreto.

SUSAN. ¿Y si yo no fuera tan inteligente como usted ha supuesto?

ALVAR. ¿Modesta, además?... Tiene usted todas las cualidades.

SUSAN. Y usted todas las impertinencias... ¿Insiste usted en no hablar?

ALVAR. Insisto. Algún día me lo agradecerá usted.

SUSAN. En ese caso haga usted el favor de salir inmediatamente.

ALVAR. Tiene usted motivos para estar nerviosa, y no quiero tomar en cuenta sus últimas palabras. No olvide usted lo que le dicho: soy un caballero.

SUSAN. ¡Leonor!

LEO. (*Entrando.*) ¡Señorita!

SUSAN. Acompaña a este... caballero...

ALVAR. ¿Lo ve usted?... Gracias. (*Reverencia.*) Señorita... (*Sale con Leonor por donde entró.*)

SUSAN. ¡Lucía!

LUCIA. Aquí me tienes...

SUSAN. ¿Has oído?

LUCIA. ¡Todo!

SUSAN. ¿No es horrible?

LUCIA. ¡Horrible!

SUSAN. ¿Qué harías tú en mi caso?

LUCIA. ¡Ah! Eso sí que no lo sé... Es un asunto tan delicado... tan personal...

SUSAN. (*Como monologando.*) Y, además, ahora estoy peor que antes... sé que ahora sé que ese señor sabe todo... todo... y sé que yo no sé nada más... Es deseperante... (*Pasea unos instantes en silencio.*) ¡Lucía!..

LUCIA. ¿Qué quieres?

SUSAN. Di al padrino que suba.

LUCIA. ¿Qué vas a hacer?

SUSAN. Di al padrino que suba...

LUCIA. Se lo diré... pero antes dime...

SUSAN. ¿Para qué?... Ya he tomado una resolución.

LUCIA. ¿Cuál?

SUSAN. Ahora lo sabrás...

LUCIA. Si no me lo dices antes, no bajo.

SUSAN. Bajaré yo.

LUCIA. No... Espera... (*Sale Lucía por la puerta del foro Susana pasea por el cuarto muy nerviosa. Se oyen los pasos de Tristán y Lucía que vuelven. Susana adopta una actitud enérgica.*)

TRIST. ¿Pero tú sabes la hora que es?

SUSAN. Es igual. Te he llamado para decirte que hoy no me caso.

TRIST. ¿Que hoy no te casas?

SUSAN. Eso es. ¿Está claro?

TRIST. Bueno, pero vamos a ver... vamos a ver... ¿habla en serio?

SUSAN. ¿Tengo cara de broma?

TRIST. ¿Y se puede saber a qué se debe esta resolución?

SAN. Se debe a que hoy no tengo ganas de casarme.

RIST. Eso no es motivo suficiente. Comprendo que dijeras: Hoy no tengo ganas de ondularme... Hoy no tengo ganas de igualarme la melena. Pero... Hoy no tengo ganas de casarme... reconocerás que...

USAN. No reconozco nada.

RIST. (*Cada vez más serio.*) Vamos a hablar con formalidad, Susana... ¿Qué ha sucedido aquí?...

USAN. ¿Aquí?... ¡Nada!... ¿Ha sucedido aquí algo, Lucía?

UCIA. Que yo sepa, no.

RIST. ¿Entonces es que quieres reirte de mí?

USAN. Yo no quiero reirme de nadie. Yo lo que no quiero es casarme. ¿Comprendes?

RIST. Susana... ¡Basta de juego!... Hace veinte minutos que esperan en la iglesia, el novio, la madrina y los testigos... Vamos allá...

USAN. Yo no voy... Que se retiren...

RIST. ¡Susana!

USAN. ¡Padrino!

RIST. No olvides que estás aún bajo mi tutela y te puede costar caro este capricho de niña testaruda...

USAN. Yo estaré bajo su tutela, pero usted no tiene derecho a insultarme...

RIST. ¿Pero te he insultado yo? (*A Lucía.*) ¿La he insultado yo?

UCIA. Que yo sepa, no.

USAN. ¡Ah! ¿Con que no me ha insultado?... ¿También tú de su parte?... ¡Vaya unas amigas!... Pues, si señor... Me ha insultado, me ha insultado... Y eso yo no se lo tolero ni a tutores, ni a curadores, ni a parientes más cercanos...

RIST. ¿Sabes que parece enteramente que te has vuelto loca?

USAN. ¿Y por qué no puedo yo volverme loca?... ¿No tengo yo derecho a volverme loca?... ¿O es que ya no puede una ni volverse loca?...

RIST. (*Visiblemente preocupado. A Lucía.*) Yo creo que tiene un ataque serio.

USAN. (*Cogiendo un jarrón.*) He dicho que no me caso, y no me caso...

RIST. (*Quitándola el jarrón con suavidad.*) Está bien... No te casas... Pero cálmate... y piensa en lo que vas a decir ahora a tu novio...

USAN. ¡Eso es cosa de usted!

RIST. ¿Mía?

USAN. ¿De quién, si no?... ¿No es usted mi tutor? ¿No es usted el responsable de mis actos? Pues ya está usted

yendo a la iglesia, a explicarle como mejor le p
rezca...

TRIST. ¡Ah! ¿Pero encima tengo que ser yo el que vaya
decirles?... ¡Señor! ¡Esto es demasiado!...

SUSAN. (*Cogiendo otra vez el jarrón de antes y haciéndolo m
gas antes de que se lo pueda quitar Lucía, que lo
tenta.*) ¡He dicho que ya está usted yendo a
iglesia!

TRIST. Bueno... Tranquilízate... ¡Ya voy!

LEO. (*Entrando por el foro*) Señorita... el señorito L
Alfonso ha enviado al mecánico a preguntar si oc
rre algo. Dice que está muy intranquilo...

SUSAN. (*A Tristán.*) ¿Lo oye usted?... ¿Usted cree que h
derecho a tener a tanta gente esperando?... Pe
sobre todo... ¡allá usted!... Yo he cumplido c
mi deber. (*Sale por la puerta de su cuarto y al in
tante se oye el ruido de otro cacharro que pasa a me
vida.*)

TRIST. (*A Lucía.*) Bonito papel el mío... ¡Señor!... ¡S
ñor!... Ocúpate de ella... ¿quieres?... No la dej
sola...

LUCIA. Descuide usted.

TRIST. (*Saliendo con Leonor.*) Dile al mecánico del señori
que enseguida voy... (*Salen los dos por el fondo.*)

SUSAN. (*Asomando la cabeza. En tono natural.*) ¿Se ha i
ya?...

LUCIA. Ya.

SUSAN. (*Entrando.*) ¿Lo he hecho bien?

LUCIA. ¿El qué?

SUSAN. El ataque.

LUCIA. Admirablemente. Yo misma me lo he creído.

SUSAN. Lo importante era ganar tiempo. Ahora lo teng
para reflexionar...

LUCIA. ¿No crees tú que hubiera sido mejor reflexionar pr
mero?..

SUSAN. No... no, así está bien... Oye, Lucía, cuéntame pro
to algo gracioso, divertido...

LUCIA. ¿Para qué?

SUSAN. Para distraerme... Porque estoy sintiendo surgir
lágrima... (*Empieza a hacer pucheros.*) Y si me po
go a llorar... ahora que tengo motivo... (*Se pone
llorar francamente.*)

LUCIA. Espera un poco, mujer...

SUSAN. (*En pleno llanto.*) No, ya es tarde... ya no pue
contenerme... Ahora lo que te pido es que no m
moleste nadie en una hora... Necesito llorar a gu
to. Me voy a echar... Tú quédate por aquí..

para que me dejen en paz... A eso de las siete me interrumpes... ¿Lo harás?

UCIA. Cuenta conmigo... Puedes llorar tranquila...

USAN. (*Saliendo por la puerta de su cuarto llorando con desconsuelo.*) ¡Qué buena amiga eres! (*En cuanto se queda sola, Lucía coge un libro, enciende la luz y se sienta, dispuesta a leer. Se abre la puerta del fondo y entran Leonor y María Rosa.*)

EO. ¿Pero es verdad?... Señorita... ¿es verdad?

UCIA. Es verdad, ¿qué?

EO. ¿Que ya no se casa la señorita?

UCIA. Es verdad. Puedes retirarte; la señorita no necesita nada por ahora. (*Leonor sale por la puerta de la izquierda.*)

.ª RO. ¿Pero qué ha pasado? ¿Tú lo sabes?

UCIA. Sí.

.ª RO. Explícame, por lo que más quieras...

UCIA. (*Levantándose y llevando a María Rosa hacia la puerta del fondo.*) Dime, Maria Rosa, ¿tú eres capaz de guardar un secreto?

.ª RO. Lo soy... (*Están ya cerca de la puerta.*)

UCIA. (*Andando un poco más.*) ¿De veras?

.ª RO. Te lo juro.

UCIA. ¿Sabes callarte a tiempo? (*Ya están en la puerta.*)

.ª RO. Sí...

UCIA. Pues yo también. (*La empuja suavemente, cierra la puerta y vuelve a sentarse al lado de la lámpara mientras cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

a terraza de un hotel de Hendaya. Un dia espléndido de verano. Las dos de la tarde.

(*Al levantarse el telón están sentadas alrededor de una mesa, en segundo término a la derecha, las mismas muchachas que en el primer acto.*)

USAN. (*Levantándose.*) Mis queridas amigas: La experiencia que me da el celebrar por segunda vez esta ceremonia de la despedida de soltera, hace que me levante ya con mucha menos emoción, para agradeceros sinceramente que hayáis venido a acompañarme las mismas que rodeábais mi mesa el año pasado, en día semejante... Si os he de decir la verdad, yo ya no soy la misma...

LANC. Ni nosotras... un año enseña mucho...

LUCIA. Y si no, que lo diga María Rosa, que ya está casada

BLANC. Por cierto que te has ahorrado la despedida d soltera...

M.ª RO. Gustavín no quería...

LUCIA. Ah, ¿pero tú eres de las que obedecen?...

SUSAN. Déjala, que tiene cara de ser feliz.

M.ª RO. Mucho. ¿Para qué lo voy a negar?

SUSAN. Pues yo os confieso que voy esta vez al matrimoni como si fuera al dentista... sin pizca de ilusión...

M.ª R... Haces mal, porque tiene momentos muy agradable

SUSAN. Lo de Luis Alfonso me desencantó para siempre d los hombres... ¡Mira que no tomarse siquiera el tr bajo de averiguar por qué no quise casarme!

BLANC. Y en el fondo, ¿por qué fué?

SUSAN. (*Mirando a Lucía.*) Es muy largo de explicar... Pero en el fondo, fué porque entonces le daba y demasiada importancia a eso de casarse... Hoy ve las cosas de otro modo... Ahora considero el matr monio como una formalidad de la vida, que convie ne tener hecha, como la vacuna...

M.ª RO. Yo prefiero el enlace a la vacuna.

LUCIA. Es que tú eres una golosa...

SUSAN. No niego que con Luis Alfonso llevaba cierta il sión... Pero no siendo con él, ya me es igual casa me con cualquiera... ¡Con tal de que no usen calv ni lentes, ni corbatas de lazo, para mí todos los hor bres son iguales!...

M.ª RO. Pues yo necesitaba a mi marido... Estamos hech a medida...

LUCIA. Estoy conforme con Susana. Los hombres son tod iguales... mejor dicho, ni siquiera iguales, que es tendría sus ventajas; son parecidos, que es peor...

M.ª RO. Gustavín no se parece a nadie...

BLANC. A ti lo que te pasa es que estás intoxicada con l morfina de la luna de miel; pero ya verás en cuan se te acabe el específico y te despiertes y te encuen tres al lado, no de Gustavin, sino de tu marido...

LUCIA. Como que yo, desde que he sabido que el Gobierr ruso ha prohibido el beso, me siento bolchevique...

M.ª RO. ¿Pero han hecho esa barbaridad en Rusia?

LUCIA. Y muy bien que han hecho...

SUSAN. ¿Por qué?

LUCIA. Porque el beso es el vehículo del microbio.

M.ª RO. Pues yo prefiero ese vehículo a un Rolls...

SUSAN. Como te digo una cosa, te digo otra. Eso de supr mir el beso, me parece un poco fuerte...

LUCIA. ¡Bah! Todo es acostumbrarse...

USAN. Pero no me negarás que hay circunstancias que requieren el ósculo.

UCIA. ¿Cuáles?

USAN. Por ejemplo: una puesta de sol, al borde del mar, en verano...

.ª RO. Pues no me descuides un atardecer de otoño en un pinar...

LANC. Tampoco es ninguna tontería una mañana de Mayo en la Rosaleda, cuando se abren los capullos...

I.ª RO. Y el guarda no mira...

UCIA. Sois unas prosaicas.

I.ª RO. ¿Y tú, qué eres?

UCIA. Una mujer fuerte.

I.ª RO. Ya te daría yo fortaleza si cayeras con uno como el mío.

UCIA. Como el tuyo los he tenido por gruesas y no he caído.

M.ª RO. ¿Pero, a que has tropezado?

UCIA. Eso es cosa mía...

SUSAN. Bueno... Agotado el tema, y dejad a María Rosa que sea feliz con sus ilusiones... Ya sabéis que la boda es, por fin, el sábado...

M.ª RO ¿A qué hora?

SUSAN. A las once. Espero que vendréis todas... Así me parecerá la ceremonia menos lúgubre.

UCIA. ¿No hemos de venir?

SUSAN. Pero no corráis la voz por San Sebastián. Prefiero que haya poca gente. Si pudiera me casaba de traje sastre, y me parecería que me casaba menos.

UCIA. ¿Le has tomado asquito a esa formalidad?

SUSAN. No lo sabes tú bien...

LUCIA. Pues no seas tonta y desiste, como la otra vez.

SUSAN. ¿Qué diría la gente?

M.ª RO. Di que no, Susanita; cásate. Yo, al principio, también llevaba mucho miedo; pero luego, en cambio, me alegré más... (*En este momento se acerca a la mesa y a Susana una especie de nurse inglesa.*)

ENFER. ¿La señorita va a dormir la siesta esta tarde?

SUSAN. No sé. ¿Por qué?

ENFER. Porque si la señorita no me necesita ahora, quisiera ir a poner unos telegramas. Dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta.

SUSAN. Vaya. En todo caso, antes de esa hora no pienso descansar...

ENFER. Entonces, hasta luego, señorita...

SUSAN. Hasta luego. (*Sale la enfermera por la derecha.*)

M.ª RO. ¿Quién es?

SUSAN. Mi enfermera.

M.ª RO. ¿Tu enfermera?

SUSAN. Sí... Como soy un poco sonámbula, por si acaso cuando vivo en hotel, está a mi lado mientras duermo.

LUCIA. (*A media voz.*) Te la ha puesto Alvaro, ¿no?

SUSAN. (*Idem.*) El mismo...

LUCIA. ¡Cómo se cuida!

SUSAN. Figúrate... Aquí le tienes... (*Entra Alvaro por la derecha, con americana azul y pantalón blanco.*)

ALVAR. (*Besando la mano a Susana.*) Mi adorada prometida... (*Dando la mano a las otras.*) Mis preciosas amigas... ¿Qué tal ese festín?

SUSAN. (*Sin entusiasmo.*) No ha llegado al de don Baltasar pero... ¡vaya!, se ha hecho lo que se ha podido.

ALVAR. Eso quiere decir que se ha puesto verde al hombre, ¿no?

LUCIA. ¡Por supuesto!

M.ª RO. No; conste que yo, no...

ALVAR. Tú nos comprendes, María Rosa...

SUSAN. (*Interrumpiendo a Alvaro.*) ¿Arreglaste todo?

ALVAR. Todo... Es decir, nos falta un detalle.

SUSAN. ¿Cuál?

ALVAR. Un padrino.

SUSAN. ¿Cómo?... ¿Tristán no quiere?

ALVAR. Ni atado. Dice que él va a la boda de testigo, de convidado, de espectador, incluso a abrir las puertas de los coches, pero que para padrino no le pescan más.

SUSAN. Qué conflicto.

ALVAR. ¿Por qué? Para que haya boda, los únicos personajes indispensables son los novios y un clérigo. El padrino es un accesorio... Ya encontraremos uno de aquí al sábado...

SUSAN. Tienes razón... (*A las chicas, que se preparan para marcharse.*) ¿Qué? ¿Ya emigráis?

LUCIA. Sí... Nos volvemos en seguida a San Sebastián, porque Blanquita y yo vamos a los toros.

M.ª RO. Y a mí me espera Gustavín, que estará de un impaciente... En cuanto nos separamos más de media hora, nos parece que nos falta algo...

SUSAN. ¡Ah!, pues eso, no... Yo no quiero tener la culpa de que estéis incompletos...

LUCIA. Hasta el sábado, Susi..., y a última hora, si ves que no te divierte, no seas prima... Con hacer lo de la otra vez...

SUSAN. Imposible; comprenderás que, después de lo que me ha pasado, o me caso con Alvaro o me quedo soltera.

LANC. Adiós, preciosa...

.ª PO. Hasta el sábado... (*Salen todos por la derecha. Entra Mauricio por la izquierda con un botones.*)

AURI. Haz el favor de decir a la señorita del ciento catorce, que deseo hablar con ella un momento.

OTON. Está bien, señorito... (*Sale por la derecha.*)

USAN. (*Entrando.*) ¿Es usted quien me ha mandado avisar?

AURI. Me he tomado esa libertad...

USAN. Pues usted dirá...

AURI. Ya sabrá usted que estoy pasando unos días en este hotel.

USAN. Sí. Le veo muy a menudo con una señora bastante apreciable...

AURI. Precisamente de esa señora se trata... Es la mujer de un íntimo amigo mío, el barón de la Unión Patriótica..., que ha tenido que ir a Madrid unos días y la ha dejado bajo mi tutela...

USAN. ¿Y usted, encantado?

AURI. No. No olvide usted mi norma... Las mujeres de mis amigos, son sagradas...

USAN. Es verdad... No me acordaba de que es usted una especie de «señor de compañía»... Como quien dice: una *carabina*...

AURI. Mis amigos me llaman el rifle; pero no me ofendo. La señora en cuestión, que se llama María Paz, desea serle presentada, para hablar con usted de un asunto que les interesa por igual.

USAN. ¿De qué se trata?

AURI. Lo ignoro. Ella misma se lo explicará, si es que no tiene usted inconveniente...

USAN. ¿Inconveniente, por qué?... ¿Dónde está esa señora?

AURI. En el bar... Voy a llamarla... (*Va hacia la izquierda y hace una seña. Entra María Paz, que es una señora joven, bien vestida y de aspecto simpático.*) María Paz, te voy a presentar a la señorita de Montehermoso... La baronesa de la Unión Patriótica... (*Inclinación mutua. Apretón de manos.*) Y les dejo a ustedes para que puedan hablar con entera libertad... Señorita, un millón de gracias... Hasta luego, María Paz; en el bar te espero.

M.ª PAZ. Hasta ahora, Mauricio.

USAN. Siéntese, señora... Según me ha dicho Mauricio, tiene usted que hablarme.

M.ª PAZ. Sí, señorita...

USAN. Pues usted dirá...

M.ª PAZ. Es un asunto un poco delicado, y que yo no quisiera que usted interpretara...

SUSAN. Hable usted sin miedo...

M.ª PAZ. Usted tiene novio, ¿no es eso?...

SUSAN. Sí, señora...

M.ª PAZ. Un muchacho delgado, de buena facha, que se llam Alvaro de Yébenes.

SUSAN. El mismo... ¿Le conoce usted?

M.ª PAZ. De vista solamente... Como le habrá dicho Mauricio mi marido ha tenido que ir a Madrid, y estoy sol en mi cuarto del hotel... A mí no me gusta encerrar me por dentro de la habitación, porque soy mu aprensiva y tengo miedo a ponerme enferma y qu no puedan entrar... Es una rareza, lo comprendo pero es más fuerte que yo...

SUSAN. Eso no tiene nada de particular...

M.ª PAZ. Su novio de usted es muy distraído, ¿no es eso?

SUSAN. No creo... ¿Por qué?

M.ª PAZ. Porque con la de anoche, ya son tres las veces qu se mete en mi cuarto y me da unos sustos horribles

SUSAN. ¡Qué raro! Pues él a mí no me ha dicho nada...

M.ª PAZ. ¿No le digo a usted que debe de ser muy distraído Menos mal que, hasta ahora, lo único que ha hech es asustarme, porque siempre que ha entrado me ha encontrado dormida; pero yo he querido hablar co usted para que usted a su vez ruegue a ese señor qu se fije bien en dónde entra...

SUSAN. Señora, créame usted que si yo hubiera sabido...

M.ª PAZ. No vaya a dar a todo esto más importancia de la que tiene... La prueba de que yo no se la doy es qu ni a Mauricio, que ahora representa a mi marido, l he dicho una palabra... Ya ve usted si lo hará distraído, que anoche se me presentó en pyjama...

SUSAN. ¿En pyjama?

M.ª PAZ. Sí, señorita. Yo creo que lo más acertado es que usted le aconseje, puesto que es tan propenso a equivocarse, un procedimiento que hay infalible para esto casos...

SUSAN. ¿Y qué es?

M.ª PAZ. Muy sencillo... Que antes de entrar, aunque sea en su propio cuarto, dé en la puerta tres golpes acompasados con los nudillos, al mismo tiempo que pregunta: «¿Se puede?»... Y así no habrá error posible..

SUSAN. (*Un poco amoscada.*) Muy ingenioso...

M.ª PAZ. (*Como si no comprendiera.*) ¿No es cierto? En Inglaterra, donde abundan las personas distraídas... se usa mucho.

SUSAN. ¿De verdad?

M.ª PAZ. Se lo aseguro...

SUSAN. ¿Y es eso todo lo que tenía usted que decirme?

M.ª PAZ. Todo.

SUSAN. Pues esté usted tranquila. Yo respondo de que no volverá a repetirse...

M.ª PAZ. (*Levantándose.*) Muchas gracias, y perdone la molestia.

SUSAN. Usted es la que tiene que perdonar...

M.ª PAZ. Mucho gusto, señorita...

SUSAN. El gusto es mío... (*Se despide con sonrisa de conejo y la ve salir. Alvaro ha llegado por la derecha y presencia el final de esta escena.*) Y el disgusto va a ser el suyo. (*Susana se vuelve y encuentra a Alvaro, que procura adoptar una actitud desenvuelta.*)

ALVAR. Bueno, pues cuando quieras... estoy a tus ordenes...

SUSAN. (*Yendo a él furiosa.*) ¿Has visto a esa señora que acaba de salir?

ALVAR. Sí.

SUSAN. ¿La conoces?

ALVAR. De vista. La encuentro todos los días en el ascensor, en el «hall»...

SUSAN. ¿Sólo en esos sitios?

ALVAR. Sólo.

SUSAN. ¿Estás seguro?

ALVAR. No comprendo lo que quieres preguntar.

SUSAN. ¿Cuántas veces has entrado en su cuarto?

ALVAR. (*Con asombro.*) ¿Yo, en su cuarto?...

SUSAN. Sí, tú.

ALVAR. ¿Para qué?

SUSAN. Eso, tú sabrás... Contesta...

ALVAR. ¿De modo que esa señora ha venido?...

SUSAN. Esa señora ha venido a decirme con mucho retintín que yo tengo un novio muy distraído que se mete en su cuarto sin decir: «orí»... y que anoche te presentaste en «pyjama»...

ALVAR. Esa señora te ha dicho que yo no digo: «orí»... ¡que anoche!... ¡que en «pyjama»!... ¡Hay para volverse loco!

SUSAN. Suspende la demencia por ahora y escúchame. ¡Eres un fresco!... ¿Me entiendes? ¡Un fresco!

ALVAR. Susana...

SUSAN. (*Interrumpiéndole.*) Si tú y yo fuéramos dos novios normales, te aseguro que ésta sería nuestra última conversación... Te vale el que para mí ya no hay más novio posible que tú... sobre todo después de la campanada que dí con mi boda fustrada... Pero, óyeme...

ALVAR. (*Enérgico.*) No, la que me va a oír vas a ser tú...

SUSAN. ¿Qué tienes que decirme?

ALVAR. Ante todo, ¿desde cuándo conoces tú a esa señora?

SUSAN. Me la acaban de presentar.

ALVAR. Y a mí, ¿cuánto tiempo hace que me conoces?

SUSAN. Desgraciadamente, hace cerca de un año...

ALVAR. Supongo que en vista de la diferencia abrumadora a mi favor, darás más crédito a mis palabras que a las suyas... Y yo te digo...

SUSAN. Tú me vas a decir un embuste. Lo presiento.

ALVAR. Basta. Esa palabra me ha llegado al alma. ¡Señorita! Alvaro de Yébenes es un caballero... ¡Buenas tardes! (*Da media vuelta y hace ademán de irse.*)

SUSAN. (*Llamándole.*) ¡Alvaro!...

ALVAR. ¿Es a mí?

SUSAN. ¿Qué es lo que querías decirme?

ALVAR. Tú lo has dicho. Un embuste.

SUSAN. Anda, habla...

ALVAR. ¿Para qué, si es una mentira?

SUSAN. De todas maneras... Por si acaso...

ALVAR. ¿Me vas a creer?...

SUSAN. ¿Qué remedio?

ALVAR. (*Solemne.*) Susana... Yo puedo afirmar que no he entrado nunca, a sabiendas, en el cuarto de esa señora... ¡Nunca!... ¿Está claro?

SUSAN. Entonces, ¿esa señora no ha dicho la verdad?

ALVAR. Puede que sí...

SUSAN. ¿Qué quieres decir?

ALVAR. (*Cada vez más solemne.*) Quiero decir que todo esto viene a robustecer una sospecha que hace tiempo me tortura...

SUSAN. ¿Una sospecha?

ALVAR. Sí. Una sospecha que acaba de ascender a certidumbre... Susana, ten valor... ¡También yo soy sonámbulo!

SUSAN. ¡Qué casualidad!

ALVAR. ¿Lo dudas?... ¿Tú?... ¿Precisamente tú?...

SUSAN. Los hombres sois tan embusteros.

ALVAR. ¿Ah, sí?... Pues escucha. Hace quince dias tropiezo en una revista con un artículo que decía en letras muy visibles: «¿El sonambulismo es contagioso?»... Lo leo con avidez... Todos los grandes especialistas coinciden en que el fenómeno lo produce un microbio que han denominado el «auto-somnium...» Ese microbio se transmite difícilmente, pero se transmite...

SUSAN. ¿Cómo?...

ALVAR. Desde luego al besar...

SUSAN. (*Muy colorada.*) ¡Ah!...

ALVAR. Está probado... El sonambulismo es contagioso.

SUSAN. Entonces... ¿en el fondo soy yo quien tiene la culpa de que te introduzcas en pyjama en cuarto ajeno?

ALVAR. No pienses ni un segundo que te lo echo en cara. Si te lo he dicho es para que me comprendas, me disculpes, y si acaso, me compadezcas...

SUSAN. ¿Pero hablas en serio?

ALVAR. Pregúntale, pregúntale a esa señora, si al entrar en su cuarto no llevo las manos crispadas, la mirada vidriosa, el andar espectral...

SUSAN. ¿Y tú cómo sabes que vas así?..

ALVAR. Lo conjeturo. Porque así van los sonámbulos. ¡Ah! y menos mal que me ha dado por la manía bien inocente de querer pernoctar en el cuarto de una señora... Porque podía haber tenido obsesiones más peligrosas...

SUSAN. ¿Cuáles?

ALVAR. ¿Tú no sabes que a muchos sonámbulos les da por arrojarse a la calle desde un quinto piso?...

SUSAN. Pero tú, afortunadamente, vives en el primero.

ALVAR. No importa... Subiría antes. No quiero ni pensarlo.

SUSAN. Ni yo.

ALVAR. Mira que si una mañana al asomarte a tu balcón para recrearte contemplando el Cantábrico, te encontraras con que mi cuerpo yacía inerte...

SUSAN. ¡Calla!... ¡Calla!

ALVAR. ¿Me crees ya? ..

SUSAN. Tanto me dices..,

ALVAR. Y conste que te perdono.

SUSAN. Que me perdonas, ¿qué?

ALVAR. El contagio...

SUSAN. ¡Qué bueno eres!

ALVAR. Soy un caballero. Nada más. ¿Qué?... ¿Salimos?

SUSAN. Más tarde. Estas cosas me han enervado un poco... Prefiero descansar..

ALVAR. ¿Quieres que venga a buscarte dentro de un rato?

SUSAN. Bueno.

ALVAR. Pues voy a hacer unos encargos y vuelvo en seguida. Hasta ahora, mi sonámbula...

SUSAN. Hasta luego... (*Con guasa.*) ¡Tormento! (*Sale Alvaro por la derecha en el momento en que vuelve la enfermera por la izquierda.*) Viene usted que ni llovida del cielo... Dígame... usted que es enfermera debe saberlo... ¿esto del sonambulismo es contagioso?

ENFER. ¡Qué disparate!

SUSAN. ¿Está usted segura?

ENFER. Yo no lo he oído decir nunca.

SUSAN. ¿Tampoco ha oído usted hablar del «auto-somnium»?

ENFER. No, señorita, no conozco ese coche.

SUSAN. Es un microbio.

ENFER. ¡Ah!... Pues tampoco le conozco.

SUSAN. ¿Y es cierto que los sonámbulos tienen a veces la obsesión de tirarse por un balcón desde el quinto piso?

ENFER. Es muy raro. Eso suele suceder cuando el enfermo es albañil, bombero o artista de circo... Pero la señorita puede estar tranquila. En primer lugar yo velo, y además el sonambulismo de la señorita es inofensivo...

SUSAN. Ahora no se trata de mí...

ENFER. ¿Alguna amiga?

SUSAN. Tampoco. Daniela, tengo que pedirla a usted un favor.

ENFER. La señorita no tiene más que mandar.

SUSAN. Hasta que me case, tendrá usted que velar dos sueños en vez de uno.

ENFER. Lo que usted disponga.

SUSAN. Yo comprendo que lo que le pido es algo delicado...

ENFER. Quiere usted callar, señorita Susana... ¿Y quién es la sonámbula?

SUSAN. Es un sonámbulo.

ENFER. ¡Ah !¿Un sonámbulo?

SUSAN. Sí, el señorito Alvaro....

ENFER. ¡Ah!... (*Con desencanto.*) El señorito Alvaro...

SUSAN. ¿Qué?.. Le da a usted reparo velar el sueño de un caballero.

ENFER. No, no es por eso...

SUSAN. Pues, entonces...

ENFER. No sé cómo explicarla. No me pida usted eso, señorita Susana, no me pida usted eso.

SUSAN. Me está usted intrigando, Daniela.

ENFER. ¿La señorita quiere que la diga la verdad?

SUSAN. ¿No he de querer?

ENFER. Aunque sea amarga.

SUSAN. Aunque sea.

ENFER. Señorita... el novio de la señorita es un sonámbulo de segunda mano.

SUSAN. ¿De segunda mano?

ENFER. Sí, de ocasión. Quiero decir que no lo es. Que se lo hace. ¿Comprende la señorita?

SUSAN. ¿Y cómo se ha enterado?...

ENFER. Ya sabe la señorita que yo duermo los sábados, que es el día que vela la doncella de la señorita... El primer sábado que me quedé a dormir se apareció en

mi cuarto el señorito Alvaro, a las tres de la mañana, en pyjama, con las manos crispadas, la mirada vidriosa y el andar espectral. Venía diciendo: «Aquí es... Ya estoy... Ya he llegado.» Yo, al principio, me lo creí... Me levanté y procuré convencerle con suavidad para que no se despertase... «No, no es aquí, señorito Alvaro; se ha equivocado usted...» Pero él insistía... «Sí, no cabe duda, ya he llegado... esto es cosa mía», y hacía al mismo tiempo unos ademanes de toma de posesión, que comprendí que aquello no era serio...

SUSAN. Querrá usted decir que lo era demasiado.

ENFER. ¡Y tanto, señorita!.... No tuve más remedio que darle un pellizco en el brazo con toda mi alma para que despertase, si es que, en efecto, dormía, o para que comprendiese que perdía el tiempo si iba despierto.

SUSAN. ¿Y qué hizo?

ENFER. Por de pronto, ahogar un grito instintivo, porque el pellizco fué de los de pronóstico, con perdón de la señorita, y luego salir del cuarto sin dejar de hacerse el dormido, diciendo: «No, pues está visto que aquí no es... No he llegado todavía...» Y vi que se metía en su cuarto, rascándose el brazo.

SUSAN. ¡Qué bandido!... ¿Y después?

ENFER. Después ha vuelto a insistir con el mismo procedimiento; pero yo ya estaba prevenida y había cerrado con llave la puerta, y le dejé que estuviera media hora diciendo: «Sí, aquí es... Ya he llegado...» Hasta que se cansó y se fué a acostar.

SUSAN. ¿Verdad, Daniela, que los hombres son un asco?

ENFER. ¡Ay, si, señorita!... Cuéntemelo usted a mí. Ve una cada cosa.., Yo lo que quisiera es que la señorita no se disgustara por esto...

SUSAN. ¿Disgustarme?... Usted no sabe el favor que me ha hecho... Esta noche está usted libre. Y tome usted doscientos francos que la regalo para que se divierta...

ENFER. Ay, señorita, mil gracias. ¡Qué buena es la señorita!.,. Entonces, con permiso de la señorita... me retiro...

SUSAN. Sí, sí, hasta mañana, Daniela...

ENFER. Hasta mañana, señorita... (*Sale la enfermera por la derecha. Susana queda meditando unos instantes, con cara alegre. Va a salir por la izquierda, con aire decidido, y tropieza con un botones que le da una tarjeta.*)

BOTON. Señorita, este señor que desea ver a la señorita...

SUSAN. (*Leyendo la tarjeta con verdadero asombro.*) ¿El, aquí?... ¿Dónde está ese señor?

BOTON. En el hall.

SUSAN. Que pase. (*Susana espera. Entra Luis Alfonso con indumento veraniego y visiblemente conmovido. Susana le acoge muy ceremoniosa.*) Caballero...

LU. AL. Susana...

SUSAN. ¿Me conoce usted?... ¡Qué tonta!... ¡Claro!... ¡Ahora caigo!... ¿No es usted un señor que estuvo a punto de casarse conmigo el año pasado?

LU. AL. ¡¡Susana!!

SUSAN. Es usted, ¿verdad?... Ya decía yo... Esta cara no me es desconocida... Y quiere usted hablarme... ¿Sin duda, viene usted a explicarme por qué desistió de su matrimonio conmigo?...

LU. AL. ¿Que yo... desistí?...

SUSAN. Por Dios, si no vale la pena de hablar de eso... Aquello ya pasó... No tiene usted que disculparse... Está usted perdonado...

LU. AL. Que yo estoy perdonado... Susana, esto es demasiada burla...

SUSAN. (*Sin hacerle caso.*) Yo no le dí importancia ninguna... Cosas de chicos... Qué, ¿se ha vuelto usted más formal?... Ahora, de aspecto por lo menos, está usted hecho un hombrecito...

LU. AL. Señorita...

SUSAN. Y pensar que si usted se toma el trabajo de venir a verme al día siguiente y tenemos una explicación, a lo mejor a estas horas yo era su mujer... ¡Qué risa me da!...

LU. AL. Señorita... ¿quiere usted escucharme?

SUSAN. Ah, ¿pero quería usted hablar?

LU. AL. A eso he venido.

SUSAN. Como no decía usted nada, yo creí... Hable, hable usted.

LU. AL. (*Un poco en el tono de quien repite una lección aprendida.*) Ya comprenderá usted que si me he permitido dar este paso es porque el asunto que me trae merece la pena...

SUSAN. Así lo espero.

LU. AL. Si no estoy mal informado, dentro de unos días piensa usted contraer matrimonio con un... pongamos caballero que se llama Alvaro de Yébenes.

SUSAN. Exacto.

LU. AL. Pues mi visita no tiene otro objeto que venir a comunicarla que ese enlace no se efectuará.

SUSAN. ¿Ah, no?

LU. AL. No.

SUSAN. ¿Y quién lo va a impedir? ¿Usted?

LU. AL. Desgraciadamente, no puedo pretender tanto. Será usted misma.

SUSAN. No lo creo.

LU. AL. ¿Se apuesta usted algo?

SUSAN. Está prohibido el juego.

LU. AL. Señorita... En la noche del 23 al 24 de septiembre, el caballero que ocupaba el cuarto número 231 del Hotel Cristina estaba a eso de las doce acostado tranquilamente en su lecho leyendo una novela y fumando un cigarro, cuando vió que se abría muy poco a poco la puerta de su cuarto y aparecía en el dintel una muchacha bellísima...

SUSAN. ¿Y qué más?

LU. AL. La señorita que de aquella manera tan inesperada entraba a las doce de la noche en el cuarto número 231, se llamaba Susana Montehermoso.

SUSAN. (*Muy tranquila.*) ¿Qué me cuenta usted?

LU. AL. Y el caballero que yacía en el lecho, novela en mano y cigarro en boca...

SUSAN. Era usted, ¿no es eso?

LU. AL. Usted lo ha dicho.

SUSAN. Es usted un pobre inexperto y no sabe usted mentir... Todo eso que ha contado usted es cierto. Todo, menos que el caballero del 231 fuera usted.

LU. AL. Tiene usted razón, Susana, no sé mentir... El caballero era...

SUSAN. Alvaro de Yébenes.

LU. AL. No. Está usted muy equivocada. Le doy a usted mi palabra de honor de que no era él...

SUSAN. ¿Quién entonces?... ¿Quién?

LU. AL. Veo que empieza usted a interesarla esta historia...

SUSAN. Quieres decirlo, ¿si o no?...

LU. AL. ¿Ya me tuteas otra vez?... ¡Esto va muy deprisa!

SUSAN. Pero quieres hablar... ¿Quién era?

LU. AL. Otro.

SUSAN. ¿Pero, qué otro?

LU. AL. Espera un momento. Mauricio. (*Va al hall, hace una seña y entra Mauricio.*) Haz el favor de contar a Susana lo que ayer me contaste a mí.

MAURI. Sin favor. Señorita, en la noche del veintitrés al veinticuatro de septiembre, el caballero que ocupaba el cuarto número doscientos treinta y uno del Hotel Cristina...

SUSAN. No, no, por Dios. Que me lo sé de memoria. El caballero que yacía en el lecho novela en mano y cigarro en boca, era...

MAURI. Yo.

SUSAN. ¿Usted?

MAURI. El propio aludido.

SUSAN. ¿Y qué hizo usted al verme entrar?

MAURI. Lo que hubiera hecho en mi caso una persona decente. Comprendí que venía usted dormida. Me tiré de la cama. Vi cómo se posesionaba usted de ella; y salí de mi cuarto sin hacer ruido, dejándola a usted de dueña y señora de él...

SUSAN. Usted sí que es un caballero.

MAURI. Hasta cierto punto nada más. Me refugié en el cuarto de Alvaro de Yébenes dispuesto a pasar allí la noche. Inquirió el motivo. Se lo conté. Entonces me hizo una proposición tentadora. Si yo me callaba y le traspasaba íntegro el derecho a apropiarse aquella extraña aventura, me regalaría diez mil pesetas... Usted conoce mi situación financiera... A los dos días salía para la India, convidado. Una cifra así, era para tenida en cuenta...

SUSAN. ¿Y aceptó usted?

MAURI. Acepté... No debí hacerlo. Lo comprendo... Pero qué quiere usted. En estos tiempos, la caballerosidad está en proporción directa con el capital de que se dispone... Con cincuenta mil duros de renta, cualquiera es un caballero. Lo difícil es serlo con tres mil pesetas... Salí para la India...

SUSAN. Con los dos mil duros del... señor de Yébenes.

MAURI. No, no... Yo acepté, pero él no me pagó... Eso es aparte... Precisamente aquellos días no disponía de fondos... El treinta y cuarenta... Una rubia dispendiosa que había conocido. ¡Pretextos! A mi regreso liquidaríamos... Llego hace unos días, y cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que usted había roto su boda con Luis Alfonso y se casaba con Alvaro. Comprendí que había abusado de mi secreto...

SUSAN. ¡Y tanto!

MAURI. Entonces empezó a remorderme un saldo de conciencia que me queda para ocasiones como esta, y decidí intervenir. Para ello era menester hablar con Luis Alfonso...

LU. AL. Y Luis Alfonso estaba en Norteamérica.

SUSAN. ¿Y qué hacías allí?

LU. AL. ¿Qué iba a hacer?... ¡Olvidar!... ((*Susana le mira con ternura.*)

MAURI. Le llamé... Regresó. Ayer tarde se presentó en Hendaya. Le he contado todo, y lo demás ya lo sabe usted.

J. AL. No. Hay algo que no sabes... Le he ofrecido a Mauricio las diez mil pesetas que le debe ese caballero... Y no ha querido aceptar...

SAN. (*Dando la mano a Mauricio.*) Eso está bien.

AURI. (*Haciendo gesto de que tenga paciencia.*) Espere usted... Espere usted.

J. AL. No ha querido aceptar mas que siete mil quinientas. Me hace un descuento de un veinticinco por ciento.

AURI. Precio de amigo, porque esta vez mi conciencia me dice que es un negocio más limpio.

JSAN. Por lo menos más simpático.

AURI. Esa es la palabra.

JSAN. Me parece que despierto de una pesadilla. (*Se pasa la mano por la frente. Luego, como tomando una resolución.*) Luis Alfonso, Mauricio..., ¿me hacen ustedes el favor de esperar ahí dentro hasta que yo les llame?

J. AL. Tú dispones. Estamos a tus órdenes.

USAN. Pues vayan ustedes, porque aquí llega Alvaro y quiero...

J. AL. ¿Me permites que yo?...

USAN. No. No te permito... Esto es cosa mía... Vayan... Yo les llamaré. (*Salen Luis Alfonso y Mauricio por la derecha. Segundos después entra Alvaro por la izquierda.*)

LVAR. (*Que viene encantado de vivir.*) ¿Qué? ¿He tardado mucho?

JSAN. ¡Un siglo!

LVAR. ¿Tanto?

USAN. Tanto. Ven aquí, Alvarín... Siéntate... (*Se sientan.*) Tenemos que hablar de algo que siempre me preocupa. Hasta hoy no he insistido... Pero ahora que ya somos casi marido y mujer, tengo derecho a que me lo cuentes... Dime, Alvaro... ¿Qué pasó en la noche del veintitrés al veinticuatro de septiembre?

LVAR. ¿Pero otra vez, Susanita?

USAN. La última... Te lo juro... Anda, por lo que más quieras... cuenta... Entré. Tú estabas acostado leyendo una novela. ¿Qué hice yo?

LVAR. Espera que recuerde bien. Viniste hacia mí... (*Imita el gesto de una sonámbula efectiva*) despacio, muy despacio...

USAN. ¿Y qué más?... Sigue... sigue...

LVAR. Venías andando con los brazos abiertos... la cara sonriente...

USAN. Espera; a ver si podemos reconstituir la escena. Tú estabas ahí... echado... (*Le hace echarse en el di-*

van, luego da unos pasos hacia atrás y hecha a and hacia él.) Y yo venía hacía tí... así... (*Va anda do muy despacio con los brazos abiertos.*) ¿Con es cara?

ALVAR. No, no, más sonriente.. más expresiva...

SUSAN. ¿Así? (*Pone la cara más incitante.*)

ALVAR. Eso... Así.

SUSAN. Y llegué a tí... (*Al llegar donde está él le da una esas tortas que paran un reloj.*) Y ¡zás!...

ALVAR. (*Levantándose como movido por un resorte.*) ¡Susan

SUSAN. No hay Susana que valga. Es usted el rey de los n serables.

ALVAR. Pero, Susana ..

SUSAN. (*Cada vez más encolerizada.*) ¿Conque compran aventuras a crédito para explotarlas al contad Conque «Ya estoy», «Ya he llegado», «Este es sitio». ¿Conque el sonambulismo se pega?

ALVAR. ¿Pero, hablas en chino?...

SUSAN. Hablo en esquimal, que debe ser su lengua a juzg por lo glacial que es usted. Y le digo que lo úni que puede compensarme de su vileza, es que e misma me libra de usted... Y no quiero hablar m de su hazaña... Y ya está usted quitándose pa siempre de mi vista si no quiere usted que dos cal lleros que están ahí dentro organicen un mitin bofetadas sobre sus mejillas... Salga usted. ¿Pe es usted sordo? ¡Salga usted!

ALVAR. (*En tono muy digno.*) Un momento. ¡Me voy!... ¿ me he de ir? Ya lo creo que me voy. Se lo juro. Pe antes necesito decir dos palabras. Señorita: Alva de Yébenes es un caballero. Buenas tardes. (*media vuelta y desaparece.*)

SUSAN. ¡Uf!... Qué peso se me ha quitado de encima. (*Va a la derecha y hace señas. Entran Mauricio Luis Alfonso.*)

LU. AL. ¿Se fué?

SUSAN. Para siempre. ¡Luis Alfonso, qué feliz soy!

LU. AL. Y yo. Pero aún no me atrevo a creer...

SUSAN. Atrévete, hombre, no seas tímido...

LU. AL. ¡Mi vida!... Mira que si no es por...

SUSAN. Ya, ya... Y pensar que estábamos a punto de. (*Se ponen muy tiernos.*)

MAURI. ¿Están ustedes seguros de que yo les hago falta?.

SUSAN. Sí. Al fin y al cabo a usted le debemos la felicidad

MAURI. Estoy bien pagado, señorita.

SUSAN. No basta. Cuente con una casa más donde com bien los jueves y domingos...

MAURI. ¿Comer bien los jueves y domingos?... Eso me recordará mis tiempos de colegio. Mil gracias, Susana... ¿Desea usted algo más?...

SUSAN. Sí... Coja una fórmula de telegrama... (*Mauricio obedece.*) Escriba... (*Dictando.*) Lucía Oria. Hotel Continental. San Sebastián. Subsistiendo fecha nupcias, pero habiendo ligera variación en cuanto al contrayente, os invito para celebrar jueves noche despedida definitiva de soltera. Soy más que dichosa. Abrazos. Susana. (*Mientras Mauricio escribe, Susana casi abraza a Luis Alfonso y le dice:*) ¡Qué felices vamos a ser!...

MAURI. (*Que ha terminado.*) ¿De madrugada?...

SUSAN. ¿Cómo de madrugada?... Y a todas horas, si Dios quiere... ¿Verdad, Luis Alfonso?

TELÓN

CARLOS ARNICHES Y ANTONIO PASO

¡QUÉ ENCANTO DE MUJER!

COMEDIA EN TRES ACTOS, INSPIRADA EN LA OBRA DE VERNEUIL «MI PRIMA DE VARSOVIA»

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, el 24 de diciembre de 1925.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TÓ	Carmen Moragas.
NÉ, MARQUESA DE CALAUVA	Pilar Pérez.
CHALEN	Blanca Jiménez.
RIA INASI	Eugenia Illescas
RESA	María Teresa Balín.
USTINA	María Valero.
ÑA	Carmen Picó.
TUCA	Pilar Calvo.
ISTETA	Consuelo G. de Luna.
RY	M. Valero.
A NIÑA	Niña García.
NY SANTURCE, MARQUES DE CALAUVA	Alberto Romea.
IQUE MARZO	Luis Peña.
ICETO MORDENTE	Nicolás Rodríguez.
OMIN	Andrés Novo.
ANCISCO	Alfredo Alaiz.
EGORIO	Manuel Pacheco.
COLO	Juan Orduña.
PUCHO	Julio F. Alyman.
YITO	Antonio Rodríguez.
ÑOR SATUÑANO	Angel Ruiz de Apodaca.
MARERO	Carlos Heredero.
NIÑO	Niña Vargas.

acción del primero y segundo acto, en Zarauz; del tercero, en Santander. Derecha e izquierda, las del público.

ACTO PRIMERO

En Zarauz. Hall de un bonito y coquetón hotel particular, amu blado sencillo, pero con gusto. Primera izquierda del público, pue ta que figura da al vestíbulo, por la que se entra de la calle. En foro, y un poco a la izquierda, y formando ochava, gran vidrier con hojas que al abrirse dejan ver el jardín; en la parte derech del mismo foro, una puerta con escalones que bajan hacia adentr y que figuran dar paso al jardín. A la derecha, primero y segu do término, puertas que conducen a las habitaciones interiore En el centro, sofá de junco color hueso, velador y sobre él ca de cigarrillos egipcios, encendedor, periódicos, etc., etc.; butaqu tas de junco, sillas... El suelo es imitando parquet. En el centr del foro, caballete; sobre él un retrato a medio concluir, pincele paletas, etc. Estamos en Agosto: al empezar la acción son las och de la mañana.

(*Al levantarse el telón está la escena a obscura. Entra, sin embargo, por los cristales mal cerr dos de algunas vidrieras, la claridad de la mañ na. Por la izquierda salen Teresa y Agustina, do cellas de la casa, con trajes de limpieza, grand blusones y toquitas blancas, puestas con cier coquetería, que las envuelve totalmente la cabe para preservarlas del polvo. Traen en la man útiles de limpieza, cepillos de suelo. máquinas dar brillo, plumeros, paños, etc., etc. En cuan salen, abren los ventanales y entra el fuerte sol un día de agosto.*)

TERE. Anoche han estao aquí las señoras hasta muy tard

AGUS. ¿En qué lo conoces?

TERE. En que hay la mar de colillas.

AGUS. Bueno; oye, Tere, tú me ayudas a dar brillo aquí luego yo te correspondo en el gabinete y acabamo antes.

TERE. No te molestes, hija, haremos la pamplina; pero y te pronostico que hoy no acabamos la limpieza e esta casa. (*Una sacude los muebles con un plumero y la otra mete el pie en el cepillo y frota el suelo.*)

AGUS. ¿Pero es que tú te crees que la señora...?

TERE. Apéate del cepillo, que te voy a decir una friolera

AGUS. (*Acercándose con interés.*) ¿Cuála?

TERE. (*Con misterio.*) Pues nada, que la señora se está lle vando en este mismísimo momento uno de los disgus

tos más grandes que se ha llevao en su ya larga y pintarrajeada vida.

S. ¡Repeine!

E. Y va a más.

S. Pero, oye, Tere, ¿es que tú te figuras que la María Inasi habrá sío capaz de irle con el cuento?

E. Desvía el plumero, que me haces cosquillas.

S. Chica, dispensa, pero es que estoy asustá.

E. Pues no t'asustes. La María Inasi hace diez minutos que está en el cuarto de la señora contándoselo todo.

S. ¡Atiza! ¿Pero tú crees que todo?

E. Todito. Cé por bé. Esas vascas no s'atemorizan de nada. De lo cual que yo m'alegro, te lo confieso,

S. ¡Miá ésta!... Y yo. ¡Pero qué disgustazo va a tener la señora, con su genio; no quiero pensarlo!

E. Y la señorita Machalén, ídem por ídem.

S. ¡Las va a alegrar el veraneo, por la otra punta! *(Oyen rumor de voces.)*

E. Menéate, que salen.

S. ¡Arrea! Vienen la señora y la señorita, con la María Inasi.

E. Se conoce que ya les ha soltao la bomba. Dale al plumero, Agustina.

S. Oye, si la da a la señora ese ataque que pellizca, no me dejes sola, ¿eh? Vamos a medias.

E. Descuida. *(Siguen haciendo que limpian; por la segunda derecha salen Nené, Machalén y María Inasi. Las primeras con saltos de cama elegantes; la otra vestida de casera vascongada, con el característico pañuelo a la cabeza.)*

ARÍA. Y ya he sentío muchísimo de tenérselo que desírselo a la señora marquesa, que ya me dispensará, creo que...

NÉ. *(Con voz agitada y casi llorosa.)* No, hija, no. Si has hecho admirablemente... Me has dado un disgusto que puede que me cueste la vida...; pero has hecho admirablemente.

ACH. ¡Por Dios, tiíta, no llores!

ENÉ. ¡Cómo no quieres que llore, si esto es una vergüenza y un escándalo!

ACH. No me lo digas, tita, que me parece imposible...¡ Qué asco de hombres!

ARÍA. La señora marquesa ya se tiene que comprender bien las cosas...

ENÉ. Sí, hija, sí...

ARÍA. Que una si comprendía que el perjuicio era pa la señora marquesa sola, pos pa que la señora marquesa

no se llevaría el disgusto, una diría: ándate con Dio y con tu pan te lo comas. Pero es que cuando a un las cosas también la atacan, pos una con poner la cosas a sus puntos no haya ninguna cosa de mal creo que...

NENÉ. De modo que tú aseguras que el señor marqués no h pasado la noche en casa.

MARÍA. Si miraría a la alcoba, ya lo vería. Ni ha pasao est noche, ni anoche pasó, ni antes de la noche ante tampoco ha pasao ni ninguna pasa.

NENÉ. ¿Pero estás segura?

MARÍA. ¡Anda la señora marquesa! A los minutos que han re cogío ésas el comedor, que el señor marqués ya s dise que se va a acostar, pa curarse eso que tiene d los nervios que pellisca a todas...

NENÉ. ¿Cómo que pellizca?

MARÍA. Pos que tiene una este lao que estoy deseando qu lo operarían o así.

MACH. Es vergonzoso, tita.

MARÍA. Pos a la media hora que disen que s'acuesta, se saler otra ves el señor marqués y el señorito Enrique.

MACH. ¿Pero tú has visto al señorito Enrique?

MARÍA. Con estos ojos que se los tragará a la tierra.

NENÉ. Son dos canallas.

MARÍA. Se salen vestidos así como de luto, con unos chalecos escotaos pa las etiquetas, y te cogen la carretera alante y pies pa lo que te quieras; a San Sebastián se van o así, creo que.

NENÉ. (¡Indecentes!) *(Alto.)* ¿De modo que el señorito Enrique?

MARÍA. Y a los minutos, también se salen Gregorio, el ayuda de cámara, y Francisco, el mozo pa comer, que se saltan por las ventanas de la servidumbre y pa alante andan lo mismo que los señores. ¡Que lo digan éstas si se salen!

TERE. Sí, señora, señora marquesa, se salen. Yo no hubiera dicho nada por no disgustar a la señora marquesa, que una servidora se va a casar con Francisco, y, natural, ya comprenderá la señora marquesa que con el ejemplo del señor, claro, Francisco...

NENÉ. Bueno, basta.

AGUS. Una servidora no le dice nada a la señora marquesa, porque Gregorio a poco son baila, pero vamos, también si el chico no hubiese visto el ejemplo...

NENÉ. Ustedes a callar. No necesitan ejemplo de nadie esos golfos; y ya sé yo lo que he de hacer con ellos.

MARÍA. Vosotras a darse brillo, que ya le diré yo todo a la

señora marquesa, que ahora hay que andar a contarla lo mío.

NENÉ. ¿Y qué es lo tuyo?

MARÍA. Pos que ya demasiao de sobras que se sabe la señora marquesa que una servidora y Chomincho, mi marido, pos que ya hace más de quince años que nos estamos aquí pa la guarda de la casa y cuido de las plantas y animales como el señor marqués nos tiene mandao. (*Casi llorando.*) Chomín ya era de los buenos maridos que se pueden desir... Y a la presente...

NENÉ. ¿Por lo visto, también es de los que se largan?

MARÍA. (*Llorando.*) Sí, señora, señora marquesa. ¡Quinse años hace que hasnos contraído... y ninguna noche ha marchao de casa! ¡Dos veses únicas me tiene salido, pero por la ventana! Una, que le tiró mi padre, y otra, mi madre... ¡Cuestiones!...

NENÉ. ¡Pero volvería enseguida!

MARÍA. A curarse las narises. Pos la otra noche va y me dise: «Duérmete, que ahora te vuelvo»; y una se duerme a la buena fe, y a la media noche busco entre la cama, y que si te quieres... ¡Marido que no te encuentras! Y viene disiendo excusas: que l'habían llamao pa un primo enfermo, o así... Y s'acuesta, y se duerme, y se sueña, y va y se dise: «Gachona, tira pa arriba con el *fox*, que m'ha gustao!...» (*Las doncellas se ríen.*)

NENÉ. ¡Ustedes a callar y no reírse!

MARÍA. Y, esta noche, pos que también me s'ha escapao, y yo se lo he querido desir todo a la señora marquesa pa que el orden les ponga, que lo demás de los golpes pa mi cuenta corre.

NENÉ. ¿De modo que en este momento no hay ningún hombre en casa?

CERE. Ninguno, señora marquesa.

MARÍA. Hasta al gato le tengo echao de menos, que la gata mayando la noche bien sola s'ha pasao.

NENÉ. ¿De modo que si nos hubiese ocurrido cualquier cosa?...

MARÍA. Pos desamparadas que estaríamos, y máxime de noche, que es cuando los hombres le hasen más falta a una, creo que... pa que la guardarían a una, y cosas así.

NENÉ. Bueno, está bien. Retírense ustedes... Yo arreglaré a esos bribones de criados. Es decir, callar. Aquí están los tres. (*Mirando por la primera izquierda.*)

TODAS. Es verdad.

MARÍA. Ya me deja la señora, y cojo a ese chocholo, y...

NENÉ. Calma; entornen todo, como si no se hubiese levantado nadie, y ocultémonos aquí, que ya tendrán su merecido. (*Las criadas corren las cortinas, recogen los útiles de limpieza y todas se ocultan por primera derecha. Asoma la cabeza Francisco, avanza de puntillas y corre las cortinas; de puntillas también entran Gregorio y Chomin.*)

FRANC. (*Acento baturro.*) No nos han visto ni las ratas.

GREG. (*Con alegría.*) No se ha enterao ni un alma.

CHOM. (*Acento vasco.*) Unos cucalandas ya te somos. (*Se ríen los tres.*)

FRANC. Cada uno a lo suyo.

GREG. Y tan formalitos.

CHOM. Más chulo te soy que un ocho y medio. (*Francisco y Chomín hacen mutis por la izquierda, y Gregorio por la segunda derecha. Cuando han hecho mutis, salen las mujeres por la primera derecha.*)

MARÍA. (*Indignada.*) ¡Granuja! Mañana, las dos muelas más gordas, en estos pendientes te verás.

NENÉ. ¡Golfos, sinvergüenzas! Ya os daré yo. Vayan, vayan.

TERE. (*A Agustina.*) Too esto se acaba en que la señora echa a Gregorio y a Francisco, ya verás.

AGUS. Pos como los eche, en cuanto el señor marqués me diga de darme un beso, le pego una bofetá que, como no se anuncie la dentadura en «El Pueblo Vasco», no la encuentra. (*Hacen mutis: la Agustina, por la izquierda, y la Teresa, por la segunda derecha.*)

NENÉ. Y a usted, María Inasi, no le recomiendo más que una cosa... ¡Como yo vea hoy a su marido sin seis o siete chichones, se va usted de casa!

MARÍA. No me recomiende la señora marquesa. De que venga le mando con un recao pa casa mi madre, y, si no le pone una señal, pa nada le conosemos a la güelta. Ya verá la señora marquesa. (*Vase por la puerta del foro que da al jardín.*)

NENÉ. (*Llorosa.*) ¿Estás viendo? Qué vergüenza.

MACH. Yo no he querido abrir la boca. Estoy asqueada, tita.

NENÉ. ¡Tu tío escapándose ridículamente de casa como un colegial travieso!... ¡Claro, por eso quería poner alcoba aparte con el pretexto de la neurastenia!

MACH. Pero ¿qué tiene que ver la neurastenia con dormir sólo?

NENÉ. Sí, porque me dijo que tenía un tic nervioso..., y cada vez que le daba el tic, de una patada me echaba de la cama.

MACH. No lo creas, tita; eso no es tic; eso es una añagaza indecorosa y soez. ¿Quieres fumar?

NENÉ. ¡Naturalmente! ¡Bien claro lo veo ahora!... ¡Dame un cigarrillo, hija! (*Le da un cigarrillo y fuma.*)

MACH. ¿Pues y Enrique?

NENÉ. ¡Otro que tal baila!

MACH. ¡El artista delicado, el pintor exquisito!... ¡Un pintamonas indecente!

NENÉ. No le llames pintamonas, hija, que te está pintando a tí.

MACH. ¡Es que no sé lo que me digo! Hace dos años que me quedé viuda: pues a los quince días ya andaba detrás de mí como un loco. Viene aquí a pasar el verano con nosotros para ultimar los detalles de la boda, y ya ves el cinismo y la... ¡Puaf! ¡Qué asco!

NENÉ. ¡No te desesperes, hija!

MACH. Cuando ocurrió la tragedia automovilista que le costó la vida al pobre Alfonso, debí meterme a monja.

NENÉ. No digas eso, Machalén, no te apures.

MACH. ¡Oh, y como yo encuentre un convento donde dejen fumar, me meto; ya lo verás, tita!

NENÉ. Peor es lo mío: ¡lo de Tony! ¡Un hombre al borde de la tumba y no tener miedo de ser calavera! ¡Parece increíble!

MACH. Y el necio ese de Enrique, diciéndome todos los días lo mismo... ¡Cuánto te amo!... ¡El arte!... ¡Mi amor de artista!... Y me tiene hora y media todas las mañanas posando para ese mamarracho de cuadro que está haciendo.

NENÉ. Consuélete lo mío, hija. Ya ves mi marido, ya ves Tony... ¡Veinte años de matrimonio! Veintiocho años a su lado aburridísima, y al fin, ahora, cuando le voy tomando un poco de cariño..., (*Llora*) ¡porque no te rías!..., le voy tomando un poco de cariño... ¡Y mira lo que me hace!...

MACH. Pues yo, ¡vaya, tita, quiero confesártelo todo!... Yo..., no quería gran cosa a Enrique, la verdad...; pero hace unas noches, bailando en el Casino, el tonto ese de Luisito Santaliza, que es un chismoso, sin duda para quitarme la ilusión me contó en secreto que tío Tony y Enrique se escapaban algunas noches a San Sebastián. Yo no quise creerlo...

NENÉ. ¡Pues ya lo ves!... ¡Más cierto!...

MACH. Y me añadió que tío Tony tenía una amante, una cupletista trágica...

NENÉ. ¿Amalia la Decaída?

MACH. Amalia la Decaída.

NENÉ. ¡Se lo he oído soñar en las siestas, que es lo único que duerme cerca de mí!

MACH. Y que Enrique también tenía de amiguita a una manicura, Matilde la Polisuar... que creo que la llaman «la reina del padrastro».

NENÉ. ¡Del padrastro; ah, calla, hija, calla! ¡Qué cinismo y qué repugnancia!

MACH. Y sin duda todo era verdad, y esas... pelindruscas son los motivos de sus escapatorias nocturnas, y de sus salidas extemporáneas durante el día.

NENÉ. Sí, claro; que si la comida en la embajada tal, que si el subsecretario... ¡pues no, ea! no, no saldrán más. Yo te lo juro...

MACH. Y yo también. Hay que hacer algo, retener a esos hombres, tita... porque yo que cuando creí que Enrique estaba loco por mí no le quería, ahora que veo que no me quiere parece que siento por él...

NENÉ. No llores, hija; las mujeres somos absurdas. ¡Y que en tantos siglos de mundo no se haya inventado un sustitutivo de esos mamarrachos de hombres!

MACH. ¿En qué estará pensando el tonto ese de Edisson? (*Acercándose al ventanal.*)

NENÉ. Pues en su... amiguita, probablemente.

MACH. Calla, tita... me parece que son ellos.

NENÉ. Pues vamos a ocultarnos. Déjalos que se regodeen en su impunidad, y, cuando menos lo piensen...

MACH. Sí; aparecemos... y les afrentamos, los avergonzamos... los maltratamos... (*Mutis por la segunda derecha. Por la primera izquierda aparecen con muchas precauciones Tony y Enrique: viene delante Tony, de puntillas. Mira a todos lados, receloso. Enrique queda atrás esperando franquicia. Visten los dos de smoking y sombrero de paja; pero ya, por una noche de juerga, la elegancia de sus indumentos, resulta ajada y maltrecha. Llevan los sombreros inclinados sobre las narices, como deseosos de no s erreconocidos.*)

TONY. (*En un francés malo.*) Antré.

ENRIQ. ¿Nadie?

TONY. Personne.

ENRIQ. No se deben haber levantado todavía.

TONY. ¡Mersí a Dieu!

ENRIQ. Y eso que hoy hemos vuelto demasiado tarde.

TONY. ¡Toma, como que cuando hemos pasado en el auto por la carretera de la playa y he visto que ya se hacían a la mar las barcas que salen al bonito, he dicho: «Hoy esos pescan!»

ENRIQ. Pues no has acertado.

TONY. ¡Pas fortín! ¡Qué noche de juerga, Enriquillo!... ¡Quel nuit de trapisond, mon Die!

ENRIQ. ¡Oh, estupenda! (*Se deja caer en el sofá.*)

TONY. (*Tarareando en voz baja un cuplé que recuerda.*)

¡Yo soy una loca.
¡Soy una asesina!
¡Quiero mucha coca...
mucha cocaína!

¡Cómo canta Amalia este cuplé!... ¿Verdad que da una sensación de cocainómana enorme?

ENRIQ. ¡Como que cocainiza!

TONY. Te digo que cuando canta, entre la cocaína y su voz suave, parece que te elevas al paraíso de... de..., caramba, ¿cómo se llama ese Dios de los árabes?

ENRIQ. ¡No sé qué Dios dices!

TONY. ¡Sí, hombre, ese Dios que es capicúa!

ENRIQ. ¡Ah, sí; Mahoma!

TONY. ¡Eso es; Mahoma!

ENRIQ. A mí lo que me asombra es cuando se lleva las manos a la garganta y así, como un estertor, susurra: (*Cantando.*)

Soy una muerta.
Soy una esfinge.
¡Ay, mi garganta!
¡Ay, mi laringe!

¡Se queja de un modo!...

TONY. ¡Que da gana de avisar al doctor Tapia; ya te lo he dicho!

ENRIQ. ¡Bueno; lo cierto es, querido Tony, que me estás pervirtiendo!

TONY. ¡Angelito!

ENRIQ. Hombre, no te diré que mi seriedad sea para epatar a Wifredo el Velloso, pero, vamos, yo he venido aquí a formalizar mis relaciones con tu sobrina. Machalén me conviene. Son veinte mil duros de renta. Además, os hereda a vosotros... cinco o seis millones, que es un remiendo... y que ya, por mucho que vivais...

TONY. Oye, tú...

ENRIQ. No te molestes, Tony; frisas en los cincuenta y cinco años y el hilo de tu existencia está ya...

TONY. Oye, pollo, que con este hilo no te remiendas tú nada, ¿eh?

ENRIQ. Bueno; fuera de bromas, sentiría mucho, querido Tony, que Machalén descubriese estas escapatorias nocturnas y me mandase a freir espárragos o cualquier otra hortaliza similar.

TONY. ¿Y por esa consideración vas a dejar a Matilde, la mejor manicura de España?... Una chiquilla que cuando coge el polisuar, no frota, acaricia...

ENRIQ. Todo lo que quieras... pero si valía tanto, ¿por qué me la cediste?

TONY. Hombre, porque me iba cansando un poco de ella y, además, ya no quedaban uñas...

ENRIQ. Bueno; pues, nada, hoy te acompañaré a almorzar por última vez con esas socias...

TONY. Oye, no te olvides que el pretexto es que almorzamos en la embajada de Siam.

ENRIQ. No tengas cuidado, pero desde mañana vuelvo a adorar a tu sobrina, y a mi vida de artista... Quiero seguir pintando mis manchas de color... No me quites mis manchas, por lo que más quieras.

TONY. ¡Pero si tú no sirves para pintar, hombre!...

ENRIQ. ¿Quién te ha contado ese cuento?

TONY. ¡No tienes inspiración, ni afición!

ENRIQ. ¿Que no?... ¿Tú sabes las manchas que he hecho yo en un año?

TONY. Has hecho más manchas que el aceite; pero todas tus manchas son una porquería, confiésalo.

ENRIQ. ¿Y no tuve un éxito enorme en mi última exposición?...

TONY. ¡Esa es otra!... Al demonio se le ocurre lo que a ti; hacer una exposición de manchas en la calle de la Greda.

ENRIQ. ¡Humorismos, no!

TONY. ¡Qué humorismos, si es la verdad! ¡Hasta tu nombre es antipictórico!... ¡Enrique Marzo!... Nada, hombre, tú debías firmar tus cuadros con un pseudónimo clásico, como hacen los toreros: Velázquez II, por ejemplo; Goya, 18.

ENRIQ. (*Riendo.*) ¡Sí; o los Madrazo, 24!

TONY. Cualquier cosa; pero la prueba de que eso de Marzo no sirve más que para que te tomen el pelo, es que, como uno de tus cuadros se denominaba: «Efectos del huracán», otro «Viento Sur», otro «La galerna», un crítico de arte, al ocuparse de tu exposición, titulaba su artículo: «Marzo ventoso».

ENRIQ. Bueno, bueno; basta de bromas y vamos a acostarnos, no sea que se levanten y nos sorprendan.

TONY. Quiá, hombre. Nené no se levanta hasta las diez. En este instante estará (*Aparecen las dos mujeres por la segunda derecha*) en el más profundo de los sueños. ¡Yo la llamo la de Cepórrez!... ¡Si pones atento el oído, puede que la oigas roncar! (*En este momento*

Nené ronca ruidosamente. Se asustan los dos. Aterrado.) ¡Mi venerable madre!... ¿Has oído?

ENRIQ. Han roncado.

TONY. ¿Pero quién?

NENÉ. ¡La de Cepórrez!

TONY. (*Sorprendido.*) ¡Nené!

MACH. La de Cepórrez y Compañía.

ENRIQ. ¡¡Machalén!!

MACH. ¡Muy buenos días, Enrique!

TONY. (¡Atiza, manco, y jugaba a la comba!) (*Alto. A su mujer.*) ¡Yo te hacía durmiendo!

NENÉ. (*Furiosa.*) Y yo te deshacía despierto. Tony, eres un...

TONY. ¡Nené, no motejes, que hay forasteros!...

NENÉ. Bueno; pocos subterfugios; ¿de dónde venís?

TONY. Pues, venimos de ahí, de...

ENRIQ. De un desafío.

TONY. Yo he sido padrino y éste ma... este m'ha acompañao.

NENÉ. ¿Y quién se ha batido?

TONY. Pues fué una cuestión entre Pepito La Cuesta...

ENRIQ. Pablo Santo Domingo y Gonzalo Las Claras.

TONY. Empezó la cosa, porque creo que se burló La Cuesta de Santo Domingo... Terció Las Claras, los insultó a los dos.

ENRIQ. Y se han tenido que batir los dos con Las Claras.

NENÉ. ¿Que se han batido con Las Claras?... ¿Tú has leído el *A B C* de ayer?

TONY. Yo, no; ¿qué pasa?

NENÉ. Pues nada, que Gonzalo Las Claras se casó ayer en París.

TONY. (¡Atiza!)

MACH. Y Pablito Santo Domingo está en Sevilla... de modo que a esa distancia... un duelo...

TONY. Es que se han batido a pistola.

NENÉ. No mientas, Tony; necesito, exijo que se me diga...

MACH. Y yo te ruego, Enrique, por única y última vez, un rasgo de sinceridad: ¿de dónde venís?...

ENRIQ. Bueno; ¿les decimos la verdad, la verdad?...

TONY. Sí, hombre; pero dísela tú; a mí no me creerían.

ENRIQ. Pues hemos pasado la noche en la Embajada de Lituania. Ha habido una verbena; nos invitó el embajador...

MACH. ¿El embajador?... ¿Tú has leído el *A B C* de ayer?

ENRIQ. Yo no; ¿pero qué es?

MACH. Pues que dice el *A B C* que el embajador de Lituania se dió ayer, en automóvil, un trastazo en Biarritz,

tan espantoso, que está en cama con una grave lesión en la cabeza.

ENRIQ. Pues no nos ha dicho nada.

TONY. ¡Se conoce que atontado con el golpe!... ¡Ya noté yo que llevaba una vendita!...

NENÉ. (*Sarcástica.*) Y, claro, tú dirías: bendita tú eres *entre todas las mujeres*... ¿verdad?

ENRIQ. (¡Bueno, no damos una!)

NENÉ. ¿Conque queréis decir dónde habéis pasado la noche, sí, o no?

TONY. (*Aparte a Enrique.*) (Oye, ¿le habrá ocurrido algo al general Weyler?)

ENRIQ. (¡No he leído el *A B C;* de modo que no te metas con don Valeriano, por si acaso!)

NENÉ. Tony, eres de una crueldad neroniana. ¡Sabes que tengo celos, porque tú lo sabes!, y me haces sufrir y me tienes loca y desolada...

TONY. ¡Vamos, Nené, no gastes bromas! Si no me has querido en tu vida, ¿qué celos vas a tener ahora?

NENÉ. Pues si creías que no te quería, ¿por qué te casaste conmigo?

TONY. Porque me caí de un caballo, me di un golpe en la cabeza y estuve tonto dos años, y tus padres se aprovecharon.

NENÉ. ¡Dice que estuvo tonto y a los tres meses de casado le pegó a mamá!

TONY. Un momento de lucidez que tuve. Pero, en fin, Nené, te debo la verdad, una verdad verdaderamente pirandeliana; venimos de un cabaret... ¡para que lo sepas!

NENÉ. ¡Qué horror!

TONY. Nada de horror; sabes que a consecuencia de mi neurastenia cerebral, el doctor Otumba me recetó que me dedicase a escritor. Esto no supone esfuerzo mental ninguno. Ya recordarás la receta: un vaso de agua de Cabreiroa, en ayunas, y escribir cinco cuartillas de una novela. Novela que sabes que estoy escribiendo. Se titula: «El pollo pera». Se trata de una obra en que se fustigan costumbres libertinas. Necesito frecuentar los antros sociales. Si no entras en un antro, ¿cómo dices lo que hay dentro del antro?...

ENRIQ. Yo le tengo que hacer los dibujos... y por eso voy con él y le acompaño, y aquí está explicado todo.

TONY. Y esta mañana, a las doce, tenemos que ir a otro antro, ¿verdad, tú?

ENRIQ. Sí, a almorzar con unos hampones que tiene éste que describir.

TONY. Un novelista necesita pintar la vida.

NENÉ. ¿No pareciendo por casa?...

TONY. ¡A ver qué vida!...

NENÉ. ¡Tony!

TONY. A ver qué vida pintas si no la estudias... (*Quedan sentados y hablando en voz baja separadamente.*)

ENRIQ. (*Separándose con Machalen.*) ¡Pero créeme, cielo, créeme!

MACH. ¡Qué voy a creerte, Enrique!... ¡Estoy tan desengañada de la vida, que para mí la palabra hombre sólo tiene un valor de improperio!... (*Sale Gregorio por la segunda derecha con una bandeja y en ella un telegrama.*)

GREG. Señor marqués.

TONY. Pasa. (*Entra.*) ¿Qué pasa?

GREG. Que me he encontrado encima de la mesa, todavía sin abrir, sin duda por distracción del señor marqués...

NENÉ. ¡Y por ausencia!

GREG. Este telegrama. (*Se lo da.*)

TONY. Un telegrama. ¿A ver, a ver?... (*Lee.*) ¡¡Caramba!! ¿A que no sabes de quién es?

NENÉ. ¿De quién?

TONY. No lo adivinarás en cien años. ¡Qué sorpresa!... ¡De mi prima Totó!

NENÉ. ¡Jesús! ¡De esa vagabunda!

MACH. ¿Pero es de Totó?

TONY. Y oid lo que dice: «Solicito hospitalidad varios días. Salgo Burdeos, siete noche, con mi secretario, Trosky y Clemencéau. Si no me mato, porque llevo el sesenta Hispano, a las ocho y media estaré en vuestros brazos. Totó.»

NENÉ. ¡Virgen Santa, pues esta loca es lo único que nos faltaba!

MACH. Ay, no digas eso, tía. Yo me alegro que venga. Es una mujer interesantísima.

ENRIQ. ¿Es esa prima tuya, semi-aventurera, de quien te he oído hablar?

TONY. La misma; una cabecita encantadora, pero extravagante, loca, diabólica... y al mismo tiempo deliciosa. Totó es como una ola que viene a sesenta por hora; se estrellará aquí y luego se alejará mansamente extendiendo sus espumas blancas por la superficie oceánica.

NENÉ. ¿Ves?... No ha hecho más ese demonio de prima que anunciar el viaje y ya le ha puesto romántico.

TONY. No olvides que soy literato por prescripción facul-

tativa. Bueno, Gregorio, estad todos alerta en el vestíbulo por si llega la señorita Totó, que según anuncia no debe tardar.

GREG. Todo estará prevenido, señor marqués. (*Mutis por la izquierda.*)

ENRIQ. ¿Y tan interesante es esa damita?

TONY. ¡Oh! No puedes imaginarlo.

MACH. No hay libro de aventuras más sugestivo que su propia vida.

TONY. Y si se las oyeras relatar a ella misma te encantaría.

ENRIQ. ¿Y es guapa?

NENÉ. ¡Bah! (*Con desdén.*) Altucha, blancucha, delgaducha.

TONY. ¿Cómo altucha? Esbelta como el junco de las orillas del Eufrates; tiene el cimbreo lánguido de la palmera indostánica, la blancura de la magnolia mongólica, y el suave perfume del nenúfar abisinio.

MACH. Y tiene una gran cultura.

TONY. Posee seis idiomas europeos, dos lenguas muertas, tres moribundas y veintinueve dialectos.

NENÉ. A éste, en el último viaje, le llamó tonto de cuarenta y siete maneras.

TONY. Canta en chino, declama en hebreo, hace gárgaras en alemán y recita poesías festivas en sirio.

MACH. Que quiere estar fría contigo, te habla en ruso; que quiere mostrarse apasionada, en caldeo.

NENÉ. Que no quiere hablar con nadie, se calla... en cualquiera de los idiomas que posee.

ENRIQ. Pues es una verdadera joya. ¿Y es soltera o casada?

TONY. El estado perfecto: viuda.

NENÉ. Casó a los veinte años con un multimillonario cubano, de la Vuelta de Abajo, que a los seis meses se hizo un lío con tanto idioma y se murió, dejándole sesenta millones, treinta en papel y treinta en tabaco.

TONY. Mas dos fábricas de cerillas.

ENRIQ. ¿Y sin duda para mitigar su pena se dedica a viajar?

MACH. No; viaja por placer.

TONY. Es un espíritu errante y viajero por idiosincrasia. Salta de Nueva York a Roma, del Perú a Noruega, de la India a Colmenar Viejo... Que tiene calor, se va a Sierra Nevada; que tiene frío, al Cabo de Hornos.

NENÉ. Que no tiene ni frío ni calor, a Torrelodones. El caso es no parar.

TONY. ¡Y de aventuras, oh!... En Persia fué a tomar unas aguas para que no le hiciese daño el vino, y en quin

ce días que estuvo allí, el Presidente del Gobierno y el Sah, rematao. En Mongolia chifló al Príncipe heredero.

CH. Y cuenta que tuvo que huir de un modo operetesco con una caravana de mercaderes.

NÉ. Mercaderes que a los cinco días de caminar con ella todos habían quebrado.

NY. En Nueva York arruinó al rey de los rascacielos. Un señor que tenía cuarenta y dos casas de treinta y cinco pisos cada una; pues a pesar de tantos pisos lo dejó sin un cuarto.

CH. Es una extravagante. La última vez que la vimos la seguía como flirt un boxeador negro, campeón del mundo de pesos pesados.

NÉ. ¡Y tan pesados! Como que cuando estuvo en nuestra casa de Madrid, al sentarse rompió dos butacas.

NY. No la hagas caso. Esta la tiene prevención por la vida frívola que hace.

NÉ. Demasiado frívola.

RIQ. Pues ya estoy deseando conocerla.

NÉ. Ya verás... Es una novela de Conan-Doyle, encuadernada lujosamente. (*Se escucha fuera repetidamente y aún lejana una bocina de automóvil.*)

NY. Aquí la tenemos.

CH. Sí, es ella. Un auto pide entrada en el parque.

NÉ. Pues mientras se apea y la recogen el equipaje, vamos a arreglarnos un poco, si te parece.

NY. Y nosotros, Enrique, a cambiar de traje, que hemos de irnos a comer a ese antro...

RIQ. Después de saludar a Totó.

NY. ¡Ah, claro! (*Vánse todos por segunda derecha. Queda la escena sola. Un momento de pausa. Gregorio sale por la izquierda y se asoma al ventanal.*)

EG. Debe ser la señorita del telegrama... Voy a ver qué tal. (*Mira. Se va fijando cada vez más y acaba haciendo los más exagerados aspavientos.*) ¡Mi madre! ¡Mi agüela, qué mujer!... ¡Estupenda! ¡Enorme! ¡De escándalo, pero de escándalo con juicio de faltas! (*Se agacha, se estira, se esfuerza por mirar.*) Ahora baja del auto... ahora... ahora... ¿Pero de dónde nos habrán mandado esa preciosidad?

ANC. (*Entra por la izquierda con una manta, un cabás y un neceser grande de cuero.* ¡Ay, Gregorio!... (*Está desfallecido.*)

EG. ¿Qué te pasa?

ANC. Sostenme, que no puedo ni con el neceser. ¿Has visto qué señora?

GREG. ¡Que si la he visto!

FRANC. ¿Has visto qué cuerpo?

GREG. Eso no es natural, Francisco.

FRANC. Eso se lo ha hecho Bienlliure.

GREG. ¡Qué tía!... ¡Es un sueño!

FRANC. ¿Cómo sueño?... ¡Eso es una encefalitis letárgic Mira, cuando m'ha alargao la manta, m'ha dirig do una sonrisa, que si no m'apoyo en el landol me derrumbo.

CHOM. (*Entra por la izquierda con dos maletas y dos caj una debajo de cada brazo.*) ¡Ré Euskalduna... ¿Ya habéis visto a la señora c'ha llegao?

FRANC. ¡Ay, Chomín, qué mujer!

CHOM. ¡Que la miras y los ojos ya te lloran de guapa que

GREG. La ve uno y se priva.

CHOM. Se priva por no tener una cuestión... Que si no, madre de mi hijo no se privaría.

FRANC. ¡Chist... callarse; ella! Aquí está.

CHOM. Fijaros cara, fijaros cuerpo, fijaros a pies, fijaro todo... (*Totó entra por la izquierda con abrigo sport, gorro de automóvil, las gafas sobre él. Vie alegre, sonriente, con ademanes elegantes, ligeros, sueltos. Es una mujer encantadora, de veintio años, de una natural distinción aristocrática. (E cuentra a los tres criados en hilera, con el equipaje las manos, y, aunque con cierto disimulo, miránd animadamente.*)

TOTÓ. Buenos días.

LOS TR. (*Reverencia.*) ¡Señora!

TOTÓ. ¿Pero vosotros todavía aquí?

GREG. En este momento íbamos...

TOTÓ. (*Curioseándolo todo con los impertinentes, mienti los criados siguen en sus miradas ávidas.*) Tien una villa monísima. Qué buen gusto. Esta casa no conocía yo. Bueno, ¿y vosotros cómo no habéis a sado a los señores?

CHOM. Como subíamos los equipajes, ya estábamos aquí es rándonos a la señorita pa que daría orden pa coloc

TOTÓ. ¿Pero no me han designado cuarto?

GREG. Como se recibió el telegrama un poco tarde...

FRANC. Pero como suponíamos que la señorita ocupará departamento de invitados, ya lo hemos estao ar glando con todo esmero.

TOTÓ. (*Sonriendo.*) Gracias. ¡Qué serviciales! ¿Sois to de la casa?

FRANC. Para servir a la señorita.

TOTÓ. Tú tienes cara de aragonés.

RANC. De Zaragoza soy. Ha adivinado la señorita.

OTÓ. ¡Noble tierra! El Ebro, el Pilar, la Seo, un guitarro, la jota brava; ¡con qué emoción se recuerda todo eso cuando se ha visto y se tiene lejos! (*Tararea una jota en voz baja.*)

Porque soy de la arrabal
me llaman la rabalera.
En siendo de Zaragoza
que me llamen lo que quieran.

¡Eres muy simpático, muchacho!

RANC. (*Radiante, mirando con orgullo a los otros.*) ¡Señorita!...

OTÓ. (*A Gregorio.*) ¿Y tú de dónde eres?

REG. De Zamora, para servir a la señorita.

OTÓ. ¡Oh, la hidalga Zamora!... La conozco...

Tres cosas tiene Zamora
que no las tiene Madrid:
la Gobierna, Pero Mato
y el paseo San Martín.

REG. ¡Cómo sabe la señorita!...

OTÓ. ¡Oh, aquellos campos de Zamora, inmensos trigales de oro, con las manchas rojas de las amapolas!... Y los álamos del río... y la carreta lejana y aquellas tonadas de Castilla, ¿eh? (*Tararea.*)

Al paso de los bueyes
van los gañanes
y al paso de los curas
los sacristanes.

(*Imitando la voz del gañán.*) ¡Riá, Maravillo! ¡oep!... ¡Eres un buen mozo, muchacho! (*Gregorio revienta de satisfacción.*) Y a tí no hay que preguntarte... (*Dirigiéndose a Chomín.*)

HOM. De Gainchurisqueta le soy nativo, pa servir a la señorita y familia.

OTÓ. (*Riendo.*) No la tengo.

HOM. ¡Lástima ya le es!

OTÓ. Complexión recia, facciones agudas, cuerpo macizo... tipo puro de vasco.

HOM. ¡A lo pasadero, na más!... (¡Mi ha dicho puro!)

OTÓ. ¡Habrá que verte bailando el aurresku, en la plaza del pueblo, mientras toca el chistulari!...

¡Ay, ayay mutillak
chapeli gorri ya
nescacha tiru manta
polita tubi ya!

¿No es eso?

CHOM. ¡Ya lo creo!... Pos si quiere la señorita le canto Eden; eden arriga mantúa, garriga al súa... ¡Del c feón, un servidor ya le ha sido!

TOTÓ. No, no; gracias... Si me quedo aquí, ya tendrás oc sión... Ahora, avisa a los señores... mientras desca so, que el automóvil me tiene quebrantada. (*Se sie ta y pone una pierna sobre otra, dejando al descubier la pantorrilla. Los tres criados no se mueven, mira se les empiezan a caer cosas del equipaje.*) ¿Pero q os pasa?... ¿No váis?...

GREG. Sí; era que...

FRANC. Yo no iba por...

CHOM. Yo, como había visto que la señorita tenía más cos abajo, ya la subiría algo más si quería...

TOTÓ. No, no... anunciadme, anunciadme. (*Hacen mut los tres por primera derecha.*)

GREG. Aquí están ya.

NENÉ. (*Saliendo muy afectuosa.*) ¡Querida Totó!...

TOTÓ. ¡Nené de mi alma!... ¡chiquilla, estás guapísima! ¡pero si no pasan los años por tí!...

NENÉ. ¡Que los hago pasar de puntillas para no enterarm

MACH. (*Saliendo.*) ¡¡Totó!! Ya era hora, hija. (*Se abrazan*

TOTÓ. ¡Machalén!... ¡Ay, nena, estás hecha un sol!

MACH. ¡Tú sí que estás un escándalo de guapa!...

TOTÓ. ¡Por Dios, qué va! Nada de eso.

NENÉ. ¡Pero siéntate, hija, siéntate! (*Se sientan.*)

TOTÓ. ¿Quieres fumar?

NENÉ. ¿Son turcos?

TOTÓ. Egipcios.

NENÉ. Mejor... Los turcos no sé qué me dan, hija... (*Encie den las tres; fuman.*)

MACH. ¿Y qué; de dónde vienes ahora?

TOTÓ. Pues mira, la semana pasada estuve en Keyston, ur playa de Escocia; el lunes en Brayton; ayer en De ville y hoy aquí.

NENÉ. ¿Y mañana, Dios sabe dónde, no?

TOTÓ. (*Riendo.*) Soy una vagabunda incorregible, como dices. (*Salen Gregorio, Francisco y Chomín por primera derecha.*)

GREG. Señorita... (*Como están las tres con una pierna sob otra, no saben dónde mirar.*) El jovencito ese que h llegado con la señorita en el auto...

FRANC. Que nos ha dicho que le preguntásemos a la señorita...

CHOM. Que qué se haría con *Trosk* y *Clemaséau*.

NENÉ. ¡Oye, pero te has traído a Trosky y Clemansó!

TOTÓ. Sí, pero no alarmaros; son mis perros.

MACH. ¡Vaya unos nombres que les has puesto!

TOTÓ. Son dos dogos enormes, obsequio de un gran duque ruso. El pobre no podía mantenerlos y me los regaló. Si no fuera porque muerden, son muy poco molestos; porque ladrar no ladran más que cuando sienten el ruido de un beso.

NENÉ. ¡Ay, pues que los pongan fuera de casa!...

CHOM. En el jardín los puse, debajo de la ventana del señor; con agua les dejé para que no rabiarían.

MACH. ¡Qué cosa más original!... ¿De modo que oyen besarse?

TOTÓ. ¡Y arman un escándalo! El gran duque no confiaba mucho en la fidelidad de su mujer y se conoce que los educó así.

MACH. ¡Que cosa más excéntrica!

TOTÓ. Pero bien lo pagó el pobre... porque era general y tomó un ayudante muy guapo...

NENÉ. ¿Y los perritos no le dejarían parar?

TOTÓ. ¡A ninguna hora!... ¡tuvo que divorciarse para no oirlos ladrar; no os digo más. (*Se oyen dos perros ladrando escandalosamente. Las tres se miran estupefactas.*) ¿Oís?... (*Por la segunda derecha aparece Teresa, con el pelo en desorden y colorada.*)

TERE. (*Muy azorada.*) Señora...

NENÉ. ¿De dónde viene usted?

TERE. Del cuarto del señor... que me ha dado... un encargo para el cocinero... que le hagan dos bocadillos.

NENÉ. Bueno, pero los bocadillos no se los dé ustéd. Ya irá Francisco...

TERE. ¡Está bien, señora! (¡Qué perritos!... Creí que saltaban por la ventana.) (*Mutis por la izquierda.*)

NENÉ. Francisco, vaya usted a servir al señor. Y para otra vez, con uno que suba a dar los recados, basta... Quédese, Gregorio. (*Los otros dos se van después de hacer una inclinación de cabeza; Chomín por la puerta del jardín, y Francisco por la segunda derecha.*)

TOTÓ. (*A Gregorio.*) No, no hace falta..., dígale a ese joven que ate los perros lejos del cuarto del señor para que no le molesten y que espere mis órdenes. (*Gregorio saluda y vase por la izquierda.*)

NENÉ. ¿Y a ese joven que viene contigo, habrá que prepararle alojamiento?

TOTÓ. Sí; pero no preocuparos. Es mi secretario. Un chico de Palencia. Un tipo originalísimo. Ya lo veréis. Lo encontré vendiendo mantas en Noruega. Boxea maravillosamente, es campeón de pesos Walter y además un virtuoso del violín.

MACH. ¡Qué cosas tan heterogéneas!

NENÉ. Como todo lo que rodea a ésta.

TOTÓ. Si viérais en los scherzos de Scarlati como hace vibrar la cuarta cuerda... es un prodigio. Y además, el pobre está loco por mí. Os lo confesaré.

MACH. ¿Y tú por él?

TOTÓ. Ni soñarlo. Yo dejo que me siga. Es mi tercer perro...

NENÉ. ¿Pero éste no ladrará como los otros?

TOTÓ. No; éste es más discreto. Lo he tomado por distracción, por snobismo. Además, como boxea tan bien me defiende heróicamente, y sobre todo me distrae mucho. Ha venido todo el camino junto a mí, yo en el volante y él tocando scherzos, allegros, moderatos... según estaba la carretera... Trozo liso, un largueto; que había baches, pizzicato.

MACH. ¡Jesús! ¡Eres de lo más excéntrico!...

TOTÓ. Todo menos la vulgaridad, hija. Bueno, y vosotras ¿qué vida hacéis?... (*A Machalen*) ¿Tú, cuando te casas? ¿Tienes novio?

MACH. A medias.

TOTÓ. Y tú y Tony ¿cómo os lleváis?

NENÉ. A medias también.

TOTÓ. No os comprendo... y hay además en vuestras palabras un dejo de amargura que me alarma. ¿Os pasa algo?

NENÉ. Lo que no puedes sospechar, querida Totó.

MACH. ¡Un asco de hombres, hija!

TOTÓ. ¡Me intrigáis!... Y si no es secreto...

NENÉ. Para tí, nunca; al contrario, tú eres una mujer de claro sentido, que conoces el mundo...

MACH. Es verdad. ¡Y quién sabe si podrías darnos alguna solución para lo que nos sucede!

TOTÓ. Encantadísima. ¡Ojalá! Hablad. (*Aproximan las sillas o se acercan más unas a otras.*)

NENÉ. Pues verás. (*Vuelven a ladrar los perros desaforadamente.*)

NENÉ. ¡Jesús! ¡Otra vez los perros! Pero ¿qué será?

MACH. ¿No habrá llamado el tío a la otra doncella?

NENÉ. Espera que averigüe... (*Se acerca al foro.*) ¿Qué ocurre, Chomín?...

CHOM. (*Desde la puerta del foro del jardín.*) Pos que ha pa-

sao un señor cura... y mi chica l'ha besao la mano... y a bocaos contra el saserdote se han puesto los perros, que sin sotana se anda el pobre señor. (*Mutis.*)

TOTÓ. ¿Véis?... ¡En cuanto han oído un beso!

MACH. ¡Y por lo visto no distinguen de besos seglares ni eclesiásticos!

NENÉ. ¡Qué perritos!...

TOTÓ. Bueno, sigamos con lo nuestro. ¿De modo que tu novio y mi señor primo?

NENÉ. Tony, querida Totó, ¡está peor que nunca!... Tú sabes que siempre ha sido un trueno... ¡pues ahora es una tormenta! No para en casa un momento; ni come, ni cena, ni duerme.

TOTÓ. ¡Qué horror!

NENÉ. Sale a escondidas, se retira de madrugada...

MACH. Y lo peor es que Enrique, mi novio, que está invitado por la tita a pasar una temporada aquí para ultimar los detalles de nuestra próxima boda, pues los ultima... acompañando en sus farras, que dicen los argentinos, al tío Tony.

NENÉ. Y aquí nos tienes, hija mía, solas, aburridas, desesperadas, mientras ellos se divierten, una noche con un embajador, otra con un ministro.

MACH. ¡Un ministro que canta cuplés trágicos y un embajador que hace las manos!

TOTÓ. ¿Una cupletista y una manicura?

NENÉ. Exactamente. Y tú comprenderás que esta vergüenza y este escándalo no pueden continuar un día más.

MACH. ¡Ni un minuto más!... ¿Qué haríamos, Toto; qué haríamos para retenerlos en casa?...

NENÉ. Tu consejo puede ser para nosotras valiosísimo. Te imploramos una solución, Toto; ¿qué haríamos?

TOTÓ. ¡Ah, queridas mías!... He de empezar diciéndoos que estas batallas no se ganan con recriminaciones ni con escándalos. El hombre es un enemigo al que hay que batir empleando sus mismas armas. Vosotras no habéis sabido manejarlas por lo visto... ¡Ah, si vosotras tuviéseis absoluta confianza en mí, plena y absoluta confianza, yo os juro que os volvía al redil a esas ovejas descarriadas, y perdonad lo de ovejas!

NENÉ. ¿Y por qué no lo haces?

MACH. ¡Ay, Totó; cuánto te lo agradeceríamos!

TOTÓ. No lo hago, porque el hacerlo con eficacia me crearía con vosotras una situación delicada, delicadísima...

NENÉ. Delicada, ¿por qué?

TOTÓ. Porque para lograr yo que Tony y tu novio no vuel-

van a salir de casa en quince días y olviden por completo al *embajador* y al *ministro*, necesitaría que tuviéseis en mí una confianza ciega, absoluta.

MACH. Yo la tengo.

TOTÓ. Y que viérais lo que viérais no se os habían de alterar los nervios... ni los celillos habían de clavar su dardo sutil en vuestros corazones.

NENÉ. ¡Por Dios, no digas eso!

TOTÓ. Yo os aseguro que la farsa no ha de pasar del cariño que me merecéis ni del respeto que os debo; pero para transformarlos y curarlos de su infidelidad necesito emplear recursos y coqueterías que...

NENÉ. ¡Nada, querida Totó; confianza ciega en tí!... Habría de ver a Tony rendido a tus pies... y me tendría sin cuidado.

MACH. Como yo con Enrique.

TOTÓ. Pues si estáis seguras de eso, os los transformo. Hoy ya no saldrán de casa.

NENÉ. Mira que no los conoces.

TOTÓ. Os lo prometo. Es mi especialidad. Gozo con estas cosas. Cinco o seis amigas mías me deben su dicha.

MACH. Ay, pues toma un abrazo de gratitud anticipado. (*La abraza.*)

TOTÓ. ¡Pero no recelaréis jamás!

NENÉ. Nunca. Te lo juro.

TOTÓ. Pues son nuestros. Es decir, vuestros. Con tu permiso. (*Toca un timbre y se presentan los tres criados cada uno por donde hizo mutis.*)

LOS TR. Mande la señorita.

NENÉ. ¿Pero qué os pasa hoy que acudís a los timbres en terceto?...

MACH. Parece una salida de opereta.

TOTÓ. Díganle ustedes, los tres o uno sólo, al señor y al señorito Enrique, que voy a cambiarme de traje, y que les ruego que no se vayan de casa sin haberme dado la alegría de saludarles.

LOS TR. Señorita... (*Reverencia. Vanse por la segunda derecha.*)

TOTÓ. Veníos a mi cuarto. Mientras cambio de ropa ultimaremos detalles.

NENÉ. ¡Ay, hija mía! ¡La Providencia ha encaminado tus pasos a esta casa!

TOTÓ. La Providencia y una aventura que os contaré cuando tenga tiempo. ¡Vengo a refugiarme aquí huyendo de un general mexicano que es una especie de tigre!

MACH. ¡Ay, pues ojalá no te encuentre... hasta que nos hayas salvado! (*Mutis primera derecha. Por la primera*

izquierda se oye un violín que toca muy dulcemente la frase del dúo de «La Dolores» «Di que es verdad que me amas. Di que es verdad que me quieres. Dilo y será un paraíso...» y con el calderón y tocando muy desesperadamente la frase final, que dice: «la vida para los dos», entra en escena Aniceto Mordente, joven de unos veintiseis a veintiocho años, tipo cómico, romántico, un poco exagerado, ojeroso, con melena y chalina, etcétera. El violín lo tocará cerca de la puerta un profesor, de no saberlo tocar el actor.)

ANIC. (*Llegando hasta el proscenio, le dice al público.*) La ví, le hablé, me habló y enloquecí. Sí. Fué hace noches en el Gran Casino; sollozaban las cuerdas de mi *stradivarius* las sublimes notas del «Adiós a la vida», de Tosca. ¡Y qué adiós me salió! Al acabar, una ola de aplausos me envolvió. Yo empecé a tocar otra composición y el auditorio, puesto de pie, gritaba: «No, no; adiós, adiós.» «¿Se van ustedes?» interrogué.—Que repita el adiós,—dijo una voz cristalina a mi derecha. Volví los ojos y ¡ojalá hubiera cegado! ¡Era ella, ella, Totó! Repetí el adiós y después toqué una composición mía, con modulación obligada sobre la cuarta cuerda y que titulo *¡Ay mi madre!...* pero no pude acabarla: no pude, pero que cada vez que la melodía cantaba: ¡Ay mi madre!, yo, sin querer, balbuceaba también, reparando en ella: ¡Ay mi madre!... ¡Qué señora! Y se me escapaban las notas, me faltaban los grupetos y se me atropellaban los pizzicatos. (*Hablándole al violín.*) ¿Lo recuerdas? ¿Qué rato pasaste, verdad? Pues desde aquella noche yo ya no soy Aniceto Mordente, el gran virtuoso del violín; yo soy un esclavo de sus antojos, un pajarillo prisionero en las redes de su frivolidad, que no cesa de cantarle: (*Toca en el violín la frase de «El asombro de Damasco», que dice: «la que manda eres tú y el esclavo soy yo»*) Y que no hago más que decirle: (*Toca la frase de «Doña Francisquita», que dice: «Me gustas, mujer, etc.*) En cambio, ella, ella (*Al violín*), ya lo ves, apenas me hace caso, y cuando más apasionado estoy se pone a flirtear con otro, hasta el extremo de hacerte decir: (*Toca, indignado, la frase de «La Montería», que dice: «¡Hay que ver! ¡Hay que ver!», y tocando esta frase salen por la segunda derecha Tony y Enrique, vestidos ya con trajes de mañana. Quedan sorprendidos al oír tocar a Mordente.*)

TONY. ¡Cómo se habrá metido aquí este tipo!...

ENRIQ. Parece un domador de monas.

TONY. Oiga, joven.

ANIC. ¡Señores!... (*Reverencia. Cesa de tocar.*)

TONY. Dígale a Francisco que le de treinta céntimos y no vuelva más. Tenemos pianola.

ANIC. (*Ofendido.*) Señor mío, yo no soy un pordiosero, soy un virtuoso.

TONY. Siendo así, ande y que le den dos duros.

ANIC. El señor, sin duda, me confunde. Soy el secretario de su prima Totó.

ENRIQ. ¡Acabáramos!...

TONY. Y, además, por lo oído, murguista.

ANIC. ¡Cómo murguista!... ¡Me llaman el prodigio de la cuarta cuerda, porque hago locuras con ella!

TONY. ¿Con la cuarta?

ANIC. Sí, señor.

ENRIQ. ¡Y, por lo visto, quiere hacerlas también con la prima!

ANIC. ¡Oh, la prima!... Cuán lejos de mis realidades; pero si algún día... ¡Oh!... ¡Ah!...

TONY. Este tío es el Puente de los Suspiros. (*Salen por la primera derecha Nené, Machalén y Totó, vestida maravillosamente con un traje de casa, de esos que no se sabe si son para vestirse o para seguir desnudas.*)

NENÉ. ¡Míralos, aquí los tienes!

TONY. (*Abrazándola.*) ¡Querida Totó!

TOTÓ. ¡Queridísimo primo!... ¡Oh, pero por Dios, qué joven, qué guapo!... ¡Pero si cada día tienes menos canas!

TONY. ¡La que está que escandaliza de belleza eres tú!... ¡Esto es un abuso!...

MACH. ¡Te presento a Enrique Marzo, mi prometido!...

TOTÓ. ¡Oh, tanto gusto!... ¡Es simpatiquísimo!... ¡Te felicito!...

ENRIQ. ¡Señora! (¡Qué señora!)

TOTÓ. Sé que es usted un pintor eminente. He visto esa mancha. ¡Deliciosa!... ¡Ya había oído hablar de usted en París! ¡Quién no conoce a Marzo!

MACH. ¡Es un mes muy variable!

ENRIQ. ¡Por Dios, Machalén, que va a creer esta señora!... (¡Qué mujer para mi tonalidad violeta!)

NENÉ. Bueno, pues nosotros os dejamos con Totó; acompañadla un instante. Mientras nos vestimos. Queremos llevar a Totó a dar una vuelta por la plaza...

MACH. ¡Y luego volveremos a almorzar las tres solitas!

TOTÓ. Pero ¿estos caballeros no almuerzan en casa?... ¡Qué lástima!...

TONY. Tenemos un compromiso, ¿sabes? Tenemos que ir a almorzar a un antro para describir... Tengo entre manos una novela y... pero puede que mande a éste...

ENRIQ. O vas tú solo y luego me cuentas...

MACH. Pues ahí os quedáis.

NENÉ. Hasta ahora. ¡Y que Dios te inspire en el antro!... (*Mutis segunda derecha.*)

TOTÓ. ¡Aniceto!

ANIC. Señora...

TOTÓ. Saliendo por ahí, a la derecha, creo que está el parque... cuide que les den de comer a los perros, instálese y espere mis órdenes.

ANIC. ¡Ah, señora!... corro, vuelo a cumplimentar... (¡qué no haré por ella!... ¡qué no hará un hombre por!..., (*Hace mutis por la izquierda, tocando en el violín la frase de* Benamor «*Por una mujer, etc.*)

TONY. ¡Este pollo habla hasta con el violín!

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡La fuerza del amor!... (*Hay un momento de pausa. Totó se deja caer lánguidamente con una coquetería refinada y cruza las piernas, medio acostada en la chaisse-longue. Enrique coge los pinceles y figura que pinta sin dejar de mirar a Totó.*) ¡Pobrecillo!... Oye, Tony, os habrá sorprendido mi llegada, ¿no?

TONY. ¡Pero con la sorpresa de las cosas gratas!

TOTÓ. ¡Eres deliciosamente fino!

TONY. ¿Y qué te ha traído a nuestros brazos?

TOTÓ. Nada... y todo... un cansancio, una nostalgia, mejor... un deseo de intimidad y de afecto familiar y puro... que me tenía sin sueño. ¡Ay, Tony!...

TONY. ¿Qué?

TOTÓ. ¡Qué harta vengo de mentidos halagos..., de pasiones egoístas y brutales!... ¡Ah, ojalá halle a vuestro lado la dulce paz... y la..! ¡Oye, tú tienes una cabeza preciosa!

TONY. ¿Te gusta?... ¡Pues no me había fijado!

TOTÓ. Tú has mejorado mucho, Tony. No sé qué te encuentro...; quizá estás algo más viejo. Pero hay en tu ocaso una extraña y dulce serenidad que... ¡Ah, qué bella luz la del sol al ponerse!

TONY. ¿Al ponerse cómo?... porque el sol puede hacer lo que quiera, pero yo me pongo como te dé la gana.

TOTÓ. ¡No bromees y enciéndeme el pitillo, anda! ¡Oh, las últimas hojas doradas del otoño, los últimos resplandores pálidos del crepúsculo!... ¡Qué interesante belleza la de todo lo que va a extinguirse!... ¡No hay

pasión más serena, más dulce, más intensa que!... Enciéndeme el pitillo, anda.

TONY. Es que te oigo y se me agotan las cerillas sin...

TOTÓ. ¡Oh, mi aventura más interesante fué con un hombre de tu edad!... Ya te contaré.

TONY. (Yo mando a Enrique que se vaya a almorzar con ésas y me disculpe).

TOTÓ. (*Levantándose y acercándose a Enrique.*) Y usted, Enrique... ¿podría perder unas horas en hacer mi retrato?

ENRIQ. Señora... ¿qué mejor empleo para mis humildes pinceles?

TOTÓ. ¿Humildes?... ¡Oh, no diga usted eso! ¡He descubierto en esa mancha iniciada unas cálidas tonalidades que revelan un ideal vehemente... y un alma ardorosa de artista intenso!

ENRIQ. Sí, confieso a usted que en mi sentido de arte hay un anhelo de expresión que sólo una modelo capaz de comprenderme podría...

TOTÓ. ¡Oh!, usted me recuerda uno de mis más apasionados amores... Era un muchacho pintor...; lo encontré en Venecia. Un milanés que se llamaba Teopoli. Se parecía un poco a usted; tenía unos ojos de leopardo... atrayentes y agresivos a la par... ¡Me hizo el más bello de mis retratos!... Su pincelada vigorosa tenía algo de esas tonalidades fuertes e intensas que usted ha iniciado en esa mancha. ¿Quiere usted encenderme el cigarrillo?

ENRIQ. Señora... (*Lo enciende.*) (Bueno, con esas golfas se va a almorzar este solo.)

TOTÓ. (*Ya más alto y a propósito para que lo oiga el otro.*) Y puesto que mi primo se marcha a almorzar fuera, de sobremesa contaré a usted esta aventura que fué tan dulcemente dolorosa para mí.

TONY. Sí, pero, vamos... yo irme...; ¿por qué no te marchas tú a almorzar fuera y luego vuelves?

ENRIQ. Hombre, porque el que tiene verdadero compromiso de ir eres tú.

TOTÓ. Sin embargo, si usted pudiera suplirle..., ¡vengo tan ansiosa del familiar afecto de mi único pariente!... No te vayas, Tony.

TONY. Ya lo oyes..., viene ansiosa del familiar afecto de... de modo que hoy almuerzas solo.

TOTÓ. ¿Y por qué no se queda usted también?

TONY. No, porque uno de los dos tiene que ir y lo natural es que sea él...

ENRIQ. Me parece que he dado con un término medio...

TOTÓ. Será eficaz, porque ustedes los artistas son tan diabólicos...

ENRIQ. Que se vaya él... o, en último caso, que avise por teléfono.

TOTÓ. ¡Oh, delicioso, delicioso!... Se quedan ustedes dos... Son mis prisioneros... Les echaré mis cadenas... (*Riendo.*) ¿No les pesarán demasiado? (*Pasa un brazo por el brazo de cada uno.*)

ENRIQ. ¡Dulces cadenas!

TONY. ¡Que yo haría perpetuas! (*Salen Nené y Machalen.*)

NENÉ. ¡Admirable!

MACH. ¡Precioso cuadro!

NENÉ. ¿De modo que esta pareja de inseguridad?

TOTÓ. Es mi prisionera... ¡Almuerzan con nosotros!

TONY. No me he atrevido a desairarla.

ENRIQ. Y como yo sin éste no pinto nada...

MACH. ¡Pero qué pronto los ha convencido! ¡Qué poder el de Totó, tita!

NENÉ. Un poder diabólico, que me asusta. Les ofreces langosta a la mayonesa y no se quedan..., y viene esta..., dos palabritas y los pega al mantel.

TOTÓ. Pues antes de almorzar vamos a dar un paseíto por el parque. Los tres os precedemos. Soy la forastera. ¡Para mí todos los honores! ¿No me envidiaréis? (*Riendo.*)

NENÉ. Puede que sí, puede que sí.

MACH. Es posible, es posible. (*Ríen forzadamente. Salen todos por la puerta del foro que da al jardín. Apenas han desaparecido asoman la cabeza y salen de puntillas Francisco, Gregorio y Chomín.*)

FRANC. ¡Mírala!

GREG. ¡Qué encanto de mujer!

CHOM. A mí me darían esa mujer, y es como si el viático me darían...; a la muerte me pongo.

FRANC. Toma, por guapa. (*La tira un beso.*)

GREG. Toma, por rica. (*Idem.*)

CHOM. Toma, por ser escacha polita. (*Idem. Los tres, ya locos, empiezan a tirarla besos; empiezan los perros a ladrar desaforadamente.*)

FRANC. ¿Pero de qué son estos perros?

CHOM. De la Sociedá de padres de familias paresen.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La playa de Zarauz en una mañana espléndida de agosto. El pú blico solo ha de ver uno de los extremos de la playa, con dos tres toldos, cuatro o seis sillas de las llamadas confesonarios algunas casetas.

(*Niña, Mary y Catuca son tres niñas bien; pa sean por la playa, vestidas con trajes de mañan y sombrillas de colores varios.*)

NIÑA. (*A las otras.*) Mírala... mírala... no ha hecho más qu llegar y los que lleva detrás. (*Se fijan todas en al guien que debe andar por la playa, aún distante de sitio en que se encuentran.*)

MARY. Creo que se llama Totó.

NIÑA. ¡Ay, hija, la verdad es que hasta el nombre parec así como de una de esas de cabaré!

CATU. Unos dicen que es una prima de los Santurce... y otros dicen que no tiene nada de prima, que el paren tesco es más considerable.

MARY. ¡Ay, hija, qué intención tienes!

CATU. ¡Pero hija, si es que estoy volada! Desde que ha ve nido esa mujer se han puesto los prismáticos a dos mil pesetas.

NIÑA. Bueno, y los chicos en el Casino, ya la llaman de cinco o seis maneras: «El disloque de Zarauz», «El tu multo de la playa», «El barullo del Océano».

MARY. Y luego a nosotras nos ha fastidiado, hija, porque no hay ojos más que para mirarla a ella.

CATU. Ya ves, yo antes de salir del mar tomaba baños de sol... y casi siempre veía, cuando estaba tumbada en la arena, que detrás de las rocas centelleaban los cristales de varios prismáticos... Pues ahora tomo baños de sol hasta los días que llueve, y no me miran ni los carabineros... Y no es que digamos que una no merezca... siquiera unos gemelos de teatro...

MARY. ¡Y hasta un telescopio, hija!...

NIÑA. ¡Bastante más vales tú que ella!

CATU. Todo es la novedad, porque en casa, ya ves, hasta mi hermanito Fefé, que tiene doce años, desde que está aquí esa mujer viene a bañarse con lupa.

MARY. Y la verdad es que no es para tanto...

NIÑA. ¡No, guapa sí es!...

CATU. ¡Ya viene, ya viene!... Callaros.

MARY. ¡Mirarla, mirarla; los que la siguen!

NIÑA ¡Y todos con los gemelos!...

CATU. ¡Cuánto baboso!

NIÑA. Y viene tonteando con su primo Tony, que va arrastrando los pies.

MARY. ¡Es que creo que se ha bañado cinco días con ella... y ha cogido un reuma que no se puede mover!

NIÑA. Y mira los que vienen siguiéndola... Cocolo Casapelanas, Goyito Valsoso y Pepucho Zarazíbar...

MARY. ¡Callaros, callaros que ya están aquí!...

CATU. ¡Qué expectación en la playa!... ¡Como se bañe hoy que hay marea baja, en cuanto entre ella tienen que salirse los besugos... de tantos como van a entrar a hacerles la competencia!

NIÑA. Ya, ya... (*Por la primera izquierda sale Totó con elegantísimo traje de playa y sombrilla de color. Viene con Tony que la sigue cojeando, y apoyado en un bastón de muletilla, pero vestido muy elegante. Detrás salen, con los prismáticos colgados, tres pollos pera, a la última, con los cuellos escotados, sandalias y sin nada a la cabeza. Son Cocolo, Goyito y Pepucho, y luego, como siguiendo a Totó y a Tony, sale Aniceto, llevando en un portamantas de correas, la ropa de baño de Totó.*)

PEPU. (*Al salir y ver a las chicas.*) Adiós, Trinidad.

MARY. Oye, tú; que ninguna nos llamamos así.

PEPU. ¡Pero como sois tres!

CATU. ¡Ay, qué salao eres, rico!...

NIÑA. ¡Si te envuelven en un papel de estraza... un arenque!

CATU. (*Con intención y señalando a Totó.*) Hasta la vista, ¿eh?

LAS TR. ¡Ja, ja, ja! (*Se van riendo por el lado de las casetas, o sea a la derecha.*)

GOYI. ¡Déjalas a esas!...

COCO. ¡Tienen una pelusa que se mondan!

PEPU. ¡Esto sí que es una señora pa tocarla la Marsellesa! (*Se pasean por el foro.*)

TONY. (*Que desde que han salido habla animadamente con Totó, que ríe y coquetea.*) ¡Que sí, que sí y que sí; que me baño contigo y que me baño contigo, ea!...

TOTÓ. ¡Pero por Dios, Tony, sé reflexivo! ¿Cómo te vas a bañar con la gota que padeces?...

TONY. (*En tono heróico.*) ¡Y qué le importa una gota más al Océano!...

TOTÓ. Al Océano, no; pero a tí sí, que no te puedes mover, y además, Nené está indignada, y con razón... Dice que un reumático como tú no debe bañarse, ni siquiera venir a la orilla del mar... ¡Y me regaña a mí porque te lo consiento!...

TONY. ¡Pues me bañaré, si tú te bañas, aunque la *goía* s me convierta en chorro!

TOTÓ. Además, es que tú abusas; ayer me dijo Nené qu llevaste a casa un cangrejo agarrado a un botín.

TONY. Aunque lleve un chipirón. ¡No cejo, Totó; no cejo!

TOTÓ. Mira que ya no tienes fuerzas ni para sostener las ca labazas.

TONY. No le hace. Y ya sabes tú, Totó, por qué insisto... S ya lo sabes.

TOTÓ. ¡Porque eres un niño... teñido, pero un niño!

TONY. Porque adivino que lo que quieres es alejarme de playa para quedarte sola con Enrique...

TOTÓ. ¡Pero, Tony; por Dios! (*Rie.*) ¡Eres absolutamen pueril!... ¿Pero es que vas a tener celos?...

TONY. Sí, Totó, sí... sí... ha llegado la hora de las grand confesiones... Sentémonos en un confesonario, qu voy a estirar la pierna (*Se sientan*) ¡que me due mucho!

TOTÓ. ¿Y qué confesiones son esas, vamos a ver?

TONY. ¡Que he adivinado que amas a Enrique! Y que teng unos celos brutales.

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡Jesús!... ¿Y en qué has conocido que prefiero?

TONY. En todo. Ayer, cuando nos embarcamos los tres pa bañarnos en alta mar, me trataste con displicenci me dijiste que yo no hacía más que meter el remo un poco torcido, y salpicarte de agua... ¡y en cam bio, te volviste a él diciendo: «¡Mira éste, qué bie boga!...» ¿Y qué quieres, Totó? ¡Yo no puedo conse tir que en tu corazón esté en boga nadie más qu yo!... De modo que mi odio a Enrique es africano. ¡abisinio!... ¡Y hoy le echo de casa!... ¡¡Sí, echo!!

TOTÓ. (*Seria.*) ¡De ninguna manera! No cometas esa locur

TONY. Le echo de casa, aunque sea por un balcón; porqu si no le echo, le mato.

TOTÓ. ¡Jesús!...

TONY. Con que tú dirás lo que prefieres: si un estrellac un cadáver...

TOTÓ. ¿Pero estás loco?...

TONY. Sí, loco; pero loco furioso... de odio a él y de am a ti..: A ti, Totó; porque tú, Totó... has levanta en mi alma una galerna de amor, a cuyo soplo f rioso se han desgajado de mi corazón afectos, deb res, pasiones... y todo rueda en tumultuoso tro roto y maltrecho... ¡Ay!, ¡mi madre! (*Queja amarg*

TOTÓ. ¿Qué ha sido?

TONY. Que al llegar a lo del tropel he encogido la pierna... y he visto... las estrellas es poco, la osa mayor.

TOTÓ. (*Levantándose.*) ¿Estás viendo? Vamos, tranquilízate y acompáñame hasta la caseta, que voy a bañarme... y no pienses más en eso de Enrique.

TONY. No he de pensar, si su conducta equívoca mantiene mis sospechas.

TOTÓ. ¡Estás loco!

TONY. ¿Dónde está ahora, que no le veo?...

TOTÓ. ¡Qué sé yo!... Ha cogido su caballete y se ha ído a pintar.

TONY. Sí, a pintar... Pero cuando yo desaparezco, coge su caballete y se viene a galope a tu ladó... Y eso es porque algo secreto existe entre los dos.

TOTÓ. Te ruego que no insistas, Tony. Vas a llegar a molestarme. Ya sabes cuánto te estimo, cuánto me interesas... Enrique me es indiferente. Va a casarse...

TONY. Bueno, pues tú verás lo que haces. ¡Como le prefieras, mañana las merluzas tienen una indigestión! Porque esta noche me tiro al mar desde el faro.

TOTÓ. Bueno, hijo; eres más complicado y más emocionante que un drama de Pirandello. (*Vase hablando por la primera derecha.*)

ANIC. (*Que ha estado sentado en la arena, triste y silencioso.*) A ese anciano se le comen las merluzas... ¡Y a mí, dada mi enclenquez, se me comen los boquerones!... Para esta mujer, los hombres son pasto de peces. (*Vase tras ellos.*)

COCO. Va a bañarse, va a bañarse.

GOYI. Sí, sí; se han parado al pie de la caseta. (*Miran con los prismáticos.*)

PEPU. El primo se despide... ella entra.

COCO. Y el secretario le da la ropa, quedándose con la capa al brazo.

GOYI. ¡Qué hincha le tengo al secretario ese!

PEPU. Pensar que le acompaña hasta la orilla y, una vez en la orilla, la despoja de la capa... ¡Que es como deshojar una rosa!

COCO. Y luego, cuando sale vuelve a ponérsela... ¡Que es como hojear una rosa!

GOYI. Y algunas mañanas... ¡hasta la emboza!... ¡Embozar a Venus! ¡Privarnos de un panorama que ni los Andes!

PEPU. Ni los Andes... ¡ni los corras!... ¡Esa mujer en traje de baño, a dos metros de tus niñas, es para que te tires un bocao de entusiasmo y te claves los colmillos en el cogote!

GOYI. Oye, Pepucho, tú que eres pirandeliano, ¿qué di
blura inventaríamos para quitarle la capa al secr
tario, o alejarle de la orilla del mar, para que al s
lir ella, hoy que hay marea baja, tenga que ir
sin capa a la caseta un largo trecho?

COCO. Hombre, esa delicia, que podríamos titular »El r
creo de mis niñas», es absolutamente imposible.

PEPU. No tanto, no tanto... y callarse, que se me está oc
rriendo un truco, que si lo redondeo... (*Pausa.*) ¡C
lla, ya lo tengo!... ¡Ya está!

COCO. Pero, ¿cómo que está?

PEPU. Nada, que si me pagáis una barrera para los tor
del domingo y me lleváis a San Sebastián en aut
yo alejo al secretario de la orilla con capa y todo,
esa ondina tiene que irse en traje de baño, mondo
lirondo, hasta la caseta... y la podéis prismatique
a vuestro gusto.

GOYI. Hecho. Yo acepto la apuesta.

COCO. ¿Pero cómo lo vas a lograr?

PEPU. Es una cosa un poco arriesgada... pero yo creo qu
ese secretario es un alfeñique... y aunque vayamos
malas...

GOYI. No te fíes. No te niego que tú eres fuerte; pero
mismo creías de aquel joven polaco...

PEPU. ¡Ah, sí, Mamporrousky!

COCO. Que luego resultó campeón europeo de pesos pl
mas, y tú le desafiaste haciéndote el gallito y te di
una de «mamporrouskis» que te desplumó.

PEPU. ¡Pero, hombre, no voy a tener siempre esa desgr
cia!... ¿De modo que aceptáis la apuesta?

COCO. Y además te convidamos a almorzar.

PEPU. Hecho. Me llevo al secretario con capa y todo. (*Po
la izquierda sale Chomín.*)

CHOM. (*Saliendo.*) Ya me dispensará, señorito Cocolo; ¿la s
ñorita Totó es al agua?

COCO. No; todavía no es...

GOYI. Pero va a ser de un momento a otro.

PEPU. ¿Vienes a bañarla tú?

CHOM. Tal que bañar no es que digamos... que pa nadar
mejor que un pes... ya le sobra... pero como se me
adrento y hay resaca, pos le voy con el bote detrás.
por si le darían calambres o así...

COCO. ¡Qué mujer, Chomín!

PEPU. Dichoso tú, que la sigues Océano adentro y la v
agitarse entre dos aguas, nadando como una siren

CHOM. ¡Oy, madre!... El otro día la iba yo atrás y se pus
a nadarse de pleugeón... y yo loco mirándola... y v

se hase una plancha, y yo, loco, la miro, y qué cosas me darían a los ojos de tanto mirar, que no la vi.

OCO. Entonces el que hizo la plancha fuiste tú.

HOM. Planchaso que me llevé. Me voy, que al agua se va andar, parese. (*Vase por la izquierda.*)

OYI. Es verdad. Ya va a salir.

OCO. ¡Prevenidos!

OYI. ¡Ya salió!

OCO. Y siempre con la dichosa capita.

OYI. Y siempre con el dichoso secretario.

EPU. Pues hoy os quito ambas cosas de en medio. Ya veréis. (*Todos con los prismáticos.*)

OCO. ¡Qué figura!... ¡Qué encanto!

OYI. ¡Oy... se la ha visto un poco de pierna!

EPU. Y ahora un hombro. Calláos, que ya está aquí. (*Efectivamente, por la derecha sale Totó envuelta en una elegante capa de baño y con traje de lo mismo. La sigue Aniceto. Delante de Totó salen Mary, Niña y Catuca, con capas de baño.*)

ATU. ¿Pero has visto qué mitin?

IÑA. Es una manifestación prismática.

ARY. Vamos, que no es para tanto; ja, ja, ja. (*Vanse riendo por el foro izquierda.*)

OTÓ. (*Que se ha detenido a arreglarse el sombrero.*) He dicho a Chomín que hoy no necesito el bote. Me internaré poco.

NIC. Está bien, señora. (*Sigue su camino.*)

EPU. (*Al verla pasar.*) ¡So nereida!

OCO. (*Idem.*) ¡So ondina!

EPU. ¡Quién fuera ola, para acariciarla a usted y ahogar a su acompañante! (*Totó se ríe y continúa por la izquierda.*)

NIC. (*Agresivo, dirigiéndose a Pepucho.*) ¿A mí? (*Se contiene y al ver que Totó desaparece por la izquierda, se va tras ella.*)

EPU. ¡A usted, si! ¡So antipático! ¡So rodrigón!

OCO. ¡Pero, hombre, por Dios!

OYI. No le insultes.

EPU. Dejarme, que es mi truco.

OCO. (*Mirando.*) Ya va a entrar en el agua. Ya se quita la capa.

OYI. Ahora se la cuelga al secretario.

EPU. ¿Que se la cuelga? (*Gritando.*) ¡So perchero!

OCO. Ya entró. ¡Qué mujer! ¡Es una exhalación!

OYI. No da tiempo a nada. (*Salen un Niño, mirando con unos prismáticos, y una Niña detrás, regañándole.*)

NIÑA. (*De diez años.*) Vamos, Quiquín. Como la vuelvas a mirar, hemos terminado.

NIÑO. (*De doce años.*) Es que voy a ver si es verdad que ésto aumenta ocho veces las cosas.

NIÑA. Jesús, cuando se irá esa señora, para quedarse una tranquila.

NIÑO. Sí, sí que aumenta.

NIÑA. ¿Pero ocho veces?

NIÑO. Ocho. Con estos gemelos miras un duro y se te hace ocho veces mayor.

NIÑA. Pero, ¿a que si un duro se te hace ocho veces mayor no te lo toman en ninguna parte?

NIÑO. Mira si aumentará que el otro día se estaba bañando el ama de mi hermanito, la miré con esto y creí que era un submarino. (*Vanse hablando. Por la izquierda sale Aniceto con la capa de Totó colgada al brazo.*)

ANIC. (*Dirigiéndose al grupo.*) Buenos días.

PEPU. (*A sus amigos.*) (¡Ya es mío! ¡Ahora veréis que juga rreta!) Buenos días.

ANIC. (*En tono agresivo.*) ¿Me hacen ustedes el favor de decirme quién de ustedes me ha llamado perchero?

PEPU. Servidor. (Me lo llevo con capa y todo.)

ANIC. ¿Y tendría usted corazón para repetírmelo otra vez?

PEPU. Y cincuenta y ocho. (¡Veréis qué risa!) Pero no aquí. Porque aquí hay amigos míos y pudiera parecer una ventaja.

ANIC. ¡Vamos donde usted quiera!

PEPU. ¿Usted ve el puente aquel que cruza la carretera?

ANIC. Vamos al puente.

PEPU. Sí, señor; pero como aquello está muy concurrido iremos por una vereda.

ANIC. Vamos a la vereda...

PEPU. Subimos a la falda de aquel monte.

ANIC. Vamos a la falda...

PEPU. Y luego, en la otra ladera, que no pasa nadie, le llamo a usted perchero y puede que algún otro utensilio más denigrante.

ANIC. ¡Vamos allá!...

PEPU. (Lo tengo hora y media andando.) Vamos. (*Mutis por la derecha.*)

COCO. ¡Qué risa!

GOYI. ¡Se lo lleva con capa y todo!

ANIC. (*Vuelve a salir. Llamando.*) ¡Chomín, amigo Chomín!

CHOM. (*Saliendo.*) Ya se manda.

ANIC. Tome usted la capa de la señora para que se la porga al salir, que voy a romperle las narices a un pollo y vuelvo. (*Vase.*)

OCO. ¡Atiza!

OYI. ¡Nos ha reventao! ¡Deja la capa!

HOM. ¿Qué ha ocurrido, pues?

OCO. ¡Que se va a pegar con nuestro amigo Pepucho!

HOM. Pues narices que l'han terminao a don Pepucho, que este don Aniceto parece así cosa poquita, pero tiene una fuersa que el otro día no quiso pararse el del tranvía y de un tirón parao dejó.

OYI. ¡Mi madre, pues lo mata!

OCO. ¡Pobre Pepucho!... Mira, vamos a situarnos en este lado que lo veremos mejor. (*Mutis de los dos foro izquierda.*)

ENRIQ. (*Sale por la izquierda con la caja de pintar en la mano.*) Ya está en el agua. La he visto desde lo alto de aquella peña y he bajado para ocultarme en un confesonario de estos y abordarla en cuanto salga. He observado antes que estaba hablando con Tony y eso yo ya no puedo resistirlo. ¡Odio a Tony con mis cinco sentidos!... Los celos me devoran. Es preciso que elija. ¡O Tony, o yo!... ¡Y como elija a Tony, ocurre una tragedia!... (*Observando.*) ¡Calle, Nené y Machalén, se acercan!... ¡Me ocultaré hasta que pasen! (*Se oculta foro derecha. Por la primera izquierda salen Nené y Machalén en trajes de playa elegantes. Sombrillas.*)

MACH. ¿De modo, tita, que estás dispuesta a cantarle a Totó las verdades del barquero?

NENÉ. Si no se las canto, por lo menos se las tarareo. Su coquetismo ha llegado ya a un límite que no quiero calificar. Mi marido era viejo, pero me lo ha bañao, y eso ya no es un hombre, eso es un chaleco salvavidas. ¡No quiere salir del agua!...

MACH. Ella no hace más que decir: «Confianza, tened confianza... Veáis lo que veáis, no perder la confianza...» Y yo lo que veo es que el que tiene con ella cada vez más confianza es Enrique. ¡Que está loco!... No hace más que mirarla, seguirla. Ayer me dijo que se iba a hacer una mancha de color. ¡Y cómo estará de atontado, que se sentó encima de la paleta!... ¡Menuda mancha!

NENÉ. Pues y Tony... Ya ves, cojeando de gota y me lo encuentro esta mañana por el jardín, arrancándole hojas a una margarita: si no, si no... Yo no sé que le habría preguntado, pero se conoce que le dijo que no y empezó a tirarle mordiscos al tallo, con una rabia, que metía miedo.

MACH. Pues Enrique a mí ha dejado de hacerme el retrato

y, en cambio, se lo está haciendo a ella. Y no hac más que escotarla, y que si la nieve del hombro, y que si la nieve del brazo, y vuelta con la nieve.. ¡Como que yo les he puesto en el lienzo una tarjet del Club Alpino!

NENÉ. ¡Bien hecho, hija, hay que herirlos con la ironía!.. ¡Quién me lo iba a decir a mí!... Porque Tony nun ca ha sido muy partidario del madrigal, pero vamos antes, de vez en cuando me llamaba «mona»; pue ahora, ni ese piropo cuadrumano siquiera.

MACH. Y yo, además, estoy que no vivo, porque Enrique se fué anoche a dar un paseo con ella por el jardín y los perros no pararon de ladrar.

NENÉ. Sí, a mí también me alarmó, pero luego averigué que era que el Aniceto ese, el secretario, le estaba tocan do a María Inasi, con el violín, el cuplé de los be sos, de *El Conde de Luxemburgo*...

MACH. ¡Pero qué hombres, tita!... ¡Antes, todo el día en la calle!

NENÉ. Y toda la noche. Y ahora no quieren salir ni los criados. Los mandas a un recado y se sortean... como para ir a Melilla.

MACH. Estoy por decirte, tita, que prefiero a la manicura.

NENÉ. Y yo a la cancionista.

MACH. Siquiera a esas no las teníamos en casa.

NENÉ. Sí, sí, hija, tienes razón. Hoy—lo más finamente que pueda—pero hoy la digo que se vaya. Y ahora alejémonos. Esperemos a que salga del baño.

MACH. Sí, me da asco esta corte de imbéciles que la acecha.

NENÉ. Y hoy hay pocos. La otra mañana estaba todo Zarauz.

MACH. Me dijeron que hasta el cura.

NENÉ. No, el cura no viene.

MACH. ¡Ya me parecía a mí!

NENÉ. La ve mejor desde la torre de la iglesia y allí lo tienes con un telescopio.

MACH. ¡Qué horror y qué asco! (*Mutis primera derecha. Por el foro izquierda salen Cocolo, Goyito y Antuñano; este último es un viejo verde y saca un telescopio que enfocará, como los otros los prismáticos, hacia la izquierda.*)

COCO. Ya sale, ya sale.

GOYI. Fijarse en Chomín; no acierta a ponerle la capa.

ANTU. Lo que no quiere es ponérsela.

COCO. ¡Ya viene! (*Por el foro izquierda y en dirección a la derecha sale Totó cubierta con la capa.*)

ANTU. (*Deteniéndola.*) Está usted faltando a la leyenda.

TOTÓ. (*Muy amable.*) ¿Yo?

ANTU. Usted. Venus no surgió del mar con capa.

COCO. Surgió envuelta en su ondulante cabellera.

TOTÓ. ¡Claro!, pero surgió asi porque no se llevaba el peinado a lo *garçonne.*

GOYI. ¡Pues es verdad!

TOTÓ. Ni tampoco llevaban prismáticos los langostinos. (*Hace mutis por la derecha riéndose.*) Muy buenas.

COCO. O he entendido mal, o nos ha llamado langostinos.

GOYI. Como que nos ha dejado a la vinagreta.

ANTU. (*Guardando los útiles.*) Bueno, se acabó el espectáculo por hoy.

COCO. ¿Y nosotros qué hacemos?

GOYI. Vamos a ver si encontramos a Pepucho.

COCO. A Pepucho o a lo que quede de él. (*Hace mutis por la derecha. Sale Enrique por el foro derecha.*)

ENRIQ. ¡Ya está en la caseta!... ¡Ojalá se levantase una galerna que arrebatara esas frágiles tablas, dejándonos al descubierto las suaves armonías de ese cuerpo glorioso! Bueno, esta mujer me ha puesto a mí en un estado de idiotez que para acordarme de cómo me llamo tengo que mirar una tarjeta. Yo no sé qué hechizo se desprende de sus palabras... ¡Qué efluvio de sus ojos de diosa pagana!; pagana, sí; pagana!..

TONY. (*Sale y le da con la mano en el hombro.*) ¡Pa gana la que tenía yo de echarte la vista encima, hombre!

ENRIQ. ¡Tony!

TONY. *Muá mem*, que se dice en la lengua de *Molier*. ¡Todo el día buscándote!

ENRIQ. ¡Lo ignoraba!...

TONY. Cualquiera creería que me huyes.

ENRIQ. ¡No sólo no te huía, sino que deseaba encontrarme contigo a solas y cara a cara!...

TONY. Pues aquí estamos ya *tet a tet.* Y puesto que nuestros deseos coinciden, hablemos francamente, Enrique.

ENRIQ. Hablemos.

TONY. Vamos a quitarnos las caretas.

ENRIQ. Y las caras, si es preciso.

TONY. *Com vu vudré*, que se dice en el idioma de *Molier.*

ENRIQ. Bueno, Tony; déjate de francés, porque ya es mucho *Molier*, y en castellano neto dime lo que quieras.

TONY. Pues quiero decirte que extremas demasiado tus solicitudes y tus atenciones con Totó y que no estoy dispuesto a consentírtelo.

ENRIQ. ¿A título de qué?

TONY. A título de pariente de Machalén, con la que estás

prometido en matrimonio y a la que engañas villanamente en mi propia casa.

ENRIQ. ¡Tony, eres un farsante!

TONY. Enrique. (*Enarbolando la muletilla.*) ¡Mira lo que dices o te muleteo!...

ENRIQ. Repito que un farsante, porque lo que menos te importa a tí es Machalén... y lo que más, que te devoran los celos.

TONY. ¿Celos yo?

ENRIQ. (*Trágicamente y bajando la voz.*) ¡Celos tú, sí!... ¡Porque imaginas que Totó me prefiere!...

TONY. ¡Pues bien, sí, ea!... ¡Echemos fuera el corazón!... No es que tenga celos, no; es que yo adoro a esa mujer, sé que me ama y no quiero estorbos a mi lado.

ENRIQ. ¡Y quieres que me vaya de tu casa!

TONY. ¡Eres un fakir indio adivinando indirectas!

ENRIQ. Pues bien; oye mi resolución irrevocable... ¡No me da la gana de irme de tu casa!...

TONY. ¡Gorrón! ¡Te echaré a puntapiés!... (*Al ir a dárselo da un grito de dolor.*) ¡Ay, mi pierna!

ENRIQ. Ya sabía yo que no harías efectiva tu amenaza, ¡so gotoso!...

TONY. ¡Miserable!...

ENRIQ. ¡Y no me voy de tu casa porque no quiero separarme de Totó, que me ama locamente!

TONY. ¡Mientes, villano!

ENRIQ. ¡Como me insultes te hago un efecto de luna en el cráneo! (*Le amenaza con la caja de pinturas.*)

TONY. ¡Pues si no te vas, la tragedia es inminente! Se lo contaré todo a Machalén.

ENRIQ. Y yo a Nené. Y veremos quien pierde más.

TONY. ¡Nos batiremos!

ENRIQ. ¡A muerte!

TONY. ¡Miserable!

ENRIQ. ¡Idiota!...

TONY. ¡Toma!... (*Levanta la muletilla para pegarle; pero ve a Nené que aparece en aquel momento por la derecha, y cambiando de tono y de actitud, igual que hace Enrique, le dice con la mayor naturalidad del mundo:*) Toma por aquel sendero, subes a aquel altito y divisarás el más bello panorama que has soñado en tu vida para un cuadro.

ENRIQ. Tantas gracias.

NENÉ. ¿Pero qué os pasaba?

ENRIQ. Nada, que iba a darle con la caja... el boceto del cuadro que me han encargado en el Casino para que se lo llevara, porque me ha dicho que se marchaba a

buscarlas a ustedes... ¡Dice que se encuentra mal! Claro, la proximidad del mar.

TONY. (*Aparte.*) ¡Bandido!

NENÉ. Pues yo estaba alarmada, porque os veía discutir con un calor...

TONY. Treinta grados a la sombra...

ENRIQ. No, y que yo, además, ¡hay que decir la verdad!... le estaba regañando. No debe venir a la playa.

NENÉ. Todos los días se lo repito y en todos los tonos, y no me hace caso.

ENRIQ. Pues hay que llevárselo, aunque sea a la fuerza.

TONY. ¡Qué Enrique este!... ¡Le voy a dar un par de muletazos... y le voy a matar!

ENRIQ. ¡Nada, a casa; a casa!

NENÉ. ¡Tiene razón, tiene razón!... (*Se va con Tony, discutiendo, por la primera derecha.*)

ENRIQ. ¡Ya me lo he quitado de encima!... ¡Me deja el campo libre!... ¡El canalla, querer echarme de su casa!... ¡Mientras esté Totó, como no me den el cloroformo no me sacan de allí! (*Sale Totó, ya vestida en traje de playa, por el foro derecha.*)

TOTÓ. ¡Buenos días, excelso artista!

ENRIQ. (*Encantado.*) ¡¡Ella!!

TOTÓ. Hoy ha venido usted más tarde.

ENRIQ. En efecto, y esta tardanza me produce ahora una gran alegría.

TOTÓ. ¿Por qué?

ENRIQ. Porque veo que usted la ha notado.

TOTÓ. ¡Jesús! Es usted muy pretencioso.

ENRIQ. Muy avaro de todas sus sensaciones.

TOTÓ. Y mi primo, ¿no está por aquí?

ENRIQ. Acaba de irse.

TOTÓ. ¿Pero volverá?

ENRIQ. Qué sé yo.

TOTÓ. ¡Ah! ¿Usted cree que no volverá?

ENRIQ. ¿Le desagrada que no vuelva?

TOTÓ. ¡Claro que sí, y mucho! ¡Mi primo es tan simpático, tan interesante!

ENRIQ. Sí, todos los gotosos son muy interesantes. Se les ve cojear..., ¡y su cojera tiene un balanceo tan melancólico!... ¡El salicilato es de una poesía!...

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡Es usted de una crueldad neroniana!

ENRIQ. Es que me molesta—¿por qué no ser franco?—la excesiva amabilidad de usted con su primo.

TOTÓ. ¡Que le molesta!... Cualquiera creería que está usted celoso.

ENRIQ. Y aunque así fuese, ¿qué? Soy libre, soy joven, soy

pintor... ¿Por qué ha de extrañar que me enamore de su gracia, de su belleza, de su extraño y perverso encanto?

TOTÓ. ¡Cuidado, que me voy a figurar que me hace usted el amor!

ENRIQ. ¿Y qué tendría de particular? Soy libre, soy joven, soy pintor...

TOTÓ. Joven, bueno...; pintor, usted lo dice...; pero libre..., libre, no.

ENRIQ. ¿Se refiere usted a mis relaciones con Machalén?...

TOTÓ. Relaciones que pronto se convertirán en algo más.

ENRIQ. Quién sabe. (*Con resolución.*) Puede que ya no.

TOTÓ. (*Fingiendo asustarse.*) ¿Qué dice usted?

ENRIQ. Digo, Totó, que desde que la he conocido a usted, siento en mi espíritu una inquietud de amor y un deseo de su presencia, que no me dejan vivir..., y todos los días, todos, cuando nos quedamos solos, quiero decir a usted algo que no me atrevo a decirle y que hoy...

TOTÓ. (*Levantándose.*) ¡No, no me lo diga usted tampoco; me lo sé de memoria! (*Suspirando y con una gran frivolidad.*) ¡Ay, y lo triste es que me es usted muy simpático, pero muy simpático!

ENRIQ. (*Encantado y con pasión.*) ¿De veras, Totó?

TOTÓ. (*En el mismo tono de ingenuidad.*) De veras; y, sin embargo... En fin, vámonos..., porque... me da el corazón que voy a hacer una tontería... ¡y ya es aterrador el número de las que llevo hechas! De modo, que olvídeme usted, Enrique... mejor será.

ENRIQ. ¡Nunca!... ¡Totó, es usted adorable!

TOTÓ. (*Riendo.*) Lo creo; aunque no sea más que por las veces que me han adorado.

NENÉ. Es que yo la adoro como seguramente no la habrá adorado ninguno.

TOTÓ. También me lo han dicho muchas veces igual, y lo gracioso es que nunca lo he creído, y ahora, que tampoco lo creo, no sé por qué... siento allá dentro, en mi corazón, muy escondidita, la pena de no creerlo... Vamos, vamos...

ENRIQ. ¿Qué quiere usted decir, Totó; es que acaso?...

TOTÓ. Nada, nada, Enrique... Lo único ameno de la vida, es la frivolidad... ¡No salgamos de ella!...

ENRIQ. ¡Pero cuando una pasión...!

TOTÓ. ¡Chits!... ¡silencio!... ¡Eso es muy grave!... Yo estoy aquí cumpliendo un encargo... y no puedo salir de él.

ENRIQ. ¿Qué encargo?

TOTÓ. Un encargo que me dió... la Providencia. Un difícil

encargo que ya me pesa... Déjeme usted acabar mi misión... y luego... procura usted olvidarme, y... y yo... (*Baja la cabeza emocionada.*)

ENRIQ. (*Apasionadameute, trata de cogerla la mano.*) ¡¡Totó!!

TOTÓ. (*Conteniéndole cariñosamente.*) Vamos a dar un paseo; si viera usted, después del baño, qué bien me sienta pasear...

ENRIQ. ¡Pero, por Dios, Totó, mi pasión!...

TOTÓ. ¡Chitsss... (*Riendo*) que le he dicho que nada de cosas graves!... Mire usted ese niño que sale del agua... ¡qué encanto!... ¡Qué amor de niño, con su pelito de oro!... (*Vase seguida de Enrique por el foro izquierda. Nené y Machalén por la derecha.*)

NENÉ. ¡Mira qué frescura!... ¡Se van juntos!...

MACH. ¡Y él parece que se la quiere comer!...

NENÉ. ¡Qué encanto de niña! ¡Vaya una fresca!

MACH. ¡Me explico el éxito que ha tenido en el Ecuador!...

NENÉ. ¡Y luego nos viene con su monserga!...: «Por Dios, confianza, mucha confianza. Veáis lo que veáis, absoluta confianza.» ¡Ahora verás tú cómo la digo que tenemos tantísima confianza con ella, que estamos deseando que se marche!... ¡Más confianza!...

MACH. ¡Por Dios, tita! Nada de alterarte. Nosotras somos nosotras. Lo que tengas que decirle, se lo dices, pero con compostura.

NENÉ. Sí, procuraré usar la compostura, porque como esto siga y le coja yo un día las narices a mi marido; no sé si sería posible ya la compostura.

MACH. Energía, pero serena.

NENÉ. Lo que siento es no dominar las lenguas que ella domina, para molestarla en seis o siete a la vez...; pero por lo menos en francés, la voy a decir lo que le decía el otro día la doncella al chófer de enfrente, que es de Hendaya: «Tasporté come un cocher».

MACH. Pues si vas a hablarla, llámala, que se alejan.

NENÉ. (*Fuerte, llamando.*) ¡Totó!... ¡Rica, hija mía, haz el favor, monina!...

MACH. ¡Sí, que vengas!

NENÉ. Pero tú sola... Enrique que siga... Le digo que siga, porque está de cara al mar; a ver si se ahoga.

MACH. Sí, unas palabritas.

TOTÓ. (*Saliendo.*) ¿Me llamábais?

NENÉ. (*Secamente.*) *Oui.*

MACH. Y perdona que te hayamos cortado el idilio.

TOTÓ. El segundo idilio... porque el primero le había celebrado ya, aquí mismo Tony...

NENÉ. Ya, ya... (¡A que le digo lo del cocher!)

TOTÓ. Y apropósito... hace dos días que no me habláis de mis triunfos ni me felicitáis. Supongo que no estaréis quejosas; los pájaros antes tan volanderos, ahora no se mueven del nido.

NENÉ. No, mi marido no es fácil que se mueva... ¡Y cómo le toleres otro baño, te va a hacer el amor en carrito!

TOTÓ. ¡Pero, Nené, me extraña el tono!... ¿Es que estáis disgustadas?

MACH. No, no, quiá... ¡contentísimas! Ahora, que si piensas seguir reteniéndonos a los pájaros, lo único que te suplicamos es que, aunque los enjaules, no te los lleves.

TOTÓ. No se necesita ser muy lince para comprender que os váis arrepintiendo un poco de la confianza que me otorgásteis...

NENÉ. Pero es que toda confianza tiene un límite.

MACH. Y cuando una mujer tan discreta como tú olvida ese límite, es que alguna razón poderosa...

TOTÓ. ¡Bah, bah, bah!... Bueno; basta, basta.

NENÉ. No, no basta.

TOTÓ. Sí, basta. Desde que empezásteis a hablar, me hice cargo de vuestras indirectas. ¡Estás celosa de tu pintor!... ¡Y tú de tu marido!... ¡Claro!... (*Volviendo a su tono festivo.*) ¡Es gracioso; combináis un plan, para buscaros la tranquilidad y un cariño que se os escapaba y escogéis como intérprete a la prima de Totó!... ¡la prima, que por sus condiciones y su carácter frívolo, era materia a propósito!... Ruegos, súplicas... la prima acepta y pone todo su cuidado o toda su ligereza en hacerlo lo mejor posible, y cuando cree que está resolviendo la tranquilidad de un hogar, resulta que... (*Riendo.*) ¡Es gracioso!... ¡Estupendamente gracioso!

NENÉ. ¿Pero es que encima te burlas?

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡Yo, quiá; yo qué he de burlarme!... Digo simplemente, que me habéis utilizado a vuestro antojo y, sin averiguar si yo podía, en la farsa, perder algo de mi dignidad o de mis sentimientos, cometéis ahora la indelicadeza...

MACH. ¡Totó, mira lo que dices!

TOTÓ. Está bien mirado... Cometéis, repito, la indelicadeza de echarme en cara el éxito de vuestra misma proposición...

NENÉ. Mujer, nosotras no te hemos dicho...

TOTÓ. ¡Terminemos! Cada mujer tiene el marido que se merece!... Sois dignas de la manicura y de la cupletista.

NENÉ. Oye, tú...

TOTÓ. No tengo nada que oir. Podéis estar tranquilas. Esto ha terminado. Porque ahora mismo me marcho de Zarauz.

MACH. ¿Que te marchas?

TOTÓ. A Santander... a seguir mi vida, interrumpida para mezclarla en la prosa de la vuestra. No me perdonaré jamás esta vulgaridad. ¡Hasta nunca! (*Hace mutis izquierda.*)

MACH. ¿Qué te parece, tita?

NENÉ. Pues que pensábamos ponerla como un trapo y resulta que ha sido la que... la que se ha dado por ofendida.

MACH. Y dice que se marcha.

NENÉ. Eso tenemos que agradecerla, que se vaya espontáneamente, porque si se lo indico yo, es capaz de echarnos a nosotras. (*Por la derecha sale Tony; poco después, por la derecha, Enrique.*)

TONY. (*Saliendo con un ramo de rosas de pitiminí.*) ¡Rosas! ¡La flor preferida! ¡Yo se las hubiese traído de Bengala, pero está tan lejos! Y por aquí no se encuentran más que estas de pitiminí.

NENÉ. (*Fijándose en él.*) ¿Pero Tony, cómo es que vuelves?

TONY. Pues hija, vengo de... rositas; ya lo estás viendo.

NENÉ. ¿Y para quién es ese presente?

TONY. Pues para la primera que se presente... Para tí misma. (*Se lo da.*)

NENÉ. Gracias; ya hacía tiempo que no me obsequiabas con flores.

TONY. Porque no ha habido ocasión; pero acuérdate del domingo pasado que por la mañana te traje de San Sebastián un ramo de claveles, por la tarde uno de campanillas y al oscurecer uno de Don Diego de noche.

NENÉ. Sí, lo recuerdo, sí. ¡Qué dominguito de ramos!

ENRIQ. (*Saliendo por la izquierda.*) ¿Es verdad lo que me acaba de decir Totó?

MACH. ¿Que se marcha?

ENRIQ. Sí, me ha dicho que se marcha. Pero que ahora mismo.

NENÉ. Pues te ha dicho el Evangelio.

TONY. ¡Cómo!... ¿Que se va Totó?

MACH. Sí, se marcha a Santander.

NENÉ. Dice que a seguir su vida.

MACH. Esa vida frívola y loca.

ENRIQ. Bueno, pero ¿qué ha ocurrido para semejante determinación?

TONY. Vosotras le habéis dicho algo... Indudablemente le habéis dicho algo.

MACH. Nada.

NENÉ. Yo pensaba decirle una cosa en francés, pero no me ha dado tiempo.

MACH. (*A Enrique.*) ¿Pero qué te pasa; por lo visto te preocupa la marcha de la prima?

ENRIQ. (*Disimulando.*) ¿A mí? ¿por qué? ¡La marcha de la prima me tiene sin cuidado! Lo que me preocupa es mi marcha.

NENÉ. ¿Cómo tu marcha?

ENRIQ. Sí, mi marcha.

MACH. Pero ¿es que te vas?

ENRIQ. Si, me voy; pero me voy contra mi voluntad. Despedido, arrojado... Es preciso que lo sepáis todo.

MACH. ¿Despedido? ¿Por quién?

ENRIQ. Por Tony.

TONY. ¡Hombre, yo!... (*Aparte.*) Este sinvergüenza se aprovecha ahora de lo que le dije para largarse tras ella; no, pues a mí no me gana la partida.

MACH. ¡Pero es posible! ¿Mi tío te ha dicho que te vayas?

ENRIQ. No hará quince minutos; en este mismo sitio.

NENÉ. ¿Qué dices a esto, Tony?...

TONY. Digo que es verdad; que él y yo no podemos seguir juntos. Diferencias de carácter..., de apreciaciones artísticas, incluso de aseo personal... El se pasa el día haciendo manchas...; yo, ya sabes lo curioso que soy... Discutimos, y acaloradamente le dije no sé qué tontería; ahora, que, como yo soy incapaz de amargar la felicidad de nadie, y menos de una sobrina mía, que siga él aquí y me iré yo... por una temporada.

ENRIQ. (*Aparte.*) ¡Qué tío más vivo! (*Alto.*) Nunca. El está en su casa y yo soy un extraño: me voy yo.

TONY. Sí; pero yo sé lo enamorado que está de Machalén y el dolor que le produciría una separación; de modo que me voy, y ahí queda ese.

ENRIQ. ¡Me voy yo!

TONY. ¡Yo!

ENRIQ. ¡Yo!

TONY. ¿Estáis viendo cómo no podemos estar juntos?

NENÉ. ¡Pero Tony!

MACH. ¡Pero Enrique!

TONY. (*A Machalén.*) Nada, nada; retenlo; no le dejes que se vaya.

ENRIQ. Nené, no tolere usted que su esposo se marche.

TONY. Turbar yo la felicidad de nadie. ¡No faltaba más!

¡Mis maletas! ¡Mi auto! Mis perros, digo mis... salicilatos. (*Mutis por la izquierda.*)

ENRIQ. ¡Vivir en una casa contra la voluntad del dueño! ¡Nunca! (*Marchándose.*) ¡Mis maletas! ¡Mis lienzos! ¡Mis pinceles!... (*Mutis por la izquierda.*)

MACH. ¡Se van, tía; se van!

NENÉ. Sí, hija mía: se van.

MACH. No debemos consentirlo.

NENÉ. ¿Y crees tú que nos harán caso? ¡Se van tras ella!

MACH. (*Haciendo mutis.*) Pero, ¿qué es esto, tía? ¿Qué es esto?

NENÉ. (*Sentenciosamente.*) Esto es nuestro Güaterló. ¡Pero déjate, que nosotras también nos vamos, y ¡ay de ellos y de ella! (*Hacen mutis las dos por la izquierda; por la derecha, aspeado, rendido materialmente, hecho un trapo, sale Aniceto y se deja caer en la silla.*)

ANIC. ¡No puedo más! ¡Me chillan los pies! ¡Me crujen los huesos! ¡Me bailan los riñones! ¡Qué carrera, Dios mío! ¡Qué carrera! Si la sigo en Madrid, a estas horas soy perito agrónomo. (*Por la izquierda salen Goyito y Cocolo.*)

GOYI. ¿No te decía yo que era el secretario? Míralo.

COCO. Sí, es verdad.

GOYI. Vamos a preguntarle qué ha sido de Pepucho. (*Se acercan a él.*) ¿Tendría usted la amabilidad, y usted perdone, de decirnos qué ha sido de su contrincante?

ANIC. Pues mi contrincante, al llegar al frente, se fijó en mí y me dijo que, para repetirme lo de perchero, tenía que volver por la capa.

GOYI. Lo diría por ponerse en situación.

ANIC. Lo dijo por burlarse, pero como de mí no hay quién se burle, le dí un puñetazo en el vacío y le asesté un segundo, que dió también en el vacío, porque enfiló la carretera de la costa y apretó a correr que, para qué les voy a decir a ustedes..., se tragaba los kilómetros con una velocidad que los automóviles a su lado parecían patinetes.

COCO. ¿Y no logró usted alcanzarlo?

ANIC. A ese no le alcanza ni un indulto.

GOYI. El caso es que yo tenía que darle un encargo.

ANIC. Pues telegrafíeselo a Bilbao, que a estas horas estará llegando. (*Se sienta en un confesonario, quedando oculto. Por la derecha sale también jadeante, rendido y maltrecho Pepucho; se dirige a las sillas, pero al ver a sus amigos se contiene y disimula el cansancio.*)

PEPU. ¡Hola, queridos!

LOS DOS. ¡Pepucho!

GOYI. ¿De dónde vienes?

PEPU. (*Dándose importancia.*) Ya os lo podéis suponer: de darle una paliza al antipático del secretario, que lo he reventado; pero que lo he reventado.

GOYI. (*De guasa.*) ¿Ah, sí?

COCO. (*Idem.*) ¿Al otro lado del monte, verdad?

PEPU. Ca, hombre; yo no me he podido esperar, y se la he dado en la carretera; le he dado una de patadas, que traigo los pies como si hubiese corrido quince kilómetros; ese no vuelve más por aquí. (*En este momento sale del confesonario Aniceto.*)

ANIC. (*Saliendo.*) ¡Embustero!

PEPU. ¡Mi madre! ¿Qué es lo que veo? ¡El secretario!

ANIC. Ahora me puede usted decir lo de perchero.

PEPU. Y se lo digo; pero aquí no; usted ve la carretera...

ANIC. (*Levantando el puño.*) El que no la va a ver es usted. (*Pepucho aprieta a correr por la derecha como alma que lleva el diablo.*)

CHOM. Si va a seguirle detrás, ya me lo dirá, que la señora le está buscando.

ANIC. ¿Quién, yo? ¿Correr detrás? Pero, ¿usted sabe quién es ese?

CHOM. ¿Un galgo o así?

ANIC. ¡El rápido de Irún!

TELÓN

ACTO TERCERO

Un gabinete del gran Hotel del Sardinero, en Santander. Primera izquierda, puerta de entrada; lateral derecha, puerta que da entrada a la alcoba; en el foro, ventanal de cristales, no muy grande, por el que se verá el jardín, pero que dé idea exacta de que el gabinete está a un metro del suelo. Muebles adecuados: una mesita en el centro; sobre las sillas, maletas abiertas y ropas extendidas en desorden; sombrereras; la ventana del foro aparece abierta.

(*Al levantarse el telón son las nueve de la mañana. Aniceto, con un pijama ridículo, está junto a la puerta de la alcoba, o sea la de la derecha, y toca en el violín la conocidísima frase de* La Tempestad, «*Despierta, niña, despierta,—que el día avanzando va*». *Al terminar la frase deja de tocar y aplica el oído a la puerta.*)

ANIC. ¡Pues no despierta!... Y eso que esta frase de *La Tempestad* está indicadísima... Y si no despierta con *La Tempestad* no sé con qué despertarla... Como no sea con *las Campanas* de Carrión!... ¿Qué tocaría yo que la diese una idea de que ya ha salido el sol?...

!Ah, sí!... (*Toca la conocida frase de «La casa del oso».*)

«Al salir el sol
canta la perdiz.»

(*Al acabar la frase se oyen dentro tres golpes dados en la puerta.*) ¡Lo de la perdiz ha hecho efecto! Sí, porque ha dado tres golpes.

TOTÓ. (*Desde dentro.*) Ya salgo, Aniceto, ya salgo.

ANIC. ¿Continúo con la perdiz o ataco con un *salutem pluriman?*

TOTÓ. (*Saliendo en elegantísimo pijama.*) No ataques nada, porque ya estoy aquí.

ANIC. (*Dando un grito al verla.*) ¡Ah!

TOTÓ. ¿Qué te pasa?

ANIC. ¡Que tiene usted un aparecer que no sabe uno qué ejecutar, si *El salto del pasiego* o *Don Quintín el amargao!*... (¡Mi respetable madre, qué idealidad!)

TOTÓ. Ya te he dicho que como romántico admirativo, no me agradas gran cosa; te prefiero como campeón de pesos plumas; a propósito: ayer, cuando llegamos aquí al Sardinero, me pareció ver en el *hall* del hotel un *affiche* anunciando un *match* de boxeo para hoy en lucha libre; ¿por qué no tomas parte?

ANIC. ¿En un *match* de boxeo? ¡Imposible! Yo no estoy ya para boxeos, y menos para *matchs*.

TOTÓ. ¿Qué dices?

ANIC. Que para *matchs*, menos.

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡Bueno, hombre, bueno! (*Toca el timbre.*)

ANIC. Ayer me salió en Zarauz un señor que me quiso dar carrera...

TOTÓ. ¿Un protector?

ANIC. Un autociclo... Dieciocho kilómetros, a cincuenta por hora, me hizo correr... De modo que me he quedao que para tocar el violín me tengo que arrimar a un tabique.

TOTÓ. Pues no pensemos más en Zarauz, Aniceto; a ti te han cansado y a mí me han rendido..., y toca en tu violín el *gloria in excelsis*, porque hoy te voy a dar una alegría.

ANIC. (*Entusiasmado.*) ¿Una alegría a mí?... ¿Qué quiere que toque: *La alegría de la huerta, Las alegres comadres, La alegre trompetería?*...

TOTÓ. No, nada de músicas; hoy no estoy filarmónica. (*Por la izquierda aparece Cristeta, camarera del hotel.*)

CRIST. ¡Diga la señora!

TOTÓ. Oiga, ¿cómo me dijo ayer que se llamaba, que ya no me acuerdo?

CRIST. Cristeta; pero en el hotel me llaman Cricrí.

ANIC. Pues le han quitao lo mejor.

TOTÓ. Bien, Cricrí; tenga la bondad de traer dos desayunos. Té para mí y para mi secretario..., ¿usted qué quiere tomar?

ANIC. (*Con loca alegría.*) Pero, ¿cómo voy a...?

TOTÓ. ¿A desayunar conmigo?... Sí, hombre, sí; pues esa es la alegría que le iba a dar.

ANIC. (*Loco.*) ¡Inmensísima!... ¡Inesperadísima!... ¡Desayunar con ti..., digo con té!... Porque yo, amable Cristeta, y perdona que no te quite nada, tomo lo mismo que la señora.

CRIST. Entonces, ¿traigo dos tés?

TOTÓ. Sí, para mí trae té.

ANIC. Y para mí trae té... y tráete seis panecillos..., si pueden ser vienas, mejor que brioches.

CRIST. ¿Los tés completos?

ANIC. El mío que rebose.

CRIST. (*Haciendo mutis.*) ¡En seguida!

ANIC. (*A Totó.*) Yo también vuelvo en seguida.

TOTÓ. Pero, ¿dónde vas?

ANIC. A cambiar de indumento. ¡A hacerle el honor al desayuno!

TOTÓ. (*Riendo.*) ¿Te vas a poner de saqué?

ANIC. De saqué, no; pero me voy a poner una trabilla que tengo, color manteca, que le va muy bien al té. ¡Soy una centella! (*Hace mutis también por la izquierda.*)

TOTÓ. (*Riendo.*) ¡Como quieras! Realmente, este Aniceto es uno de los hombres más encantadores que conocí jamás... Es un tonto definitivo... No es como casi todos los hombres, que tratan de disimular de algún modo su tontería... ¡Nada, éste no!... Este tiene la deliciosa sinceridad de su estupidez... Es realmente un caso interesantísimo... (*Echando una mirada alrededor.*) Anda, y cómo está todo esto... ¡Qué desorden!... ¡Pero, claro, tuve que salir de Zarauz precipitadamente!... ¡Zarauz!... (*Con melancolía.*) ¡Yo sé por qué me emociona su recuerdo!... ¡Pero, en fin, es mi sino: encrespar las almas... y luego tenerme que alejar para que se restituyan a la calma de sus vulgaridades!... (*Dejando de arreglar lo que estaba en desorden.*) ¡No tengo paciencia!... ¡Ya hará un rato la camarera para arreglarlo! (*Cristeta sale con una bandeja y, en ella, dos servicios de té con tostaditas. Sobre la bandeja viene una tarjeta.*)

CRIST. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?

TOTÓ. Sí; pase, pase, Cricrí.

CRIST. (*Entra y coloca el servicio sobre la mesita del centro.*) ¿Desea algo más la señora?

TOTÓ. Nada... digo, sí; haga el favor de entrar esas sombreras en la alcoba y, al mismo tiempo, abra la ventana que da al jardín, que se renueve el aire. (*Pasa un camarero por el foro y, asomándose a la ventana y sacando medio cuerpo, le dice a Cristeta, que está cogiendo las sombrereras:*)

CAMA. (*A Cristeta.*) Oye, tú, que no se te olvide decirle a la señora lo que te ha encargao el *metre d'hotel.* (*Vase.*)

CRIST. ¡Ay, es verdad!

TOTÓ. ¿Y qué encargo era?

CRIST. Pues que me ha dicho el *metre* que a ver qué dispone la señora de los perros, porque no pueden estar sueltos.

TOTÓ. ¿Pues qué han hecho?

CRIST. Que han mordido a un botones que traía un besalamano.

TOTÓ. ¿Ah, un besalamano?,.. ¡Claro! Pues, nada, que los aten. (*Entra Cristeta en la alcoba, o sea en la derecha.*) ¡Una tarjeta! A ver.., (*La coge y la lee.*) «Antonio Santurce, marqués de Calauva.—Novelista por prescripción facultativa». ¡Dios mío, una tarjeta de Tony! Pero ese necio, ¿me habrá seguido?...

CRIST. (*Que sale.*) Ya está abierta la ventana.

TOTÓ. ¿Quién trajo esta tarjeta?

CRIST. Pues un señor un poco cojo, que está ahí fuera, y que desea que la señora lo reciba.

TOTÓ. (¡Lo que suponía!... Me ha seguido. ¡Habrá que oír a Nené!... Pues, nada, yo le voy a hacer algo que lo consterne. Dentro de veinte minutos está caminando hacia Zarauz a noventa por hora). (*Alto, a la camarera.*) Dígale que pase. (*Cristeta hace mutis por la izquierda,*) ¡Este imbécil es más peligroso que Aniceto!

TONY. (*Por la izquierda, con guardapolvo y gorra de viaje, que sacará doblada en la mano; en tono heroico.*) ¡Heme aquí!

TOTÓ. ¡Con que *heme!*... ¿Y quién te ha mandado que te *hemes* aquí?

TONY. (*Entrando.*) ¿Y me lo preguntas, Totó?... A la orilla del Océano, ¿no te pinté mi pasión mientras el mar la mía nuestras plantas?

TOTÓ. La tuya sí me la pintaste... Me habéis pintado muchas tonterías en Zarauz; pero la mía, ¿no te dije que era imposible?

TONY. ¡Ah, Totó!... ¡Vengo dispuesto a todo!... Y no me niegues la dicha de que mi alma se sumerja en tu amor para que emerja... (*Aterrado, fijándose en la mesa.*) ¡¡Oye!!...

TOTÓ. ¿Qué te asombra?

TONY. ¡¡Que aquí hay dos desayunos!!

TOTÓ. Dos.

TONY. ¿Se me ha adelantado, acaso, Enrique?

TOTÓ. No, por Dios, ¡qué locuras piensas!

TONY. Ya decía yo; porque ese, de venir, viene en bicicleta. No dispone de otro vehículo... Pero ¿cómo los desayunos son dos, si tú eres una?

TOTÓ. Presentimientos. Me daba el corazón que hoy iba a desayunar acompañada.

TONY. Luego, ¿me esperabas? (*Con alegría.*)

TOTÓ. Sí, Tony, sí... ¿Qué novelista eres que no penetras en estas pequeñas psicologías?

TONY. Luego, ¿me amas, Totó?

TOTÓ. Límpiate..., siéntate... y desayuna conmigo, Tony... Al amor no le preguntes cuándo llega. ¡Viene de puntillas!... Le gusta sorprender.

ANIC. (*Por la izquierda; viene de punta en blanco, con una gran orquídea en el ojal de la americana. Sale de puntillas y rápido.*) ¡Heme aquí!

TOTÓ. ¡Otro que *heme!*

TONY. Oye, ¿quién es esta media tostada?

TOTÓ. Mi secretario; ¿no lo has conocido?

TONY. Como tiesto no tenía el gusto...

ANIC. Perdone la señora si he irrumpido...

TOTÓ. No, el que tiene que perdonar eres tú. Acaba de llegar inesperadamente mi primo y le he invitado a desayunar conmigo.

ANIC. Adiós, tú... digo, adiós té.

TOTÓ. ¿Qué?

ANIC. No, nada...

TOTÓ. Desayune en el jardín.

ANIC. (*Con rabia y tristeza, se arranca la flor y la tira.*) ¿Y para esto me he florecido?

TONY. Pollo... (*Señalando la flor.*) Que se le ha caído el repollo.

ANIC. (*Con desprecio.*) ¡Que lo cuezan!

TONY. Con que toque la marcha de los Nibelungos, y el te cabe la fronda.

TOTÓ. ¡Ah, y cuida de los perros, que se ha quejado el *metre*!

TONY. ¿Se ha quejado el *metre*?... Pues al que han mordido ha sido a un botones... ¡Esto es una vida de perros... (*Vase por la izquierda.*)

TONY. ¿Te sirvo?

TOTÓ. Espera un poco, que se haga más. A menos que a ti te guste...

TONY. A mí me place como a ti te plazca.

TOTÓ. ¡Qué placentero vienes! ¿Y qué has dejado en Zarauz, Tony?

TONY. He dejado la vulgaridad, la monotonía, la insipidez... y arrollándolo todo, entre una nube de polvo incendiada por el sol de la mañana, he venido volando hasta tus pies.

TOTÓ. ¡Eres magnífico, Tony!

TONY. Y además traigo un programa brutal.

TOTÓ. ¿Un programa?

TONY. Sí, Totó. Desde que te presentaste en casa y te oí hablar del amor con esa frivolidad, que es uno de tus mayores encantos; desde que me dijiste que yo tenía una cabeza artística, como para cincelarla en marmol de Carrara... ¿Creo que dijiste Carrara?

TOTÓ. Sí, algo de rara dije.

TONY. Desde que me dijiste que nada te interesaba tanto como un ocaso...

TOTÓ. Sí, sí... etc..., etc. No me repitas todo lo que he dicho durante los siete días que estuve a tu lado... que voy a desayunarme.

TONY. Pues bien, prima; desde entonces, soy otro hombre.

TOTÓ. ¡Que sea enhorabuena!

TONY. No te burles, porque estoy loco, no vivo; pensaba ponerme a escribir mi gran novela «El pollo pera», y cuantas veces he cogido la pluma, se me ha resistido el pollo. No tengo imaginación más que para ti.

TOTÓ. ¡No creí que era tan poca!

TONY. Y vengo a proponerte que de hoy en adelante vivamos el uno para el otro, siempre unidos.

TOTÓ. Pero, ¿y Aniceto?

TONY. Yo te sacrifico a Nené; tú me sacrificas al secretario, a Trosky y a Clemenceau, y solos y libres, nos dedicaremos a correr el mundo como en un sueño. ¡La India misteriosa! ¡El Africa salvaje! ¡La América aventurera! Viviremos una vida loca y errante, toda de fiebre y de abrazos, y cuando los nervios nos pidan reposo, construiremos una cabaña en el corazón de una selva virgen, y lejos del mundanal ruido, nos haremos vegetarianos o herbívoros y seguiremos amándonos como Dafnis y Filemón.

TOTÓ. Muy bonito. Ahora cuéntame uno de ladrones.

TONY. Pero oye, ¿has tomado esto por un cuento?

TOTÓ. ¡Es tan bello!

TONY. ¿Pero qué te parece como programa?

TOTÓ. Para un cine, ideal.

TONY. ¡Totó!

TOTÓ. Querido Tony, ¿has venido en automóvil?

TONY. A noventa por hora.

TOTÓ. ¿Has llevado tú el coche?

TONY. No; el coche yo no lo he llevado más que dos veces, una al taller de reparaciones, porque me dejé media capota en una farola, y otra a la Casa de Socorro, porque me dejé medio amigo en una esquina.

TOTÓ. Pues bien; te lo preguntaba—ha llegado la hora de la franqueza—porque parece que te ha traído al Sardinero el angel tutelar de mi vida.

TONY. ¿Qué dices, adorable Totó?

TOTÓ. Que acepto tu programa en absoluto.

TONY. ¿De veras?

TOTÓ. Tu programa es mi única salvación, porque... porque... me da reparo decírtelo.

TONY. Seme franca: ¿no dices que ha llegado esa hora?

TOTÓ. Pues bien, Tony... Llévame a América; quiero pagar dos millones de francos que debo allí... ¡Estoy arruinada y tú puedes salvarme!... Pagas los dos millones que debo... y con esto restituyes mi crédito... y libre de estas miserias nos entregaremos a la más bella de las felicidades... (*Viendo a Tony, que se ha puesto de pie y que se le ha caído la taza de la mano.*) Pero ¿qué te pasa?... ¿Te has puesto pálido?...

TONY. No, nada, nada... la fatiga del viaje, sin duda. ¿Y dices que dos millones?...

TOTÓ. (*Al ver que se le cae el pan.*) ¡Que se te están cayendo las medias... tostadas!

TONY. ¿Y dices que en la ruina?

TOTÓ. En la ruina más absoluta; pero tú me salvarás; ¿verdad, Tony?...

TONY. Desde luego; ahora que...

TOTÓ. Porque sí, Tony, sí; yo quiero huir contigo a una selva virgen.

TONY. Bueno, suponiendo que quede alguna en esas condiciones. En fin, ya veremos, porque...

CRIST. (*Entrando.*) Con permiso de la señora.

TOTÓ. ¿Qué pasa?

CRIST. Este señor, que desea ser recibido. (*En una bandeja de plata alarga una tarjeta.*)

TOTÓ. (*Leyendo.*) Enrique Marzo, pintor de crepúsculos. Poniente, 12.

TONY. ¿Enrique aquí?

TOTÓ. Dígale que pase. (*Cristeta hace mutis.*)

TONY. ¡Ah! ¿Pero vas a recibirle?

TOTÓ. ¿Por qué no? ¿No te he recibido a tí?

TONY. Es que él es un conocido y yo soy un primo.

TOTÓ. Nada de competencias. Cualquier amigo puede igualarse a un primo, y aun superarle.

TONY. ¿De modo que lo consideras más primo que yo?

TOTÓ. Por el estilo. (*Sale por la izquierda Enrique, con guardapolvo y gorra.*)

ENRIQ. Encantadora, To... (*Reparando con disgusto en Tony.*) ¡Ah! ¿Pero estás tú aquí?

TONY. *¡Muá mem!...* De modo, so farsante, que cuando alegaste ayer para irte de casa que yo te había echado era porque pensabas seguir a Totó.

ENRIQ. ¿Ahora te desayunas?

TONY. No he podido antes.

ENRIQ. Pues sí; era para seguir a Totó; como era para seguirla también el pretexto que pusiste tú de que no querías que yo me moviera de allí para no destruir la felicidad de Machalén.

TONY. ¿Truquitos a mí?

ENRIQ. ¿Pues y los tuyos?

TOTÓ. ¡Por Dios, señores, que olvidan ustedes que todavía les acompaño!

TONY. Es verdad. Perdón, Totó.

ENRIQ. Hacerle a uno perder la educación es el privilegio de los imbéciles.

TONY. Pues si has perdido la educación alguien te va a regañar, porque tuya no era.

TOTÓ. Basta, he dicho. Siéntese... Enrique... ¿no trae usted la caja de pinturas?

TONY. ¡Viene puro y sin mancha!...

ENRIQ. ¡Ya saldremos de aquí... y te constiparás y no tendrás con qué estornudar!... Al tiempo.

TOTÓ. (*Muy amable.*) ¿Y de dónde sale usted?

ENRIQ. Acabo de llegar de Zarauz... Un señor del Sardinero me ha encargado que le haga un retrato.

TONY. (*Con sorna.*) ¡Pues no se te olvide darle un carnet de identidad para que le conozcan, porque si no está fresco!

ENRIQ. ¿Pero está usted oyendo qué gracias más tabernarias?

TOTÓ. ¡Por Dios, Tony, que estoy violentísima! Os suplico que ceseis en vuestra hostilidad, que me aflige doblemente, porque, sin quererlo, por lo visto soy yo la causante de ella.

TONY. Sí, tú lo eres, Totó, y lo eres por tu excesiva bondad. Le has alabado esos indignos chafarrinones que

pinta... y se ha creído que te han vuelto loca sus paisajes. ¡Paisajes que son, más que cuadros, canastos de verdulería!

ENRIQ. ¡Canastos!...

TONY. ¡No blasfemes, que hay señoras!

ENRIQ. Efectivamente, Totó; de todo lo que ocurre tiene usted la culpa, por haberle dicho las cosas con excesiva delicadeza. Le ha dicho usted que tenía un ocaso espléndido y que su cabeza era digna de un bloque de piedra, y no ha comprendido que lo del ocaso era por no llamarle carcamal, y lo de la piedra era para que le diesen con ella en mitad del cráneo; nada más.

TOTÓ. Yo ruego a ustedes que se moderen.

TONY. No, Totó, nada de moderación; y pues que el ocaso nos pone ante tí, frente a frente, dinos tu voluntad y sepamos de una vez a qué atenernos.

TOTÓ. No me parece mal. (*A Enrique.*) ¿Está usted conforme?...

ENRIQ. Con respetar la voluntad de usted, siempre.

TOTÓ. Pues no se hable más. Oigan lo que yo resuelvo en juicio definitivo. En San Sebastián hay una cancionista trágica y una manicura espléndida...

TONY. ¿Tú sabías? (*Levantándose.*)

ENRIQ. ¿Usted sabe? (*Levantándose.*)

TOTÓ. Y Nené y Machalén tampoco lo ignoran.

LOS DOS. ¿Lo saben?...

TOTÓ. Todo. Lamentaban las ausencias, lloraban los desvíos y no encontraban la manera de lograr que los pájaros no abandonasen tantas veces el nido. ¡Querían retenerlos y no sabían cómo!

ENRIQ. ¿Y acaso encargaron a la prima?...

TOTÓ. Usted lo ha adivinado. Encargaron a la prima Totó que con su alegría, con su frivolidad, con el exótico perfume de sus extravagancias, cortase las alas a los pájaros y los retuviese en el nido; pero como en esto de la coquetería es tan difícil acertar con el justo medio, lo que a ustedes les parecía poco a ellas les pareció demasiado, y la prima Totó enemistó a dos hombres, disgustó a dos mujeres, y un poquito herida en su dignidad, y tal vez en su corazón, tuvo que levantar el vuelo.

TONY. Entonces todo eso de mi ocaso y de mi cabeza...

TOTÓ. Sigue siendo espléndida y artística; pero, ¿quién mejor que mi prima para admirarla?

ENRIQ. ¿Y mis manchas y mis retratos?

TOTÓ. Le proporcionarán, indudablemente, una gloria que

debe usted compartir con Machalén, amigo Enrique.

TONY. ¿De modo que todo esto es un sacrificio tuyo?

TOTÓ. ¡Exactamente!

TONY. Bueno, querida Totó. No hay sacrificio sin recompensa. ¿Me has dicho que necesitabas dos millones?

TOTÓ. ¡Dos millones!

TONY. Pues ya lo oyes, querido Enrique, necesita dos millones; tú, eres joven; tú, eres artista; tú, eres animoso; a ganarlos para ella.

TOTÓ. ¡Oh, Tony, qué generoso, qué bueno y qué sinvergüenza eres!

TONY. ¡Por Dios, no estropees tus elogios!

ENRIQ. Lamento que por mi culpa haya usted recibido la menor ofensa, y le agradezco la buena intención con que me mintió su afecto.

TOTÓ. ¡No fué mentido!

ENRIQ. Exagerado.

TOTÓ. Quién sabe...

ENRIQ. Pero para demostrar a usted que todo lo arrostraría por su estimación, soy capaz de... (*Por la izquierda se oye la voz de Nené que grita.*)

NENÉ. Le digo a usted que no necesita anunciarnos.

MACH. Somos de la familia. (*Sigue el rumor.*)

TONY. ¡Mi dignísima abuela!

ENRIQ. ¡Ellas!... ¡Ellas aquí!... ¿Por dónde salimos?

TOTÓ. ¡Dios mío, qué complicación tan desagradable!

TONY. ¡Nos dan el escándalo!

ENRIQ. Yo, por evitarla a usted... Creo que debíamos ocultarnos...

TOTÓ. Pero, ¿dónde? No tengo más que mi alcoba.

TONY. El sitio es agradabilísimo... pero demasiado expresivo.

ENRIQ. Pero si no hay otro medio.

TOTÓ. El único, pronto, que ya están aquí.

TONY. Procura que no entren, por lo que más quieras; porque de entrar mi mujer, el montoncito de polvo con gorra que habrá junto a la mesilla de noche, soy yo.

ENRIQ. Sí, procure usted evitar que nos encuentren.

TOTÓ. De prisa. (*Entran a la derecha. Como sigue el rumor de discusión entre la camarera y las señoras, se acerca a la puerta de la izquierda.*) Pero, ¿qué ocurre?

NENÉ. (*Entrando con Machalén y Cristeta.*) ¿Qué ha de ocurrir? Este grillo...

CRIST. Me llamo Cricrí.

NENÉ. Pues por eso mismo; este grillo que no quería dejarnos pasar.

CRIST. Comprenda la señora que yo necesito anunciar...

NENÉ. Pues que la pongan a usted de telón en un cine.

MACH. Ya la hemos dicho que éramos de la familia.

TOTÓ. Bueno, basta; retírese usted, Cristeta. (*Cristeta hace mutis por la izquierda.*)

NENÉ. (*Por lo bajo a Machalén, mientras Totó cierra la puerta de la derecha y acerca unas sillas.*) Fíjate; dos desayunos.

MACH. ¡Claro, el de ella y el de Enrique!

NENÉ. ¡El de ella y el de Tony... que hay galletas!

TOTÓ. Bueno. (*Se sientan.*) Pues vosotras diréis a qué debo esta agradable sorpresa.

MACH. Pues la verdad, como la entrevista de ayer fué tan desagradable y nos quedamos, tanto la tita como yo, bastante disgustadas...

NENÉ. Hemos decidido pasar unos días aquí y verte a menudo, para suavizar lo que por nuestra parte te hubiera parecido molesto.

TOTÓ. ¡Jesús, qué amables! . . . y cuanto lo agradezco; pero no tenían necesidad. ¿Y ha venido Tony también?

NENÉ. Con nosotras, no; pero vamos, yo casi estoy segura de que está aquí. ¡Lo juraría!

TOTÓ. ¿Y Enrique, quedó en Zarauz?

MACH. Pues Enrique sospecho que también debe andar por estos alrededores.

NENÉ. Uno u otro no estarán lejos.

TOTÓ. Claro; sería imperdonable que os dejasen solas.

MACH. (*Aparte a Nené.*) (¡Cómo disimula!)

NENÉ. (*Aparte también.*) Pues yo registro la alcoba. Ahora verás. Oye, Totó, ¿sabes que estás muy bien instalada?

TOTÓ. Regular. En el cuarto de un hotel no se pueden pedir gollerías.

MACH. Este gabinetito es sencillo, pero muy mono.

NENÉ. Y mira por dónde podemos dar noticias a las de Ríoseco, que nos encargaron que viésemos habitaciones en este hotel... El gabinete es muy elegante... (*Levantándose*) y esa es la alcoba, ¿verdad?

TOTÓ. Sí; esta es la alcoba.

NENÉ. Oye, pues vamos a pasar a ver la alcoba, con tu permiso.

TOTÓ. No, perdonadme; a la alcoba no podéis pasar.

MACH. ¿Que no podemos?

TOTÓ. (*Apurada*) No podéis.

NENÉ. ¿Acaso hay alguien en ella?

TOTÓ. Hace muchos años que disfruto de una libertad que me excusa de esas contestaciones... pero, en fin, os

diré que no hay nadie. Lo que hay es que he conocido vuestro deseo de registrar mi cuarto, y esa ofensa no puedo tolerarla. Soy independiente... Soy libre...

NENÉ. Sí; pero acaso dentro de esa habitación puede que haya alguien que no sea tan libre como tú...

MACH. O alguien que esté para dejar de ser libre.

TOTÓ. ¿Qué queréis decir?

NENÉ. Ea, basta de disimulos. Yo he venido aquí porque tengo la convicción de que Tony está ahí dentro.

MACH. Y yo he venido porque estoy segura de que está Enrique.

TOTÓ. ¡Nada menos que los dos! (*Riendo*) ¡Cuán injustas sois conmigo!

NENÉ. Pues demuéstranos la injusticia dejándonos entrar.

MACH. No hace falta que entremos, tita. Cabe un arreglo; puesto que no quieres que veamos al que está ahí, sea quien sea, que hable desde dentro, que diga cualquier cosa.

NENÉ. Que grite: «¡Viva la Unión Patriótica!» y yo te diré si es el Sr. Gavilán o Tony.

TOTÓ. No os canséis; el que está ahí dentro es persona a quien no quiero molestar.

NENÉ. Porque es Tony.

MACH. Porque es Enrique. (*En este momento se oye por la puerta de la izquierda la voz de Tony que grita*: «No se moleste, soy de la familia».

NENÉ. (*Asombrada.*) ¡Ah, mi marido!

MACH. Como que el que está ahí dentro (*Por la alcoba*) es Enrique.

TONY. (*Entrando seguido de Enrique y señalando a Nené y a Machalén.*) ¡Míralas! ¿No te lo dije?

MACH. (*Asombrada.*) ¡Enrique!

NENÉ. ¿Pero cómo habéis venido?

TONY. Pues saltando por...

ENRIQ. (*Sin dejarle acabar.*) Por todo; saltando por todo. Nos encontramos en el camino de San Sebastián; a mí se me había acabado la gasolina, este me ofreció su coche...

TONY. Nos reconciliamos, volvimos juntos a Zarauz... y nos dijo Teresa que estábais camino del Sardinero... y aquí estamos.

MACH. ¿Y cómo estáis?

TONY. Bien, ¿y vosotras?

MACH. Digo que cómo estáis a estas horas sin haber dormido y sin...

TONY. ¡Ah, pero es que cuando la mujer amada duda de

uno... uno se sorbe los kilómetros para llegar a tranquilizarla.

TOTÓ. Y luego os quejaréis.

NENÉ. Y esa mujer amada, Tony, ¿quién es?

TONY. Gente de paz. Digo ¡tú!... ¡tú, Nené, tú!... ¡Ay!... ¡Nené!...

NENÉ. ¿Ese suspiro es amoroso?

TONY. Mitad amoroso, mitad reumático.

NENÉ. Pues mañana nos vamos a los baños de Alhama.

TONY. Y al ama, ¿la has visto tú?

NENÉ. Verás qué hermosura.

TONY. Pues estonces, vamos.

TOTÓ. Sobre todo, curarse. ¡Es lo mejor que podéis hacer! ¡Nada como unas termas para curar los celos a los sesenta años!

NENÉ. No exageres

MACH. Y a tí que te pasa, Enrique, estás preocupado.

ENRIQ. Preocupado, no... Un poco triste...

MACH. ¿Por mí, acaso?

ENRIQ. ¡No, por mí sólo!... No te preocupes.

TOTÓ. (*Aparte.*) (¡No me meto en un arreglito de estos que no me clave una espina!) (*Muy alegre; alto.*) ¡Pero en fin, ya que estáis tranquilos todos!... ¡Marchaos a vuestra felicidad!... La prima Totó os ve felices y queda contenta en su soledad.

NENÉ. ¡Si queréis pasaros el día aquí!... Comeremos juntos...

MACH. Sí, y Totó puede comer con nosotros...

TOTÓ. ¡No, yo os lo agradezco, pero yo... estoy comprometida!

TONY. ¿Que estás comprometida?

NENÉ. (*Mirando maliciosamente a la alcoba.*) ¡Cállate, hombre!... ¡Cuando ella lo dice!...

ENRIQ. (*Indignado.*) Pero...

MACH. (*Maliciosa. Guiñándole un ojo.*) ¡Es que ahí dentro hay ropa tendida!...

TONY. ¿Estáis seguras?

NENÉ. Segurísimas.

ENRIQ. (Así paga el diablo a quien bien le sirve.)

TONY. Entonces, querida prima, que concluyas de pasar el verano felizmente.

MACH. Y perdona que te hayamos molestado, pero comprende...

TOTÓ. ¡Qué no comprenderé de vosotras!...

NENÉ. (*Aparte a Totó.*) Oye, rica, que estoy que chillo de curiosidad... ¿El que se ha ocultado ahí cuando hemos venido nosotras es el general mexicano?

TOTÓ. (*Riendo.*) El mismo.

NENÉ. ¿Y como se llama?

TOTÓ. Don Antero Dos.

NENÉ. ¡Ah, Dos!... ¡El general Dos!... ¡Cuanto siento irme sin conocerlo! ¡Soy tan partidaria del panamericanismo!...

TOTÓ. ¡En otra ocasión!

MACH. Pues vamos... ¡Hasta la vista, prima!

ENRIQ. (*Despidiéndose de Totó.*) Totó... encantado de haberla conocido.

TOTÓ. Y yo también, Enrique. (*Se dan la mano largamente.*)

ENRIQ. Y si algún día volvemos a vernos...

TOTÓ. No, posiblemente, ya no volveremos a vernos más; pronto embarcaré para América.

ENRIQ. Entonces... Adiós para siempre... ¡qué remedio! (*Mutis por la izquierda.*)

TOTÓ. ¡Adiós a todos! (*Vanse. Totó queda despidiéndolos. Se oye próximo el violín de Aniceto que toca.*)

Adiós, Ninón,
gentil Ninón, etc., etc.

(*Toca el timbre y aparece Cristeta.*) Haga el favor de decirle a mi secretario que venga.

CRIST. ¿Quiere la señora que cierre la ventana de la alcoba?

TOTÓ. No, ya, ¿para qué? (*Cristeta hace mutis. Totó se dirige a una de las maletas, saca un cuaderno de piel muy elegante y una estilográfica, se sienta en un sillón, enciende un pitillo, cruza una pierna sobre otra, apoya en la que cabalga el cuaderno y se dispone a escribir.*)

ANIC. (*Entrando con el violín.*) ¿Me necesita la señora?

TOTÓ. Sí. ¿Desayunaste?

ANIC. Lo he intentado, pero no me pasaba el Suchard de la epiglotis.

TOTÓ. Pues lo siento, porque podrías desayunar conmigo, pero quiero estar sola.

ANIC. Entonces, ¿me alejo?

TOTÓ. Sí, y durante un momento toca en el jardín, pero donde yo te oiga, algo doloroso y romántico, alegre y sentimental al mismo tiempo.

ANIC. ¿Entonces, el sueño de *Manón?*

TOTÓ. Quizá... (*Vase Aniceto. A poco se oye muy dulcemente el sueño de «Manón». Totó va escribiendo y repitiendo lo que escribe. Escribiendo.*) Diario de mi vida. 15 de agosto... Vuelvo a quedarme sola... y en el silencio de mi soledad triste... oigo las pisadas leves del amor que ha vuelto a pasar cerca de mi alma y que se aleja... se aleja... (*Levanta la cabeza.*) ¡Se aleja!

CAE EL TELÓN

EDITORIAL SIGLO XX

RODRIGUEZ SAN PEDRO, 57

APARTADO 8.036

MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50

PROXIMAS A APARECER

Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor.

Emilio Carrere: El más espantoso amor.

Paul Morand: Lewis e Irene.

José Francés: Su Majestad.

Alvaro Retana: El paraíso del diablo.

Pedro de Répide: La abominable virtud.

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID